

Jorge Souza Jauffred y Godofredo Olivares (coords.)

Marca de fuego

Experiencias de escritores
en torno a la lectura

AMIGOS
DE LETRAS
PARA VOLAR

Marca de fuego

Experiencias de escritores
en torno a la lectura

AMIGOS
DE LETRAS
PARA VOLAR

Marca de fuego. Experiencias de escritores en torno a la lectura / Jorge Souza Jauffred y Godofredo Olivares, coordinadores. -- 1a ed. -- Guadalajara, Jalisco: Universidad de Guadalajara: Editorial Universidad de Guadalajara, 2022.
156 páginas; 23 cm. -- (Amigos de Letras para Volar).

ISBN 978-607-571-693-0

1. Antología literaria. 2. Cuentos mexicanos-Colecciones. 3. Poesía mexicana-Colecciones. 4. Literatura hispanoamericana-Siglo XXI. Souza Jauffred, Jorge, coordinador II. Olivares, Godofredo, coordinador.

868.5 .M31 2022 CDD23
PQ7235 .M31 2022 LC
DNT Thema

Jorge Souza Jauffred y Godofredo Olivares (coords.)

Marca de fuego

Experiencias de escritores
en torno a la lectura



Cátedra
Hugo Gutiérrez Vega
El Periodismo Cultural y Las Letras
UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA



20 EDITORIAL
UNIVERSIDAD
DE GUADALAJARA



Guadalajara
Capital
MUNDIAL
del libro



Ricardo Villanueva Lomelí
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrectoría Ejecutiva

Guillermo Arturo Gómez Mata
Secretaría General

Carlos Iván Moreno Arellano
**Coordinación General Académica
y de Innovación**

Sergio López Ruelas
**Dirección del Sistema Universitario
de Bibliotecas**

Francisco Javier González Madariaga
**Rectoría del Centro Universitario de Arte,
Arquitectura y Diseño**

Arturo Verdusco Godoy
Jefatura del Departamento de Teorías e Historia

Patricia Rosas Chávez
**Dirección del Instituto Transdisciplinar
en Literacidad**

Jorge Souza Jauffred
Cátedra Hugo Gutiérrez Vega

Luis Gustavo Padilla Montes
**Rectoría del Centro Universitario de Ciencias
Económico Administrativas**

Missael Robles Robles
**Coordinación de Entidades Productivas para
la Generación de Recursos Complementarios**

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial

Primera edición, 2022



**Programa Universitario
de Fomento a la Lectura**

Coordinación

Jorge Souza Jauffred
Godofredo Olivares

Textos

© Raúl Bañuelos Salcedo, Sara Poot Herrera, Luis Eugenio Gómez Abbadie, Sofía Lorena Orozco Torres, Jorge Edmundo Esquinca Azcarate, Carmen Villoro Ruiz, Silvia Eugenia Castellero Manzano, Francisco Javier Ramírez González, Luis Armenta Malpica, Luis Fernando Ramírez de León, María Guadalupe Refugio Ángeles Huizard, Françoise Roy, Godofredo Olivares Cortés, Gabriela Torres López, Eurídice Minerva Ochoa Villanueva, Carlos Prospero García, Indalecio Dante Medina Magaña, Jorge Alfonso Souza Jauffred, Nadia Angélica Karina Arce Mejía, Yolanda Ramírez Michel, Ernesto Lumbreras Bautista, Zelene Lizeth Bueno Ramírez David Izazaga Márquez, Ricardo Sigala Gómez, Patricia Medina Gómez, Martha Elizabeth Cerda González, Raúl Aceves Lozano.

D.R. © 2022, Universidad de Guadalajara



José Bonifacio Andrada 2679
Col. Lomas de Guevara
44657 Guadalajara, Jalisco

www.editorial.udg.mx
01 800 UDG LIBRO

ISBN 978-607-571-693-0

Noviembre de 2022

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, existente o por existir, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos correspondientes.

Índice

Presentación	9
Patricia Rosas Chávez	
Una marca de fuego en la memoria	11
Jorge Souza Jauffred y Godofredo Olivares	
La orilla de la ciudad: el barrio	17
Raúl Bañuelos	
El libro, un crucigrama de letras y palabras	22
Sara Poot Herrera	
El libro sin salida	30
Luis G. Abbadie	
Raskolnikov y yo.....	36
Sofía Orozco	
El niño y los libros.....	39
Jorge Esquinca	
Cortázar de mis amores: el despertar de mis dos vocaciones.....	44
Carmen Villoro	

El tiempo encontrado	50
Silvia Eugenia Castellero	
Leer, un privilegio	55
Javier Ramírez	
Una migala sobre el tablero del poema.....	58
Luis Armenta Malpica	
Marcela	66
Fernando de León	
En respuesta a una pregunta no formulada	73
Guadalupe Ángeles	
Musas tempranas.....	75
Françoise Roy	
Primer quebranto al corazón	79
Godofredo Olivares	
El inolvidable <i>Auto de fe</i> de Elías Canetti	83
Gabriela Torres Cuerva	
De veranos y otros amores.....	88
Minerva Ochoa	
Leer es reescribir	91
Carlos Prospero	
El milagro y la chiripa.....	94
Dante Medina	

La memoria y el polvo.....	99
Jorge Souza Jauffred	
Mi experiencia literaria	109
Nadia Arce	
Héroes de la Biblia	113
Yolanda Ramírez Michel	
Inventariar y rebobinar	117
Ernesto Lumbreras	
A la altura de mi edad, un árbol libro	122
Zelene Bueno	
Los relámpagos de mis lecturas	126
David Izazaga	
Los libros de la buena memoria	130
Ricardo Sigala	
Mi gramática personal	138
Patricia Medina	
Mis primeros pasos	149
Martha Cerda	
Abrir un libro	151
Raúl Aceves	

Presentación

Patricia Rosas Chávez

Directora del Instituto Transdisciplinar en Literacidad

A más de una década de creado, el programa universitario de fomento a la lectura *Letras para Volar* se ha consolidado como una iniciativa de responsabilidad social de gran alcance. Este programa que atiende un problema social asentado en la base de la educación, realiza acciones no sólo para el desarrollo de las habilidades de leer y escribir en el ámbito universitario, sino que también se enfoca en promover el placer por la lectura y el acceso a los libros.

Sabemos que existe una correlación positiva entre la cantidad de libros que se poseen y el desempeño académico; sin embargo, según datos del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, en México solo una de cada cuatro personas tiene más de 25 libros en su hogar. Por eso, la Universidad de Guadalajara se ha empeñado en aportar tirajes masivos para hacer accesible la lectura, así como desarrollar una serie de actividades que promuevan el gusto por leer.

Las colecciones literarias de narrativa Caminante Fernando del Paso, de poesía Hugo Gutiérrez Vega, y de ensayo Fernando Carlos Vevia Romero, mediante sus tirajes numerosos, expresan un mensaje que la Universidad de Guadalajara quiere hacer llegar a toda la ciudadanía: leer es importante, leer es placentero, leer es transformador, leer es posible.

Marca de fuego es un libro conmemorativo que forma parte del gran programa de actividades que la Universi-

dad de Guadalajara ha llevado a cabo en 2022 con motivo del nombramiento de Capital Mundial del Libro que la Unesco concedió a Guadalajara. En alianza con el Sistema Universitario de Bibliotecas que dirige Sergio López Ruelas y el Seminario de Cultura Mexicana corresponsalía Guadalajara, se pensó en evocar los textos que dejaron una impronta imborrable en destacados escritoras y escritores mexicanos para que sirvan de inspiración para nuestros estudiantes; trabajo extraordinariamente realizado por dos destacados escritores jaliscienses, Jorge Souza y Godofredo Olivares. Sirvan estas líneas para agradecer su valiosa aportación para hacer realidad este libro.

¡Que ninguna universitaria y ningún universitario se queden sin leer!

Una marca de fuego en la memoria

Jorge Souza Jauffred y Godofredo Olivares

Marca de fuego es la señal carbonizada que deja un instrumento metálico candente en la pasta o en el canto de un libro. Esta huella, que hace siglos solía utilizarse en numerosas bibliotecas, no puede borrarse, ni quitarse sin mutilar la obra. El fuego abrasa la superficie que toca y deja su huella impresa por siempre. Esa marca, indeleble y hermosa, constituye también una metáfora de la quemadura que deja la palabra literaria, desde las primeras etapas de la vida, en el corazón de los escritores.

En este libro, especial por su contenido y sus propósitos, se incluyen los testimonios de 27 autores que nos hablan de sus primeros encuentros con el mundo de las letras, con el horizonte que los libros abren a la imaginación, con los universos que despliega la palabra escrita en las representaciones conceptuales, individuales y colectivas. Son 27 escritores marcados por el fuego de la palabra, quienes recuerdan y narran la forma en que recibieron esa primera quemadura; 27 reminiscencias que nos remiten, con sus propias palabras, a sus primeros encuentros con los libros, con la lectura, y nos permiten ver las consecuencias de entrar por esa vía abierta a una existencia, digámoslo así, portentosa.

En cada uno de estos textos —muy diversos, por cierto— los literatos (narradores, poetas y ensayistas) develan ciertos momentos trascendentes, cuando abrieron las puertas que conducen a las infinitas lecturas de los mun-

dos posibles; cuando se encontraron con las historias que emergen de la aventura, la pasión o la desdicha; cuando, en fin, la magia de la palabra imprimió, con su candente glifo, su sello sobre el alma. Momentos en que comprendieron, como lo afirma la famosa frase del poeta dadaísta Paul Éluard, que *hay otros mundos pero están en éste*, y que las grafías tendidas en las páginas son las ventanas de acceso a esos panoramas.

Además, esta obra constituye una celebración colectiva por el nombramiento de Guadalajara como Capital Mundial del Libro, porque quienes participan en estos renglones aman esta ciudad, la han vivido, la conocen y han realizado en ella la mayor parte de su trabajo literario.

Marca de fuego, este libro, recordará por mucho tiempo que Guadalajara ocupa un sitio fundamental en el mapa mundial de la lectura, tanto por ser la sede de nuestra Feria Internacional del Libro (FIL) —la más importante del mundo hispano—, como por ser el epicentro de una historia riquísima y fecunda, que incluye geniales escritores de la talla de Juan Rulfo, Juan José Arreola, Griselda Álvarez, Agustín Yáñez, Enrique González Martínez, Olivia Zúñiga, Victoriano Salado Álvarez y Mariano Azuela, por mencionar unos cuantos.

Este libro es, entonces, una celebración, un testimonio y un testigo que esperamos perdure largo tiempo. Su publicación ha sido posible gracias a la doctora Patricia Rosas Chávez, directora del Instituto Transdisciplinar en Literacidad, así como al doctor Francisco Javier González Madariaga, rector del Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño de la Universidad de Guadalajara, y al doctor Sergio López Ruelas, director del Sistema Universitario de Bibliotecas. Finalmente, agradecemos a Sayri

Karp, directora de la Editorial Universidad de Guadalajara, por la materialización de este esfuerzo.

*

En cuanto al contenido, *Marca de fuego* muestra un amplio abanico de voces, registros y perspectivas. Comienza el libro, por ejemplo, con un poema de Raúl Bañuelos, en el que se refiere, más que nada, a la ciudad y al barrio, y lo sigue un texto de Sara Poot, en el que se remonta a su primera infancia en Yucatán, junto a una madre que era profesora y amaba la lectura. Hay entregas cortas y largas, poéticas y narrativas; en algunas se toma distancia de las emociones y en otras se parte de ellas. En tal diversidad, encontramos, por ejemplo, una larga confesión de Patricia Medina sobre su acercamiento a las letras y a sus logros a lo largo de una vida; pero también brevedades, como las de Raúl Aceves, Nadia Arce y Martha Cerda, quienes celebran muy escuetamente la palabra y agradecen su pertinencia.

Algunas colaboraciones han sido tejidas con toques magistrales, como la que nos ofrece Carmen Villoro, por ejemplo, al compartirnos, en entrañable intimidad, “su Cortázar” y “su *Rayuela*” de la adolescencia, en la Ciudad de México; o la que presenta Luis Armenta Malpica en un despliegue de intelectualismo y referencias librescas. Otras se revelan en horizontes de transparente cercanía, como las de Françoise Roy, Javier Ramírez y Zelene Bueno. Algunas más se enfocan en libros y personajes particulares que incidieron en su vida literaria, como la de Godofredo Olivares al hablar de Hans Christian Andersen, la de Gabriela Torres Cuerva al referirse a Elías Canetti, la de So-

fía Orozco al hacer lo propio con Dostoyevski, y la de Luis G. Abbadie al hablarnos de Bradbury o de Poe.

Entre la realidad y la ficción (¿más ficción?) se manifiesta Fernando de León, quien nos deja el sabor de un amor imposible vinculado a libros inagotables; Ricardo Sigala nos entrega un apunte de grato sabor en torno a su iniciación literaria, vinculada con la música y el rock; mientras que el texto de Silvia Eugenia Castellero rememora a un tío fallecido que, sin conocerlo, la acercó al camino de las letras.

Por su parte, Dante Medina nos habla del milagro y la chiripa que es, en México, ser lector y escritor; Carlos Prospero reflexiona sobre la relación que existe entre la corrección de textos, la lectura y la escritura; Guadalupe Ángeles se mueve en una línea nostálgica cercana a la prosa poética; y Ernesto Lumbreras enumera con maestría sus pasos por las lecturas literarias.

Voces y palabras cargadas de sentido se agitan en las páginas del libro. Aventuras y amores develados por Salgari, como en el caso de Jorge Esquinca; relámpagos trazados por Ibargüengoitia, como en el recuerdo de David Izazaga; la búsqueda de un libro particular, como lo describe el texto de Minerva Ochoa; la suma de momentos definitorios, como en la enumeración que hace Jorge Souza; o la intensidad, intensidad, intensidad, manifestada en las lecturas de la Biblia y el Quijote, en la niñez de Yolanda Ramírez Michel.

Caleidoscopio de posturas y propuestas, este libro configura el espacio en el que se concretan el juego de la memoria y el despliegue de la imaginación; ambos, movimientos de un ajedrez secreto, donde cada escritor desplaza sus piezas para tender signos en el blanco tablero de la desnuda página. Inspiración y expiración de recuerdos

entrañables, de imágenes que configuran historias vívidas que se fijan aquí, y que son, a su vez, itinerarios, hasta ahora desconocidos, de las experiencias de los poetas, narradores y ensayistas que los entregan a la mirada colectiva.

El tablero de ese ajedrez interminable lleva el nombre de *literacidad* y está ligado a los procesos de lectura, escritura, interpretación y apropiación de los múltiples lenguajes que configuran las representaciones del mundo que habitamos, compartido, socializado, en busca del enriquecimiento de la existencia humana.

Compartamos las huellas de fuego que han quedado en el corazón de estos 27 creadores, dialoguemos con ellos, escuchemos sus confesiones, abramos en la imaginación el horizonte de sus sueños y acordemos con ellos que el mundo de las letras, los grandes autores y los libros de la infancia, pueden dejar en el espacio secreto del espíritu de los lectores una marca de fuego indeleble y redentora.

La orilla de la ciudad: el barrio

Raúl Bañuelos

Esta noche vas a dormir
el sueño de ti mismo.
Bajando por un camino de asfalto.
Subiendo por una vereda de piedras
y tierra suelta.
Vas a caminar por las calles
de una ciudad nocturna
tú mismo dormido
caminando despierto.
Vas a caminar por las veredas
de una montaña luminosa
tú mismo despierto
caminando dormido.
Vas a ir por donde anduviste
de niño, yendo a la escuela
del barrio.
Adonde iban los que no sabían
ni leer ni escribir.
Irás por donde fuiste
a jugar canicas, trompo,
escondidas.
Irás por donde te llevaron
tu papá, tu tío, tus amigos:
a la plaza de toros, a la arena
de boxeo, al béisbol, al estadio,
al llano, a tirar con la resortera.

Tu papá y tu mamá.
Has de ir.

*Ganar el tiempo en la ganancia.
Perder espacio en la pérdida.*

Da la ventana hacia la calle.
Hacia la plena oscuridad
desde una luz
surtida de luna llena.
Se puede tocar el filo de la banqueta
o de la azotea.

Hasta tocarse uno mismo.
Dentro.
En su fondo o sus alturas.
Desde afuera:
poner el azogue
al cristal del momento.
Aclarar la visión
de lo que has visto
o inventado.
Desaparecer una parvada
de un parpadeo.
O aparecer de oídas
un pájaro de canto inexistente.

*Ceder una misma cantidad
de espacio
a cambio de cierta
cantidad de tiempo.*

Fijar el movimiento.
 Mover la fijeza.
 Fijar la fijeza.
 Mover el movimiento.

La vida te dio el día
 y te dio la noche.
 Te dio el polvo de la muerte.
 Y el agua de la vida
 te dio.

En el centro de Guadalajara
 el destino del día
 da de sí al momento
 de vertirse un mínimo
 acontecimiento:
 la paloma pasa caminando
 por debajo de la silla de alambres
 picoteando el instante
 con alta precisión de diamante.
 ¿Gusta algo más, caballero?
 Me pregunta el mesero de mi agua
 mineral.

Alguien va fumando su cigarro apagado.
 El reloj anticipa las campanadas
 de otra tarde cualquiera pero actual
 y única.

Otras palomas (¿o la misma
 muchas veces?) vuelan
 sobre la fuente apagada del centro
 de Guadalajara (es un decir:
 su centro está en otra parte

inexplicable por ahora).
La tarde del día de hoy
extiende su tapiz a dos aguas, alto
entre el verde, el naranja y el azul
a plomo bajo los niños que corretean
el globo que vuela de sus manos.

*Es decir: comprimir, sintetizar
especializar en cápsulas de espacio
todo el tiempo posible:*

Vamos a Guadalajara
—decíamos— y estábamos
en Guadalajara. Pero en Santa Tere
más creíamos ser jaliscienses
que tapatíos. Y lo éramos.
Era la orilla de la ciudad el barrio:
sus calles de tierra. Y poco
después de ayuntadas piedras.
El que un día caminó sobre las aguas
paseaba su sombra clara
sobre nuestros juegos de niños.
No había mucha distancia
entre el Paraíso prometido
y aquellos paraísos.

*Estar ganando tiempo.
Salir ganando tiempo.
No dinero.*

La ciudad te vive desde adentro.
El centro de la ciudad
viene a ser tu corazón.

Tú vives la ciudad
desde sus afueras.
Eres el corazón de la ciudad.
Las afueras de la ciudad
vienen a ser tus adentros.

Comprimiendo.
Sintetizando.
La ganancia es la eternidad
gloriosa.

Vamos a Guadalajara —decíamos—.
Y ya estábamos ahí.
Un día uno de los presentes.
Se levantó. Y pidió la palabra.
La palabra vino a él. Y habló.
Dijo: esto es apenas el principio.

El libro, un crucigrama de letras y palabras

Sara Poot Herrera

Tres leguas a pie

Mi madre —la maestra del pueblo— baja del tren. Mira a lo lejos y se inclina para cargar las dos bolsas colmadas de mercancía. En una de ellas, café, azúcar, galletas, especias (recados, decimos en Yucatán) para los guisos, azafrán, nuez moscada, sal, aceite de oliva, achiote, alcaparras; en la otra, un silabario, cuadernos, lápices, un tajador de punta (sacapuntas, sí), tiza (gises, pues), borradores y una que otra muda de ropa de tonos muy vivos que ella sabía elegir. En su bolso de mano, llaves, polvo de arroz, jabón Maja, una cajita de colorete, lápiz labial, lentes, un periódico abierto en la parte donde viene el crucigrama. Con sus tacones altos y muy erguida, cruza la estación y camina hacia una de las salidas de la población donde se ha detenido el tren. Pasa enfrente de la cerca blanca del pequeño cementerio, esquiva las sartenejas repletas de agua por la lluvia de la noche y con el ritmo de su corazón de alegría y de sus pasos se acercará al pueblo donde da clases. Ha dominado a pie los doce kilómetros y llega a su destino. Vamos con ella uno de mis hermanos y yo, los más pequeños de la familia. Cruzamos la enorme plaza grande, ahora vacía de gente y llena del sol del mediodía. Mamá abre la puerta de la escuela y las puertas que dan al patio. Las gallinas revolotean y vuelven a su gallinero abierto, de regreso del patio de la vecina. Las puertas

de los salones de clases que sirven de vivienda seguirán abiertas toda la tarde. Mamá acomoda las cosas en su lugar, se baña (segundo baño del día) y empieza a cocinar en la pequeña estufa de gas que ahora usa en lugar de la leña. Un rato después, el pollo en china (en naranja) nos espera en la mesa. Más tarde, van llegando a la escuela —allí vivimos— los niños del curso vespertino. Hablan maya y también (aunque menos) español. La maestra —mi madre— da clases en las dos lenguas: primero en lengua maya, poco a poco irá castellanizando. Todos serán bilingües y ella lo sabe. Su método deriva de su sensibilidad, de su intuición, del respeto a las culturas, a partir de la de este pueblo de plaza grande, pozo profundo en medio, de tradiciones ancestrales, de un templo de aire fresco, rodeado de árboles de almendras, de una escuela donde dos personas —mamá y el profesor Jaime— darán las clases a la niñez que en la escuela empieza a leer y a escribir durante el primer año. Los dos maestros atienden el primero, el segundo y el tercer año de primaria; con ellos aprendemos a leer, escribir, sumar, restar, multiplicar y dividir. Nos explican ahora también por escrito la lluvia y las fases de la luna, lo mismo que el ciclo de las cosechas. Entre todos, se hace un gran libro, con huellas de manos de campo, de olor a milpa, a aires y agua de lluvia. Las cajas de libros llegarán un día y se abrirán para ya no cerrarse. Qué lindo pensar que mi mamá es como un hada madrina, lo mismo que el profesor Jaime, un guardián de las letras que creyó en una niña que abrió esa caja que de la ciudad llegó al campo, con la que ella se asomó años después al campus, a la universidad, y supo que sus primeras letras nacieron casi en el monte, en el imaginario de las hojas verdes, de las ramas de las palabras, en las raíces de un hogar que al mismo tiempo era una escolita.

Caminito de la escuela

Las voces de las niñas se mezclan con los cantos de las aves, los silbidos de los niños se escuchan cada vez que, con su pico madrugador, el pájaro carpintero toca el tronco del árbol. Mi hermano y yo vemos venir las filas alegres de quienes de su casa vienen a la escuela, donde vivimos nosotros. Cómo quisiéramos ser esos niños y llegar caminando con ellos a la escuela, conocer las orillas del pueblo y amanecer en las blancas casitas redondas con techo de paja. No es así. Vivimos en la escuela, que está en la plaza del pueblo. Ésta, desde nuestros ojos de infancia, es enorme. Algunas veces, pocas más bien, suena el motor de un camión de redilas que llega al pueblo. Jóvenes y niños corren tras él, y la gente se amontona. Nosotros los vemos a lo lejos y seguimos repasando letras y palabras, descubriendo mundos en los cuentos que nos narra la maestra (en clases no le digo mamá), siguiendo con los dedos los números que el profesor Jaime apunta en el pizarrón, saliendo a los corredores para ver caer la lluvia mientras imaginamos cómo desde el cielo lanzan fósforos de rayos y centellas, y hacen zigzag los truenos en los cuatro puntos cardinales de esa plaza tan grande, marco de nuestra escuela. Luego vuelve la calma, las pisadas de los caballos, los rumores que anuncian el atardecer. La despedida de la escuela se da con un rumor de libros que, abiertos toda la tarde, ahora se cierran para dejar descansar a las letras que salta y vuelan a su lugar después de los mil rompecabezas que hemos hecho con ellas inventando nuevas palabras a partir de las que el libro nos regala hechas hileritas de historias y cadenas de versos. Los niños salen de la escuela y se van a su casa. Los vemos irse, y mi hermano y yo quisiéramos irnos con ellos y llegar a una casa

que no sea la escuela aunque, viéndolo bien, nos gusta vivir aquí. Podríamos irnos con los niños, darle la vuelta a la escuela (aquí no hay manzanas), volver por el otro lado y creer que caminamos mucho para llegar de nuevo a la escuela, nuestra casa de donde cada día salen figuras vestidas de palabras y números, de historias que no se acaban porque mi mamá las continúa siempre y las adorna con nuevas fantasías. Se va apagando el barullo, nos quedamos en casa. Cenamos y felices platicamos. Mamá nos dice que no usemos el pronombre “yo”. Digo que no tengo hambre. Nachito mi hermano dice “ni yo”. Le reclamo que haya dicho “yo”; contesta que “ni modos que diga ni”. A mi mamá le da literalmente un ataque de risa. Ya para dormir, vamos por un libro al salón de clase, que está pegadito al cuarto donde dormimos. He empezado a leer y quiero hacerlo siempre. No sé dónde leí “Por el caminito blanco/ una mañana encontré/ un precioso cochinito/ y me puse a jugar con él./ Tenía la trompa rosada / .../ .../ un chinito de papel”. Es lo que recuerdo, nunca he encontrado esos versitos. Los busco, los busco y “no los busco”. Sigo buscando a ese cochinito rosado. Abro libros en mi camino, creo que un día va a aparecer y el encuentro será en las hojas de seda, de aquellas sendas de fantasía que son sedas de ilusión.

Mesabancos a media noche y al amanecer

En la cocina que está afuerita de la escuela, donde comienza el patio y donde mi hermano del “ni” hizo reír a nuestra mamá, lavamos los trastos (niños, no son trastes sino trastos) y salimos un rato a los corredores. La luna ilumina la plaza, y hay cachitos de luz que por allí se mueven. Son caballos, seguramente yeguas también, y hay toros y va-

cas, todos echados en la tierra, y nosotros los zigzagueamos para no pisarlos porque queremos correr tras esa luna y atrapar con las manos las estrellas que se encienden arriba de nuestras cabezas y en el infinito que llena de ilusión el horizonte. No nos dimos cuenta y ya es tarde. Pero, ¿y el libro? Entramos de nuevo a casa y de pronto, en el salón de junto, se oye cómo caen los mesabancos que, como es viernes, el profesor los acomodó apilados a una pared para poder limpiar muy bien los salones. Caen uno tras otro, y el ruido se escucha por todas partes. Abrimos la puerta: los mesabancos están donde se pusieron esta tarde, todo está en orden. No se entienden esos ruidos, bam, pam, bam, tan claros. ¿A dónde se fueron? No ha pasado nada. ¿Serán los ecos de los días de clases? ¿Será que los mesabancos quieren volver a su lugar y estar listos para el lunes por la mañana? Misterio. Ah, eso sí. Allí está el libro que busco, mi primer libro. ¿Sería el primero? Lo tomo y me lo llevo a mi hamaca. Lo ojeo, lo hojeo (aún no me preocupo por las “haches”), me adormezco con él, me arrulla, me acompaña; el susurro de sus hojas me abrirá los ojos cuando amanezca, los abre hoy, los abrirá mañana y pasados los mañanas. Amanece, la escuela se vuelve a abrir, con un libro como cuña, ese artefacto mi compañero. Por ahora, un librito que leo y releo. Es el libro que en la imaginación se abre al mundo, con las explicaciones de una maestra, mi madre, y las del profesor Jaime quien, recuerdo, desde esos ayeres sugería la letra *script* y la de él era muy bonita, mientras la de mi madre era redonda y clara, cantarina. Ellos dos confían en mí. Lo supe desde siempre. No sé aún si he respondido a sus esperanzas, pero mi agradecimiento ocuparía un libro sin punto final y lo dedicaría a ellos dos.

Arcos como libros

Nos vamos a vivir a Mérida. Allí seguiré la lectura, la escritura, todo con base en las primeras letras. Los arcos son entradas a la cultura de la ciudad. Lo adivinaba, pero no lo sabía. Nuevos y distintos días. Ya no seremos los hijos de la maestra, ni viviremos en la escuela; ya no nos llamarán con nuestros nombres en diminuto, aunque en casa sí: mi abuelita, mi padre, gran lector, mi hermana y mi otro hermano. Ahora que ya no vivimos en la escuela, caminaremos para llegar a clases y volver a casa. Todo es nuevo, menos mi libro, mi viejo amigo. No me deja sola y aparece una nueva experiencia: la libreta de mi tío herrero, un inventario donde trazo letras, copio, borro, invento. Sobre todo, copio. Mi tío revisa los renglones. Si la letra no es parejita, a volver a escribir. Si se desprende una falta de ortografía, a repetir la palabra varias veces. Me gusta hacerlo y es cada día, de lunes a viernes, después del almuerzo de mediodía. Mientras me subo a una mesa para escribir, tío Pedro convierte el hierro en primorosas rejas que no he vuelto a ver, mientras que mi tía abre el ropero y me presta aquellas figuritas con las que juego una vez que la prosa y el verso que copio (no sabía que se llamaban así) quedan puliditos en los renglones de la libreta de inventario de aquel taller de herrería, el imaginario barroco de mi infancia. Los arcos, ahora lo pienso, fueron sobre todo estos que enmarcaron el taller de mi tío, quien continuó con el cuidado de mis maestros, aquel profesor, sabio del pueblo, y aquella hermosa mujer que me prestó su nombre a la hora de mi bautizo.

Ferrocarril del sureste

Pasaron los años y los grados de la primaria y la secundaria. En un tren mayor, un ferrocarril de muchos vagones de primera y segunda clase, viajamos mi madre y yo a otras tierras, donde ya no (sólo) aprenderé, sino que enseñaré las primeras letras: primero a leer, a seguir leyendo siempre, a escribir, a formar hilos de palabras, hileras de historias, ovillos de voces impresas. Escucharé variantes de mi lengua, nuevos sonidos de letras, aprenderé otras palabras que no estaban en mi diccionario, volveré al medio rural para, entre los surcos, descubrir los dientes del maíz y, entre filas y rondas, los dientitos de los niños a los que ahora me toca a mí dar clases. Es un abrir de ojos, un nuevo camino, un ir y venir por las líneas y los dibujos, la historia y el civismo, la naturaleza y la geografía, la lengua nacional de los libros de texto gratuito con los que me toca dar clases. A la pareja de maestros tan cercana a mí, siguieron maestras en la primaria, maestras y maestros en la secundaria, y profesores de los siguientes niveles. La memoria es una cadena que rescata de la primera letra a las penúltimas que aprendemos (la última será el final); es un abrazo que, como los crucigramas de mamá, reúne las líneas horizontales y las verticales de nuestras vidas.

Subir la cuesta

No sólo fue una aunque, literalmente, por allí —“subiendo la cuesta”— comenzó la vida adulta, que siempre trae consigo la vida de la niñez. Desde Los Altos de Jalisco vi a lo lejos aquel pequeño pueblo que me parecía del tamaño de un libro “en natural”. El camino sigue subiendo — sube y baja— y, con las hojas de los árboles y la solidez y

la liquidez de las sílabas, las hojas de los libros se duplican del lado izquierdo y del lado derecho, van girando como girasoles de palabras. El marcador de libros cambia de lugar cuando leo, y las mismas y primeras letras brincan, se acomodan, se desacomodan, se hacen leer de una y mil maneras en cada lectura de sus lectores. Es el secreto de los libros que, abiertos, comparten con nosotros lo que guardan y que, cerrados, nos seducen para volverlos a abrir. Hubo un primer libro y dio lugar a muchos más, porque quienes nos lo presentaron —y fue mi experiencia— siguen en ellos, infinitamente en “las tretas de los signos” (expresión de Sor Juana), signos de todas las edades, de caminos y caminitos, cuesta arriba, cuesta abajo, nuevas sendas (¿mi primer libro?). Mi primera escuela fue mi casa. Mi primera maestra, mi madre: mujer sola, mujer fuerte, inteligente, independiente. Inventó su propia tiza de colores y con ella marcó su destino de crayolas. Herencia de colores, sostenida en cada esquina por el blanco y el negro de los signos, que me regaló. Lo mismo que su nombre, aras de mi propio camino en líneas horizontales y verticales, como los crucigramas del mediodía.

El libro sin salida

Luis G. Abbadie

*Ahora cabalgo con los gules burlones y afables
en el viento nocturno, y retozo durante el día entre
las catacumbas de Nefrén-Ka...*

H. P. Lovecraft

¿Puede un libro ser una puerta a otros mundos? Y... no, no me refiero a lo que piensas. Por supuesto que lo es, como una metáfora directa. Cuando abrimos un libro, podemos entrar en los mundos descritos en sus páginas, en las vidas de sus personajes, en sus realidades. La lectura nos permite ser alguien más, vivir otras vidas; lo cotidiano, lo fabuloso, lo terrible, mientras exploramos sus páginas. Pero, como dije, no me refiero a ello. Una puerta... ¿acaso una portada?

Empecé a leer a edad temprana, y mi gusto por lo fantástico comenzó también muy pronto. A veces escucho a madres y padres que dudan de poner al alcance de sus hijos los cuentos de Poe, cuando en mi caso, haberlos leído de niño probablemente fue crucial para consolidar mi amor por la lectura.

Pero tampoco es de ese libro del que hablo; cuando menos, no para mí. Lo encontré en el librero del pasillo de la casa de mi infancia, cuando tenía once años. Era un libro pequeño, de la hoy olvidada Editorial Novaro, que aunque algunos recuerdan sólo como sello de historietas, en su momento produjo un magnífico acervo literario. Carecía de título; bastaba, al parecer, la fuerza de los nom-

bres de los dos autores que encabezaban la portada sobre un fondo amarillo sin mayor explicación:

Ray Bradbury
Robert Bloch

Décadas más tarde, lo puedo corroborar: cuando aparecen sus nombres, todo lo demás sale sobrando. La parte inferior de la portada mostraba una imagen que me impactó, y esa misma tarde leí el libro. Fascinado por los pasajes terroríficos, siniestros, pero a veces tan divertidos que me tenían riendo sin parar. El vampiro sonriente que corría escaleras arriba desde el fondo de la cripta; “Odd” Martin, el loco del pueblo, quien aseguraba estar muerto; el hombre que temía ser vigilado por los insectos; el embalsamador con un mórbido sentido del humor... Pero ninguno de los relatos me explicó aquella portada.

Era la plaza de un pueblo, un sitio aislado, ya que se veía rodeado de montañas que asomaban por encima de los techos. La plaza misma estaba cerrada, no se veían calles que salieran de ella; era más bien como el patio interior de un mercado, el perímetro delimitado por unas escaleras que conducían a los portales abiertos y oscuros de los edificios. Y en el centro de la plaza vacía de personas, una estatua. Sobre un pedestal, se alzaba una gran mano, entre cuyos dedos índice y medio sostenía un disco, en el cual se hallaba un ojo abierto. Una estatua con el color de la piel humana, cuyo significado me rebasaba, pero que me atraía al grado que, entre las lecturas de cada cuento, cerraba el libro y me quedaba mirando esa imagen, estudiándola, como si mi progresión en la lectura fuese a ayudarme a comprenderla mejor. O como si esperase que algún cambio se

hubiera producido. Me agobiaban las hileras de portales que circundaban la plaza. Miraba la negrura en su interior, seguro de que habría gente allí... Gente, o algo más... espiando, sin dejarse ver. El firmamento, por encima de los cerros circundantes, mostraba los tonos anaranjados de un sol que ya había desaparecido abajo del horizonte y que pronto desaparecerían, dejando la plaza en tinieblas. Una plaza vacía, bajo un firmamento sin luna. Y seguramente en cuanto la luz desapareciera, numerosas figuras oscuras se derramarían fuera de aquellos arcos en hilera, para invadir la plaza, porque la noche era *su* tiempo. Miraba una y otra vez cada rincón de la plaza, buscando alguna calle escondida, algún resquicio que se me pudiese haber escapado; una ruta de salida, puesto que me imaginaba de pie en aquella plaza aislada en un pueblo perdido en la sierra, en los últimos minutos del atardecer, tras lo cual *aquellas cosas* saldrían... Y no había salida visible de la plaza, a no ser que fuese... a través de una de esas puertas, para atravesar la edificación en busca de una puerta en el muro exterior. Y entrar allí sería ir al encuentro de aquellos que acechaban.

Ese fue uno de los libros que más releí en mi infancia. Disfrutaba de cada uno de los relatos como si fuesen viejos amigos, y siempre pasaba largos minutos escrutando la portada, como si en esta ocasión fuese a descubrir o deducir algo más que lo que antes había visto e imaginado.

Con los años no acabó la exploración. Si acaso me preguntaba qué otros horrores aguardaban el anochecer para salir, algunos de ellos se dejaron vislumbrar eventualmente; no en la portada, claro, sino conforme las nuevas lecturas del libro me mostraban que también sus páginas contenían salidas ocultas. El primer relato, "La sombra del campanario", se expandió considerablemente cuan-

do lo volví a encontrar, en el segundo tomo de *Relatos de los Mitos de Cthulhu*, de Bruguera, y descubrí que el cuento de Bloch era la tercera entrega de una narración por episodios que hiciera en conjunto con H. P. Lovecraft... Y cuando yo leí ese cuento por primera vez, no habría imaginado que ese personaje indagador y enigmático que aparecía brevemente en él, Howard Phillips Lovecraft, había sido una persona muy real, y que su poema citado en el libro, “Nyarlathotep”, era un soneto completo que eventualmente podría leer como lo hacía el protagonista del cuento. O bien que llegaría a leer otros cuentos e incluso novelas acerca de “Nyarlathotep”, obra del propio Robert Bloch, de Lovecraft y de otras plumas.

Tantos lectores que se creen nutridos en letras conocen a Ray Bradbury tan sólo por *Fahrenheit 451*, *Las crónicas marcianas* y *El hombre ilustrado*, sin sospechar que esas no son ni sus únicas, ni sus mejores obras. Fue sin abandonar aquella plaza terrible del pueblo aislado que descubrí y visité Green Town, Illinois, vi a una feria siniestra llegar, me colé a la reunión excepcional de la Familia, volé entre las hojas de otoño con Cecy y escuché el llamado del señor Mortajosario.

Poco imaginaba que el fabuloso y humorosamente siniestro vuelo al Sabbath, en compañía de la deliciosa bruja Lisa Lorini, que aquella vieja lectura me permitió, sería evocado al volver a seguir la ruta ya familiar que ella me mostrara en mis sueños tempranos, más allá del cruce de caminos entre la ficción y el sueño, del cerco entre las imaginaciones astrales y las praderas de Elphame. *Con duelo y suspiro y gran sigilo...*

Me pregunté tantas veces qué libros eran esos que se mencionaban pavorosamente en los relatos; seguramente los arcos sombríos que circundaban la plaza guarecían

algún ejemplar amarillento del *De Vermis Mysteriis*, de la *Cábala del Viejo Saboth*, del impenetrable *Necronomicón* (títulos, algunos de ellos, que ahora se encuentran en el estante por encima de mi escritorio, a pesar de los necios intelectuales que claman que libros ficticios no pueden ser leídos). Y desde aquella tarde en mi infancia, pasarían cuatro décadas antes de que fuera saciada mi ansia de saber cuál era la terrible parábola de Byagoona, el Sin Rostro, cuando la encontré narrada sin omisiones por James Ambuehl en las páginas de la revista *Cthulhu Codex*.

A partir de entonces he explorado los mundos de tantos y tantos libros, cada uno un laberinto interminable, una desviación más al interior de la Casa de Hojas, por los pasillos de la Biblioteca de Babel. Y, sin embargo, a través de tantas y tantas lecturas, tantos y tantos mundos, no cesé jamás de encontrarme rastros inesperados que conducían, de manera inevitable, a las páginas de aquel pequeño libro inescapable... De vuelta a aquella plaza, al pie de la estatua inexorable, bajo ese firmamento en un caso siempre al borde de consumarse. Tomo entonces el libro de su sitio entre tantos otros a los que me condujo, y vuelvo a sus páginas... También a recordar que hay, a pesar de todo, una porción de mí que se quedó allí, una parte mía que permanece de pie en aquella plaza de sombras crecientes, buscando sin encontrar jamás si no una salida, un resguardo, un refugio dónde agazaparse antes que llegue la noche y un sinnúmero de sombras pueble la plaza. Contemplo la plaza vacía, el ojo inexorable que me devuelve la mirada desde el disco entre los dedos de la estatua... Y gozo con el placer familiar de los cuentos que contiene y que ahora conozco a la perfección. Pero me percató de que incluso la plaza me resulta menos ajena, menos perturbadora. Por supuesto, sé que resuena con las horas de

placer reiterado que aquel libro me ha brindado, y con su papel de parteaguas para descubrir mi biblioteca entera y más allá de ella. Pero a veces me pregunto si esa pequeña parte de mí no habrá arraigado ya demasiado en aquella plaza solitaria.

Sé que se trata de un viejo y atesorado libro, pero también tengo una impresión innegable de que cualquier día de estos voy a tomarlo una vez más del estante, y al mirarlo, veré cómo ese cielo de perpetuo anochecer que últimamente imagino un poco más oscuro, más ensombrecido, de lo que creía recordarlo... se ennegrece al fin. Entonces, quizá aquellos que salgan a mi encuentro desde los portales que circundan la plaza, vendrán a darme la bienvenida.

Raskolnikov y yo

Sofía Orozco

Eras una adolescente de 16 años que se identificó con un ladrón ruso, ¿dónde se había visto eso? ¿Será que sentiste compasión por su sufrimiento y arrepentimiento? Tú estabas sola al igual que él. Vivías en una ciudad muy alejada de tus padres y hermanos, las circunstancias te dejaron ahí. En ese entonces viajar en avión era costoso, no existían los celulares y jamás traías dinero para hacer llamadas. Normalmente caminabas a la escuela, lo cual era cansado y maravilloso al mismo tiempo, así llegaste a ver amaneceres de un naranja intenso que pintaban tu cuerpo por dentro y por fuera.

¿Recuerdas cuando hablaste por teléfono con tu padre para pedirle permiso para ir a un convivio? Él solo te expresó que tú ya eras grande, que sabías lo que estaba bien o mal para tomar una decisión y que no le volvieras a preguntar esas cosas. Entendiste, pero te pesó demasiado hacerte cargo de ti misma. Todo era nuevo para ti, la vida independiente en esa casa de asistencia con chicas de universidad mucho mayores que tú. Así que tu encuentro con ese libro que te presentó el maestro de Literatura de la secundaria y conocer a Raskolnikov te vino como anillo al dedo, te hacía compañía. Tú también te sentías en un país lejano y te aislaste para pertenecer a una sociedad distinta, la rusa.

Ibas desfasada en la educación conforme a tu edad, pero eso no te importaba, eras feliz en ese colegio con esos

maestros, compañeros y alumnas —dabas clases a las niñas del internado para ganarte la beca para pagar la colegiatura—, y ahora con esa lectura que te envolvía y acompañaba durante el día.

El libro lo leías de la biblioteca, puesto que no tenías los medios para comprarlo y no había préstamos fuera de la institución. Cuando lo tenías en tus manos acariciabas las hojas, leías a destajo y con interés; al final, lo dejabas en el carrito con cuidado. Lo sentías abandonado, un poco como tu alma libre. A la hora del recreo te apresurabas a comer algo, entrabas a la biblioteca, buscabas un lugar alejado —aunque casi no había personas—, te sentabas, leías, pensabas, te rodaban las lágrimas, las secabas rápidamente, salías al patio reflexionando en lo que había sucedido en cada línea de tu libro *Crimen y castigo*, a Ras-kolnikov como personaje principal, veías a tu alrededor y te acordabas de que nadie había escogido ese libro, solo tú, y te preguntabas: “Sofía, ¿acaso nadie ve algo en él?”. En cambio, tú conectaste con él inmediatamente cuando te leyeron la breve contraportada. Sentiste en tu corazón que este muchacho era mucho más; que de verdad sufría y lo sentía en su cuerpo, mente y alma. Cuando dijiste al profesor que tú querías ese título él sonrió, ¿recuerdas?, él sabía que tú podrías vivirlo de otra manera por tu situación de vida, por tu edad. También lo confirmó porque te vio salir de la biblioteca con los ojos hinchados, pensativa, amable con los demás.

Sofía, más chica sólo habías leído cuentos del puesto de revistas que te compraban cada domingo, algunas novelas ligeras como *Lolita*, las cuales no te marcaron. También habías hojeado la enciclopedia de tu casa. Jamás habías leído una novela que no quisieras dejar, una que te

hiciera reflexionar, una que provocara que tus lágrimas rodaran y que moviera tus sentimientos.

Al final terminaste la lectura, entregaste un informe y te sentiste triste, quizá era porque te despedías de Raskolnikov. Sabías que así debía ser y que el libro *Crimen y castigo* debía quedarse en el estante de la biblioteca.

Un día por la mañana entraste a tu salón, ya estaban todos tus compañeros ahí en silencio, eso no era normal. Fuiste a tu lugar hasta el fondo a la derecha, en tu mesabanco había un regalo, volteaste a ver a todos y la mayoría te sonrió, otros te alentaron a que lo abrieras. Tiraste de las cintas poco a poco, leíste la tarjeta, “De tu profesor de Literatura y compañeros, con mucho cariño”. Con cuidado quitaste la cinta adhesiva del papel. Se asomaba una portada conocida, *Crimen y castigo*. No podías creerlo, pronto tus ojos se llenaron de lágrimas. Algunos compañeros se pararon a abrazarte. Todos estaban contentos por ti.

Ese día y ese regalo siguen en ti, acompañándote. Desde ese entonces han pasado muchas cosas en tu vida. Mucho se ha perdido, pero el libro *Crimen y castigo* y Raskolnikov te han acompañado hasta el día de hoy, treinta y dos años después. El libro ya no tiene portada, las hojas blancas ya son amarillentas, se les nota el paso del tiempo. Tú también has cambiado, en tu cabello hay canas, en tu cara se asoman las arrugas y necesitas lentes para ver de lejos. Las cosas a tu alrededor han cambiado, quien sigue intacto es Raskolnikov, porque la literatura y sus personajes son inmortales.

El niño y los libros

Jorge Esquinca

Fui un niño lector. Es decir, un niño que además de jugar fútbol y ver televisión, leía. Debo de haber aprendido a leer a muy temprana edad, pues me encantaba la caligrafía, cuyos rudimentos nos enseñaban desde el kínder, y no así la aritmética, una ciencia con la que siempre he tenido dificultades (no olvido cuando pude, por vez primera, leer de un solo golpe y sin tener que deletrearla antes, una palabra completa; fue una suerte de acto mágico que aún ahora me sorprende). Leía cómics, todos los que caían en mis manos: *Tarzán*, *Batman*, *El Hombre Araña*, *Supermán*, *La Pequeña Lulú*, *Memín Pinguín*, *Los Super-sabios*, *Rolando Rabioso*, *Chanoc*, las historias de santos en la colección *Vidas Ejemplares* y las aventuras en color sepia del otro *Santo*, el paladín de la lucha libre mexicana, entre muchos más. Dos de mis héroes de entonces, Kalimán y el Llanero Solitario, han tenido breves apariciones en algunos de los poemas que he escrito. No es de extrañar que la lectura de historietas sea el camino iniciático de muchos futuros lectores de libros. El filósofo Fernando Savater confiesa que sigue prendado por ciertos cómics. Mi amigo Vicente Quirarte, notable poeta y erudito, ha hecho del tímido Peter Parker el héroe urbano de nuestra era, y José Carlos Becerra —tan tempranamente desaparecido— nos legó un poema inolvidable: “Batman”.

*

Leí mi primer libro a los 9 años, gracias a mi abuelo materno, el doctor Edmundo Azcárate, quien además de la lectura era un apasionado de la ópera, el ajedrez y el béisbol. Muy joven, en los años de la Revolución, mi abuelo cayó prisionero de un grupo zapatista que asaltó un tren en el que viajaba de Cuernavaca a la Ciudad de México. Al ser interrogado, mi abuelo, con la franqueza que lo caracterizaba, respondió que él era apenas un estudiante de medicina. Esta declaración le valió ser inmediatamente reclutado en las filas revolucionarias y llevado ante la presencia del mismísimo Emiliano Zapata. Durante los meses de su servicio forzado, mi abuelo entabló cierta amistad con Zapata y, entre una campaña y otra, jugaban ajedrez. “Jugaba bastante bien”, nos decía. Una vez le pregunté quién de los dos ganaba esas partidas. Mi abuelo, que había sido campeón nacional y era un maestro en el arte de jugar partidas simultáneas, me respondió, muy serio: “ganaba el General, por supuesto”. Pues bien, además de enseñarme el arte de Capablanca, mi abuelo, seguramente intrigado por las horas en que me veía pasar de un cómic a otro, me obsequió mi primer libro: *La mujer del pirata*, de Emilio Salgari. Conservo esa edición —y buena parte de la colección a la que pertenece— tan precariamente encuadernada que no me atrevo a abrirla, pues temo que se me desbarate en las manos. Me contó, además, la historia de ese libro. Niño de recursos limitados, mi abuelo había reunido unas monedas recogiendo botellas vacías que vendía después. Con ese dinero pudo comprar el libro. Luego de leerlo tuvo la idea de juntar a los niños del vecindario —la mayoría analfabetas— y contarles, de viva voz, la historia. El éxito fue rotundo. Todos querían escuchar más. Mi abuelo les pidió entonces que contribuyera cada uno con un centavo prometiéndoles que a la semana siguiente

escucharían otra historia. De esa manera se fue haciendo de la saga completa que muchos años después llegaría a maravillarme a mí también. El gran Sandokan, sus camaradas Yáñez y Tremal-Naik, la hermosa Mariana “La Perla de Labuán” y los piratas de Mompracem, poblaron mi infancia con épicas batallas e inagotables aventuras por la reconquista de un reino usurpado.

Los 9 años son una edad axial. Baste con decir que a esa edad —toda proporción guardada— Dante Alighieri sitúa su primer encuentro con la inalcanzable Beatriz. Yo vi de manera contundente los ojos azules de mi prima Martha y su cabello castaño claro que habían de recordarme, inevitablemente, a la Mariana de mi admirado Sandokan. Un descubrimiento fundamental en esos años y para lo que vendría después. He escrito en otras ocasiones que tuve una primera infancia nómada. A causa del nuevo trabajo de mi padre —quien había sido gerente de la Editorial Aguilar en la Ciudad de México y lo era ahora de las máquinas de coser Singer— hicimos breves estancias en Guadalajara e Irapuato hasta instalarnos en León. Ahí, en el Instituto Lux de los jesuitas cursé tercero y cuarto de primaria. Vivíamos en la colonia Martinica, a una cuadra del estadio de fútbol y a tres de un enorme llano al que bautizamos como “el campito”. Mi padre, quien durante una corta temporada había escrito sonetos y estudiado pintura en La Esmeralda, era impermeable a cualquier entusiasmo deportivo, pero había reunido una pequeña biblioteca y adonde quiera que hiciéramos mudanza cargaba siempre con una reproducción de *La bordadora*, el hermoso cuadro de Vermeer. Enmarcada con sencillez, esta pintura ocupaba un lugar importante dentro del espacio consagrado a sus libros (conservo, entre otros que le pertenecieron, las *Obras completas* de Santa Teresa de

Jesús y las de Federico García Lorca, en las lujosas ediciones impresas en papel biblia y encuadernadas en piel de Aguilar). Luego de la gozosa inmersión en el mundo de Salgari comencé a explorar esa biblioteca. Nuevos y felices hallazgos: *Tom Sawyer*, *La isla del tesoro*, *Robinson Crusoe*... Dos libros, colocados en la parte más alta de la estantería, llamaban mi atención. Una tarde convencí a mi hermano Luis, un año menor que yo, para que me ayudara a bajar el más grueso de esos tomos. Se trataba de la enorme edición de la Biblia ilustrada por Gustave Doré. Comenzamos a hojearlo y nos quedamos pasmados: había cuerpos desnudos en cada lámina. Eran escenas del diluvio universal y las mujeres voluptuosamente ahogadas se ofrecían a nuestros ojos de niños provincianos con un extraño y ambivalente poder de seducción. A pesar de su título conciliador y de su esbelto formato, el otro libro nos deparaba aún mayores sorpresas. *Acapulco en el sueño* mostraba fotografías en blanco y negro del puerto, el malecón, sus playas y sus habitantes, acompañados de textos inexpugnables... Todo un tanto aburrido hasta que, de pronto, al volver una página, nos asaltó la imagen de los portentosos pechos desnudos, provistos de negros pezones, de una acapulqueña. Creo que ambos soltamos una sonora carcajada. Y aunque nuestros padres nunca nos prohibieron tomar libro alguno, esperábamos siempre a que se ausentaran para volver a hojear estos volúmenes.

Hoy, tantos decenios después y ante la definitiva ausencia de nuestros progenitores, nos repartimos esa mínima herencia: Luis conservó el tomazo bíblico y yo me quedé con aquella primera edición que reúne el talento fotográfico de Lola Álvarez Bravo y la espléndida prosa de Francisco Tario; un autor, dicho sea de paso, que tarda-

ría años en incorporarse con pleno derecho al canon de los “raros” de nuestra literatura. Pero esta es, literalmente, otra historia.

Cortázar de mis amores: el despertar de mis dos vocaciones

Carmen Villoro

Eran los años setenta. La poesía de los españoles Antonio Machado, Rafael Alberti, Federico García Lorca y Miguel Hernández, sonaban en la voz de Juan Manuel Serrat en un LP que giraba en mi tornamesa Fisher. Cambiar el mundo, en ese entonces, comenzaba por usar huaraches de suela de llanta y correas de cuero rudo, blusa de manta bordada por manos indígenas y morral de lana al hombro. Adentro del morral algunos libros, entre ellos una novela extraña y fascinante, *Rayuela*, de Julio Cortázar. El desconocido París de los cincuentas por el que se perdía la Maga se confundía en mi imaginación adolescente con una ciudad que yo aprendí a querer y a caminar en esos días: la Ciudad de México. Tomaba el tranvía que me llevaba desde avenida Coyoacán hasta Revolución, donde se asentaba la prepa del Colegio Madrid. Rememoro las largas caminatas por Insurgentes Sur bajo la lluvia vespertina, la parada obligatoria en las tortas de Don Polo en Félix Cuevas o en el café sofisticado de unos italianos, Ginos, un gusto pequeñoburgués que nos permitíamos con ligereza mientras hablábamos, con la pedantería de los 16 años, de marxismo y psicoanálisis, temas que no entendíamos —como tampoco entendíamos la novela *Rayuela*— tomando sorbos de un aromático y espumoso capuchino, bebida novedosa para nosotros, el grupo de muchachos

para quienes en realidad todo era, aunque complejo, nuevo, estimulante y contagioso.

Margarita Gallardo, la maestra de la clase de literatura latinoamericana, una fan confesa de Julio Cortázar, nos hacía escribir al alimón con él. Leíamos la mitad de un cuento, cerrábamos el libro y teníamos que inventar el resto. Recuerdo, por ejemplo, el cuento “Carta a una señorita en París”, de su primer libro *Bestiario*, en el que un hombre platica a su amiga que su pequeña hija vomita conejitos. La tarea consistía en responder la carta desde la voz de la amiga —la señorita en París— haciendo recomendaciones al personaje sobre cómo lidiar con esa extraña y singular enfermedad. Fue así como me empezó a gustar la escritura: tragando conejitos que no eran míos (identificación introyectiva, dirían los psicoanalistas; peligrosa incorporación, dirían los conejitos), y devoré sus libros escritos hasta entonces: esa joya que se llama *Historias de cronopios y famas*; sus cinco libros de cuentos, *Bestiario*, *Final del juego*, *Las armas secretas*, *Todos los fuegos el fuego* y *Octaedro*; y la novela *Rayuela*.

El universo de Cortázar se convirtió en un referente de mi generación. Veíamos que el piso se plegaba de repente formando una escalera y reíamos con las instrucciones de cómo llevar a cabo un acto natural como subirla. El escritor nos dotaba de esa mirada suya que cruzaba niveles de abstracción y realidad como un deporte mental extremo o un entretenimiento inteligente. Sus textos nos hacían percibir que había otra dimensión, otras, detrás de la experiencia inmediata, y que el mundo era curioso y grave, comprensible e incomprensible, real y fantástico a la vez, familiar y siniestro. Y yo que leía el primer libro que conocí de Freud, *Psicopatología de la vida cotidiana*, pensaba que los dos autores hablan del inconsciente:

uno desde el pensamiento y las ideas, el otro desde la forma literaria y la experiencia emocional.

Yo quería ser cronopio. La gente se dividía en famas y cronopios. Ser cronopio era una manera distinta de estar en el mundo. Los famas eran convencionales y adecuados, pero aburridos y rígidos; los cronopios eran creativos y originales, sabían jugar y cantar. Para mí, *Historias de cronopios y famas* hizo las veces de un libro de autoayuda. Cuando años después leí que Winnicott describía la creatividad como “esa capacidad de colorear la vida”, pensé que eso era lo que distinguía a los cronopios, esos neuróticos que disfrutaban estar vivos y que viven intensamente sus “locuras privadas”, como les llamaría André Green. Y recuerdo aquí la idea de Freud expresada así de pasadita en su ensayo *Neurosis y psicosis*: “Afortunadas las extravagancias de los hombres que les permiten no enfermar de psicosis”. Pero se necesitan muchas virtudes para ser cronopio; en realidad ser cronopio es un ideal inalcanzable.

Cortázar ha tenido una influencia crucial en mi persona, en mi escritura y en mi práctica psicoanalítica. El abordaje de lo cotidiano como una realidad que lleva a otras realidades es algo que aprendí de él, como quien aprende de un tío joven el arte de la papiroflexia. ¿Cómo puedo pensar en Cortázar como un tío joven? ¡Si estaría cumpliendo 108 años! Sin embargo, a 38 años de su muerte, sigue siendo un escritor al que leen los jóvenes. Además, para convertirlo en uno de sus propios personajes, la naturaleza lo dotó de una rara condición: no envejecer. Carlos Fuentes contaba la anécdota de cuando fue a visitarlo a su departamento de París y, al ver que abría la puerta un muchacho, le dijo: “Pibe, llamale a tu papá”, a lo que Julio contestó: “Soy yo”. La literatura de Cortázar me acompaña siempre. Se revela en mis actos y en

mis sueños. Cuando quise ser poeta, a los 18 años, leí por centésima vez el capítulo 7 de *Rayuela* y escribí un poema que contiene algunas gotas de la poción del tío Julio. Con él gané una beca que me subió al tren de la literatura. Ahora vivo en Guadalajara y soy psicoanalista. A mis alumnos les propongo ejercicios que, no lo saben, llevan en la fórmula un poquito del polvo de Cortázar. En la ciudad en la que vivo hay una cátedra Julio Cortázar a la que fui invitada a presentar al poeta Juan Gelman, otro cronopio entrañable. He hablado de Cortázar en un artículo psicoanalítico, y lo he culpado de crear un mundo paralelo donde seguramente están los calcetines extraviados de los que sólo conservo uno por cada par en el cajón. Lo familiar siniestro de que hablara el gran abuelo Freud.

La literatura de Julio Cortázar tiene coincidencias con el psicoanálisis; por ejemplo, la idea de la experiencia humana como superposición de realidades en planos diferentes, simultáneos, accesibles a la consciencia sólo en forma parcial, fragmentaria y enigmática; el registro psíquico de la ausencia, de lo no vivido, de lo que queda de la experiencia identificable; el orden en el que el autor recomienda que su novela *Rayuela* sea leída, responde a una mirada subjetiva que puede narrar la realidad de otro modo. Uno vive en forma cronológica, hay una anécdota, es cierto, un argumento, pero de manera vertiginosa y simultánea los estímulos internos y externos nos llevan a pensamientos, sensaciones y emociones que se entremezclan de manera atemporal y arbitraria. El relato en primera persona se ve interrumpido por las reflexiones de otros, las ideas propias, alguna imagen poética suelta por ahí, como una hoja de otoño que se desprende del árbol y cae a otro ritmo que el de la prisa urbana; los recuerdos que brotan como retoños del pasado, de una lectura de una

conversación en un café. El lente del escritor que cambia el sujeto narrativo de la primera persona a la tercera persona, es el mismo con el que nos miramos: a veces desde dentro, a veces desde fuera, como ese personaje indefinido e incierto que transita el trecho de novela que *nos toca* vivir al lado de otros personajes igualmente inasibles. La distancia entre la realidad y la ficción se acorta de tal modo que no hay verdad posible sino la del momento emocional que la refiere.

Cortázar leyó y admiró a Freud. Según el propio Julio, algunos de los cuentos de *Bestiario* fueron autoterapias psicoanalíticas. “Yo escribí esos cuentos sintiendo síntomas neuróticos que me molestaban”, dice el autor. Recordamos “Casa tomada”, ese relato de dos hermanos solterones que van oyendo y sintiendo que “otros”, a los que nunca ven, se van apoderando de su hogar hasta expulsarlos; y ese otro cuento, “Lejana”, en el que una mujer intercambia su identidad con otra, siempre intuida en sueños inquietantes. Alain Sicard, profesor de Poitiers y amigo de Cortázar, dice del escritor, a propósito de su afición por recorrer el Mercado de Pulgas de Clignancourt: “Julio era muy sensible a las cosas insólitas, a la manera en la que el azar juntaba en el mercado objetos inconexos, tenía una mirada surrealista”. El surrealismo, en la primera mitad del siglo XX, abrevó de las ideas freudianas, como el concepto del inconsciente y los procesos oníricos descritos en el libro *La interpretación de los sueños*. Socorro Venegas, joven escritora mexicana, opina de la obra de Cortázar: “En su literatura, siempre hay un más allá de lo aparente, una invitación a mirar hasta encontrar la voz secreta de las cosas”. No sé si André Green, psicoanalista francés nacido en el 27, haya leído o incluso conocido a Cortázar. Por algunas referencias sabemos que fue lector

de Borges y gran aficionado de la literatura, pero, sin duda, hay en el pensamiento de estos dos creadores, algunas convergencias. El modelo de psiquismo humano que propone André Green bajo el término de “posición fóbica” consiste en una red de asociaciones múltiples hundidas en lo atemporal, como los sueños, no lineales sino muti-dimensionales, no aritméticas sino geométricas, siempre actuales, aunque intermitentes. Este “modelo para armar” coincide con la figura que Cortázar propone para la descripción de su ciudad París imaginaria. Uno de los personajes de *Rayuela*, Gregorovius, dice: “París es una enorme metáfora”. El profesor Sicard afirma que uno de los temas centrales en la obra de Cortázar es el desencuentro. Yo propondría un sesgo a esta opinión y sugeriría que su preocupación temática es el encuentro fortuito, la casualidad provocada, lo previsto que es, al mismo tiempo, inesperado. Otra vez la paradoja como espacio de existencia. “¿Encontraría a la Maga?”, así comienza la novela. Los jóvenes se citaban en un barrio cualquiera de París sin precisar el punto de reunión. Las posibilidades de encuentro y desencuentro eran, a la vez, excitantes y angustiosas: un juego en el tiempo y el espacio, y sus infinitas posibilidades. Encontrarse bajo tales reglas del juego constituía un milagro posible que se festejaba como un gran acontecimiento cotidiano. La retícula de calles que conforma la ciudad luz, los puentes que cruzan de un lado a otro el río Sena, los barrios y sus periferias son una metáfora de otra red de representaciones por las que vagamos indefinidamente. “¿Encontraría a la Maga?”, yo me encontré a mí misma en aquel cruce de caminos.

El tiempo encontrado

Silvia Eugenia Castellero

ÁMarceloÁCastilleroÁdelÁSaz

Flavio Héctor Castellero del Saz,¹ mi tío muerto, fue pronto un signo a descifrar. Cuando tenía 5 o 6 años, y era de noche y me encontraba a solas, venía a mirarme. Al sentirlo, corría hacia la luz a buscar compañía. Su mirar discreto, oscuro, entresalía de los muros. Sobre la textura lisa se volvía la mezcla de una voz grave y una sombra. Me seguía a donde fuera, pero sobre todo se posaba en la máscara mortuoria de Beethoven (que colgaba de la pared de la sala de los abuelos), en su gesto angustiado y en el café cobrizo como de catacumba. Huí de él durante los años de mi infancia. En la adolescencia no volvió a visitarme. Lo olvidé hasta que un día descubrí en la biblioteca de mi padre, perdida entre papeles del pasado, su libreta de apuntes. Pequeña y de piel negra. La tomé y ya no pude desprenderme de ella; el mundo de sus páginas comenzó a poblar no sólo mis horas sino también mis obsesiones y mis sueños. Así comencé a deletrear su retrato.

Su letra manuscrita, tan negra como recién hecha, en momentos más enérgica a veces más pausada, se volvió el cuerpo —el enlace— para encontrar el tiempo convertido en nada con su muerte. Al asomarme a sus páginas, esa es-

1 Nació en la ciudad de Puebla de los Ángeles, el 24 de mayo de 1924, y falleció en la fecha de su nacimiento, a los 33 años. Fue cablista (redactor de noticias internacionales) del periódico *Excélsior*, y más tarde colaborador de *Diorama de la Cultura*, así como de *Revistas de Revistas*. Autor del poemario *El adiós*.

critura se proponía ser un inventario, me revelaba el estado de las cosas en ciertos momentos de la vida de mi tío.

Negras y grandes las letras desesperadas se tejen en un intento por sobrevivir. Sin embargo, ellas mismas van trazando la desaparición de su hacedor, preparan su fin.

Nunca lo conocí, lo comienzo a ver en la voluntad de existencia de estas líneas poseedoras de un ritmo ciego, explorador de potencialidades, de formas. Pero la forma no es un fin sino un aspecto de la existencia. Tampoco es una imagen de la eternidad, es la memoria involuntaria que viene de las profundidades del tiempo perdido. Si como dice Deleuze, la memoria implica la contradicción extraña de la supervivencia y del vacío, las inconexas notas que leo, van formando una teoría de la nostalgia.

Porque el tiempo se le escapó a Flavio Castellero. Quedó del lado de la muerte, y lo fue sabiendo a medida que escribía, fue palpando su deterioro, por eso en sus palabras inicia el regreso y ya está triste y dolido, ya dice adiós.

Yo trato de unir ambos mundos a través del puente de su escritura, de la memoria, e intento elaborar una síntesis de esa ambivalencia entre su deseo de sobrevivir y el vacío que afronta. En el tiempo que se le perdió hay verdades, hay signos de una vida “como un meteoro cayendo de noche estrellada”. Hay tiempo encontrado, fruto del desciframiento.

Un sentido y un olvido van en este hilo que se desenrolla a lo largo de las páginas, un sentido porque la escritura intenta aprehender el mundo; un olvido, pues rompe el enigma que ella encierra, un círculo interrumpido por el silencio con su naturaleza rudimentaria, que me obliga a ver sus pupilas en las letras, a percibir la plenitud de concordancia de mi tío consigo mismo, pero fuera del mundo.

Como poeta, su mundo literario está contenido en Cintia, un ideal romántico, “un destino esplendoroso”, la imagen inalcanzable de perfección resuelta en la cadencia de un nombre y este nombre encarnado —contradictoriamente— en una mujer irreal, aunque bosquejada en sus poemas. Cintia es la virtud misma, aunque —nos dice— la virtud, suponiéndola, es inhumana. Por eso Cintia es sólo una aproximación: “la síntesis melódica del universo”. Y, sin embargo, “la tragedia por la desarmonía” es tal vez lo que se respira en sus textos, su estar suspendido entre lo conocido y lo desconocido. La decepción de llegar a donde no ocurre todavía el encuentro con lo sublime o lo recóndito, la frustración de no desarrollar su ímpetu, su intuición.

Dentro de la inercia de los días, Flavio se dejó llevar por sus sensaciones, pero sin encontrar lectores ni confidentes, entablando un perpetuo diálogo interior, cuyos momentos brillantes los asentó en su libreta. ¿Y no es eso finalmente la escritura, un diálogo interno, interrumpido sólo por la inteligencia para convertir ese flujo en un momento lúcido, y extraer su verdad, comprenderla y volverla signo sensible para los otros?

Intento dar un sentido al signo, romper el círculo de su misterio, descifrar y poseer su encarnación. Descubro entonces que el verdadero lazo con mi tío muerto es la emoción, reveladora de la memoria invisible que se puede sentir en los pliegues y los repliegues de la tinta —el agua negra—, los signos que me bañan de significación para acompañar o seguir su sentido, y poder participar de ese mundo verbal, donde tomo conciencia del envés de la vida de Flavio Héctor Castellero. Porque su lenguaje me transporta hasta su propia perspectiva, así logro ser sujeto expuesto al otro, y entro en un sistema de relaciones

que me hacen vulnerable a su palabra. El lenguaje entonces “simple despliegue de imágenes, alucinación verbal — como lo expresa Merleau-Ponty— se convierte en la pulsación de mis relaciones conmigo mismo y con el otro”.²

Cuando hablo de la memoria, se trata de la memoria como la define Henri Bergson: un pasado que se amontona incesantemente en el inconsciente. Pero voy más lejos, aquí me interesa la representación de esa memoria, y más bien mi lectura de esa representación, mi percepción de las imágenes que Flavio Castellero fue asentando en su libreta al actualizar sus recuerdos; pues como también dice Bergson: “un recuerdo, a medida que se actualiza, tiende a vivir en una imagen”.³

El yo que reflexiona y recuerda en las páginas de la libreta de mi tío, se va conociendo a sí mismo en el curso del ejercicio de esa escritura, se aprehende y aprende de sí. Para Castellero el arte nace de la vida y la exalta, pero la vida —su realidad— con frecuencia lo decepciona al interpretarla objetivamente, ya que el objeto no se abre para revelar su secreto profundo. Entonces, la revalora subjetivamente a través de la vía de las analogías, las asociaciones, el arte. Y entramos en un tiempo que no despliega su duración en el espacio sino en el ser, tiempo que se aparta del tiempo vuelto cantidad y es percibido por el yo no como una sucesión, más bien como fusión y organización. Para Bergson el universo dura, y mientras más se profundiza en la naturaleza del tiempo, más se comprende que duración significa invención, creación de formas: encuentro con el yo fundamental.

2 Maurice Merleau-Ponty. *La prosa del mundo*. España: Taurus, 1971, p. 47.

3 Henri Bergson. *Memoria y Vida*. Textos escogidos por Gilles Deleuze. Barcelona: Ed. Altaya, 1995, p. 49.

En la tesitura de los apuntes de Flavio Castellero encuentro la herencia del romanticismo. Su escritura es un continuo suicidio hasta conseguir en el silencio el estadio último —invulnerable— de la palabra, y considerar a la muerte parte del acto creador. Prefigurarla para encontrar en ella la reconciliación. En sus notas la escritura se vuelve epitafio. La trama que lo liga todo es el afán de relacionar esa totalidad dispersa que es el mundo, y más, el ser —su ser— en el mundo. Se instala en el presente desde la nostalgia, en busca de un origen ininteligible. Por eso ve el mundo desde un rincón, lo celebra con las ventanas cerradas, y rescata lo más humano desde la misantropía.

Mi tío muerto nunca me comunicó nada, sólo me dio su propia desaparición como un signo. Por eso tal vez ya no me mira cuando estoy a solas, ahora su presencia es total. Pero no huyo: penetro en su tiempo perdido, en esa sucesión de instantes que a fuerza de visitar se ha vuelto una sustancia que me reconcilia con mi propio tiempo. A esa reconciliación, al encuentro de dos tiempos que jamás coincidieron sino a través de la escritura (al espacio creado por la percepción de su recuerdo vuelto escritura y mi lectura de esa representación) le llamo tiempo absoluto, tiempo dentro del que florecen los signos sensibles, esos que nos dan un fragmento de eternidad.

Leer, un privilegio

Javier Ramírez

Sin duda, saber leer es un privilegio, no sólo porque nos permite enfrentar y resolver las actividades útiles y prácticas en la vida, sino porque, además de ser la puerta de acceso al conocimiento escrito, llega a convertirse en un gran placer cuando su ejercicio se vuelve una especie de vicio insaciable.

Una vez que aprendí a leer a los 5 o 6 años, recuerdo que todo letrero, anuncio, publicidad o aviso que encontraba en camiones y calles lo descifraba con avidez. Después siguió la lectura de cómics o “cuentitos” que caían en mis manos, y los titulares de periódicos y revistas que veía en los puestos donde eran exhibidos para su venta.

Ahora me doy cuenta que todo lo que leí entrando a la adolescencia fue el entrenamiento necesario para llegar a la lectura de gran aliento, digámoslo así, que es la de los libros. Recuerdo que leí indiscriminadamente cuanta publicación cayó en mis manos: periódicos de todo tipo, revistas y cientos de cómics y novelas ilustradas semanales. No olvido que en una ocasión me leí de cabo a rabo una revista *Vanidades* que alguna de mis hermanas llevó a casa. Y como fui un niño enfermizo que permanecía prostrado en cama de cinco a ocho días, pedía que me acercaran algo para leer.

En casa no había libros, pero como lectura obligada en la escuela primaria católica a la que asistía llevábamos un pequeño tomo de pasta dura titulado *Historia Sagra-*

da. Recuerdo que leí fascinado la historia de José y sus hermanos, que me pareció un relato lleno de aventuras.

¿Cuál fue el primer libro que leí completo? Quizá *Las aventuras de Tom Sawyer*, de Mark Twain —no tengo la certeza, pero creo que me lo regaló una de mis hermanas—, o tal vez haya sido *Tres cuentos*, de Agustín Yáñez, que no sé cómo llegó a casa. Si el libro de Twain fue un gozo que revelaba mis sueños infantiles de correr aventuras donde siempre salía airoso, el de Yáñez fue un verdadero deslumbramiento porque, por un lado, me sorprendió que el argumento de uno de los cuentos era similar a un sueño que había tenido, y, por otro lado, porque los personajes de los relatos son niños y sus historias ocurren en los alrededores del barrio del Santuario, en una Guadalajara parecida a la que me tocó vivir. Dentro de esos primeros libros está también una edición de 1963 del famoso relato del italiano Giulio Cesare Della Croce (1550-1609) titulado *Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno*, que trata de las divertidas aventuras de un personaje rústico y deforme que era dueño de una sorprendente sabiduría. Se trata de uno de los más exitosos libros de la literatura carnavalesca. Ese ejemplar lo adquirió mi padre en una librería muy popular que estuvo ubicada a un costado del jardín donde hoy se encuentra la Escuela de Música de la Universidad de Guadalajara.

Una vez inoculada la afición por la lectura, lo demás fue continuar devorando este o aquel libro con temas variados hasta ir, poco a poco, decantando las temáticas afines a los intereses de cada etapa de mi vida y la elección de los autores que descubría o me recomendaban.

El inicio de mi biblioteca fue aquella repisa donde se acomodaban si acaso diez libros. Hoy no sé con exactitud cuántos he acumulado, pero no son tantos porque unos

llegan, otros se van y algunos permanecen debido a que algo significaron y aún persiste la esperanza de que algún día los releeré. ¡Pero hay tanto qué leer!

Sí, soy de los tantos y tantos que tienen el privilegio de saber leer, y lo he aprovechado.

Una migala sobre el tablero del poema

Luis Armenta Malpica

Recién llegado de la Ciudad de México a Guadalajara, en 1974, debía levantarme muy temprano y caminar de la casa de mis padres a la entonces empedrada calle Colón para tomar uno de los camiones que me llevaban a la escuela secundaria donde cursé el tercer año. Antes de las seis, con una oscuridad apenas rota por los postes de luz, el eco de mis pasos se agrandaba, minuto tras minuto, mientras volteaba nervioso por si alguien me seguía. Siempre me dio la sensación de que, detrás de mí, una araña gigante, a veces tan pesada como un cangrejo cacerola, era mi sombra. Quince largos minutos de la casa a la parada del camión, puntual en recoger lo que quedaba de mi seguridad y de mi hombría.

No recuerdo si entonces ya había leído el cuento “La migala” de Juan José Arreola o coincidí con esa figuración aterradora para simbolizar el miedo, el abandono, la incertidumbre y aquellas emociones que erizaban mi piel desde la adolescencia. En el cambio de ruta, el acoso hacia el recién llegado a una ciudad distinta, sin amigos, a sesenta minutos de sentirse querido y arropado, me hizo escapar de los estudios de dibujo industrial que hicieron necesario el trayecto tan largo para encontrar refugio dentro de mi cabeza. En la preparatoria pasó algo similar: aquella habitación de mi confianza también seguía vacía, excepto por la vaga sensación de que la araña todavía estaba allí.

Entre las mil y una capacidades que me separan de Juan José Arreola está, sin duda, su memoria. El maestro era capaz de recitar versos ajenos y líneas propias con una facilidad, más que asombrosa, memorable. En cambio, yo con trabajos recuerdo lo que comí días atrás. En los talleres en Guadalajara a los que tuve la oportunidad de asistir, nos asombraba esa fruición histriónica, pero honesta, con la que el autor de *La Feria* nos hacía partícipes del arte de la literatura y, con mayor entusiasmo, del arte de la vida. Si el teatro, que practiqué unos años, en *Voz Viva* se lo dejamos a Arreola, el ajedrez, otra de sus pasiones, me recuerda a mi padre, quien me enseñó a jugar y se desesperaba porque no resulté un contrincante serio. Con mi hermano menor siempre encontró oponente. Para mí, el verdadero juego fue la literatura. La novela con la que me inicié en la Escuela de Escritores de la Sogem de Guadalajara, *Gambito rehusado de la dama*, resultó finalista del Premio Planeta para Primera Novela (ya desaparecido) y me dio la posibilidad de ser jurado del premio cuando ganó *Un hilito de sangre*, de Eusebio Ruvalcaba. Un hilito de asombro quedó de aquel intento impublicable. La dama se rehusó a movimiento alguno con mi nombre y me volqué al contrario, el hombre, y al género contrario, la poesía, para rehacer los rumbos de mi sangre feraz.

El *Bestiario* de Arreola todavía me parece un magnífico libro que incluye poemas en prosa, al igual que su *Confabulario*. De este último tomé la idea de que en mi primer poemario apareciera la figura de una migala para representar, de manera alegórica, a la mujer y al narrador. Esta manera de homenajear a una de mis figuras tutelares traía consigo su carga de veneno: en la obra de Arreola hay aspectos misóginos que yo debí romper y, sin embar-

go, sabemos de su pasión por las mujeres, comparable con sus otras pasiones conocidas, como el teatro o el juego de ajedrez. La mujer, en mis textos, no podría ser la víctima ni de la sociedad ni siquiera del hombre. Tampoco podía hacerla a un lado, como la dama del juego de ajedrez de mi novela fallida. Entonces, al igual que la Beatriz arreoliana, la migala en *Voluntad de la luz* (1996) le mostraría el camino al hombre, al poeta, hacia una realidad inexplorada.

Pero la araña lo que impone es la ansiedad, la incertidumbre, el miedo. Elementos que corren y encontramos, de una manera orgánica, en la escritura propia. En *Voluntad de la luz*, la mujer es la abuela y es la naturaleza: la figura primera de la obra literaria. En contraposición, el Ulises salmón de José Gorostiza: símbolo del poeta, del héroe, de quien regresa a casa luego de un largo viaje por los siglos de vida que lo llevan de la composición primaria (minerales y plantas) hasta la evolución espiritual.

Pasar de Darwin y Lamarck a Teilhard de Chardin hubiera sido más complejo sin la *Muerte sin fin* de Gorostiza y sin Arreola. En este mismo libro el pez es femenino y la malagua el macho. Esta otra oposición de los artículos y personajes me serviría para un sujeto ambiguo, anfibio, no binario (como dicen ahora) que es el creador de ese libro que intentó (lo intenta, muchos años más tarde) recrear su propia historia a falta de una memoria en serio. Lo que quiero incorporar a la hora que refiero otros libros y temas musicales en mi propio trabajo son esos otros modos, olvidados por mí, o no reconocidos, no creados específicamente y que me representan. Así, los tantos referentes culturales y la memoria ajena alimentan, sin miedo, esta reconstrucción biográfica y ficticia, a la vez, de lo que soy como hombre y como poeta.

El cuento “La migala”, aparecido por primera vez en libro entre los textos de *Confabulario* en 1952, reapareció ilustrado por Gabriel Pacheco y con prólogo de Christopher Domínguez Michael en La Caja de Cerillos Ediciones en 2013. En su comentario, Domínguez Michael indica que

la migala arreoliana, aunque sea una araña, pertenece al mundo de las creaturas imaginarias, tan amadas por Arreola, autor de un *Bestiario* (1972) como su maestro Borges lo fue de un libro mutante a veces llamado *Manual de zoología fantástica*, a veces *Libro de los seres imaginarios*. [...] En “La migala”, Arreola dialoga con Borges. Ambos, como nuestro padre Dante antes que ellos, aman a una Beatriz. Pero mientras que Borges la honra como custodia del Aleph (que cumple setenta años), Arreola, un romántico que aprendió a disfrazar su dolor con la varia invención, hace de la migala un símbolo del amor destruido entre él y su Beatriz.

En palabras de Arreola: “La migala discurre libremente por la casa, pero mi capacidad de horror no disminuye”, así inicia su cuento: “El día en que Beatriz y yo entramos en aquella barraca inmunda...”, que nos recuerda el estuendo inicio de Alighieri en su *Comedia*: “A mitad del camino de la vida...”. Entonces, junto a Arreola, abandonamos toda esperanza y entramos en su mundo, en otro mundo.

“La migala” es el miedo y no en vano compareció en mi mente en algunos versos de *Llámenme Ismael* (2014) para hablar de un tumor cerebral, clínicamente denominado aracnoide. Si bien el libro trata de Moby-Dick, la conocida y enorme ballena blanca, en la arquitectura del libro funciona en múltiples espacios: un pabellón para enfermos psiquiátricos, la embarcación que remite a Herman Mel-

ville, el *Pequod*, un edificio en Nueva York del cual se tira un joven fotógrafo en su intento de suicidio, etcétera. Habitaciones todas en las cuales la incertidumbre corre por las venas, por los mares, por las nubes, siempre libre y con nosotros como espectador atónito del juego entre la vida y la muerte.

El blanco del cachalote y el cuadro del tablero de ajedrez se funden en la almohada que es capaz de ahogar a quien amamos con tal de no verlo sufrir, como en el filme de Milos Forman *Atrapado sin salida* (1975): embestimos un rostro para hundirlo en el sueño más profundo, *Mar Adentro* (2004) de ese deseo de morir que se nos niega una vez pronunciada la palabra “eutanasia”. En *Llámenme Ismael* hay varias muertes (por suicidio, asistida, natural, por accidente, por un evento criminal o por enfermedad), incluida la inyección de una droga o veneno. El momento oportuno, en la siempre inoportuna muerte, es la noche: esa casilla negra del tablero.

Entre las mil y una noches que encantaban a Borges, quien tanto admiró a Arreola, hay *Siete noches* que me resultan magníficas. Son siete maravillas de lucidez, conferencias que Borges ofreció en 1977 en el Teatro Coliseo de Buenos Aires, posteriormente publicadas como libro en 1980. En dichos capítulos (“*La Divina Comedia*”, “*La pesadilla*”, “*Las mil y una noches*”, “*El budismo*”, “*La poesía*”, “*La cábala*” y “*La ceguera*”) quedan de manifiesto las obsesiones que perseguían al argentino y cuya impronta reflexiva es el cierre del segundo soneto que compone el poema “Ajedrez”:

También el jugador es prisionero
 (la sentencia es de Omar) de otro tablero
 de negras noches y de blancos días.

Dios mueve al jugador, y éste, la pieza.
 ¿Qué Dios detrás de Dios la trama empieza
 de polvo y tiempo y sueño y agonía?

Arreola era un experto ajedrecista. En su Casa Museo permanece la mesa y el tablero que le pertenecieron y nos muestran a un narrador distinto: más lúdico en sus libros que en su casa. El Arreola editor está presente y de seguro entrecierra los ojos cuando hablamos de Borges. Borges, en su poema, parece hablar de Arreola. Me lo parece a mí. ¿Qué Arreola tras de Borges me inspiraron a escribir *Enola Gay*, distante de *Voluntad de la luz* por veinticinco libros, pero cuya capacidad de horrorizarme nunca desaparece? Puedo decir que nada, y mentiría. Lejos del juego y cerca de la estrategia de la guerra, el desamor sigue siendo la constante que nos hace escribir. Es el veneno. El Aleph es el mundo complejo que lo mismo requiere del blanco de la nieve que del negro del humo. La pureza y la pólvora, Beatriz y su revés.

Ensayar la historia de la bomba de Hiroshima desde una varia invención, del diario de Paul Tibbets y del nombre del bombardero B-29 Superfortress, *Enola Gay*, por la madre del primer oficial, requirió muchos días negros, muchas noches en blanco y una mecha de enebros. Para seguir un método, contrario al Paraíso es el Infierno. En esas mil y una noches propias del Purgatorio tuve que fabular, a partir de la *Comedia* de Dante, las *Divinas comedias* de James Merrill (Vaso Roto, 2013), de Paul Celan, Hart Crane, Antoine de Saint-Exupéry, un par de libros de Inger Christensen y material diverso de poetas polacos, sobre todo, lo que nos lleva de una casilla a otra, de barraca en barraca, a no dar en el blanco de la divinidad, pero sí en la comedia del polvo y la agonía.

De nuevo tuve enfrente de mí a esa migala que iba de letra en letra en el teclado, de una palabra a otra, de una página en negro a la página en blanco. “Todas las noches tiemblo en espera de la picadura mortal. Muchas veces despierto con el cuerpo helado, tenso, inmóvil, porque el sueño ha creado para mí, con precisión, el paso cosquilleante de la araña sobre mi piel, su peso indefinible, su consistencia de entraña. Sin embargo, siempre amanece. Estoy vivo y mi alma inútilmente se apresta y se perfecciona”. Tan aplicable al deseo como a la detonación de la bomba, las palabras de Arreola me hicieron suponer que, en efecto, ese desasosiego de la escritura, su paso por nuestra habitación, es toda una experiencia inenarrable.

Da igual si la premisa llegara con Godard y una mujer descansando a un lado de la alberca mientras un avión cruza el cielo y representa al espíritu santo que la deja preñada en *Yo te saludo, María*. O si se completara tal premisa con el nombre de una madre en un avión destructor. Otro ladrillo en la pared es cada verso que va del blanco al negro en la epopeya sin dios detrás de Dios que nos sigue diciendo: “La noche memorable en que solté a la migala en mi departamento y la vi correr”.

Si en lugar de Beatriz decimos G. I. Joe, la migala es la rosa, con la cita de Zbigniew Herbert que abre el libro: “la dulzura tiene un nombre: rosa/ el estallido” nos dejamos caer. Toda Beatriz, como señaló Shakespeare, “aunque cambie de nombre la rosa siempre es rosa”. Incluso si es la “Rosa de Hiroshima” y su estallido escapa de Vinícius de Moraes para hacerse presente dentro del *Muro* de Pink Floyd, de las bardas de Stonewall, del muro en construcción en la frontera mexicana con Estados Unidos o el muro derribado en Berlín en 1989.

Paul Tibbets soltó a *Little Boy* desde el *Enola Gay* hace 74 años, porque buscaba “hacer del mundo un sitio más seguro”. Con la migala suelta no hay una habitación que llamemos segura, ¿cómo va a serlo el mundo? “Porque yo he consagrado a la migala con la certeza de mi muerte aplazada. [...] Entonces, estremecido en mi soledad, acorralado por el pequeño monstruo, recuerdo que en otro tiempo yo soñaba con Beatriz y en su compañía imposible”. En realidad, lo imposible, en mi caso, es olvidar el juego.

Marcela

Fernando de León

1

Yo no solía caminar por ahí, pero ese día se me había hecho tarde jugando básquet en la unidad deportiva y por el estacionamiento acortaba camino a mi casa. El lugar estaba desierto y la vi de lejos: era una maleta y de inmediato supe que alguien la había abandonado, pues ¿qué hacía algo así en un estacionamiento vacío? Me la llevé a casa, la metí cuando nadie veía y en mi cuarto examiné el contenido con cuidado: ropa de mujer, una sábana sudada y algunos libros: *Demian* de Herman Hesse, *Madame Bovary* de Gustave Flaubert y *Cyrano de Beryerac* de Edmund Rostand. Me puse a hojearlos y recuerdo que entre las páginas del libro de Hesse encontré una tarjeta de presentación de una tal Marcela y un número telefónico. Al siguiente día, después de la escuela, marqué:

—Hola, mi nombre es Ernesto. Tengo una maleta con cosas tuyas, libros y ropa, y pensé en regresártelas.

—¿Estás seguro de que son mías? ¿Cómo es la maleta? —preguntó una voz incrédula.

—Es gris con rojo, tiene rueditas. ¿A dónde te las llevo?

—Puede ser que sí, pero... ¿Tienes con qué anotar?

Llegué con la maleta a su dirección. Abrió la puerta: era una mujer guapa. Miró con extrañamiento la maleta y también a mí, pero debí inspirarle confianza. Me invitó a pasar: su casa era muy pequeña, llena de libros y ce-

niceros con colillas. Abrió la maleta y dijo: “sí, son cosas mías”. Con un gesto de rabia, comentó: “el muy imbécil de mi exnovio las botó en el lugar donde nos conocimos”. Pero el enojo se le quitó cuando me miró y dijo con gratitud: “te mereces una recompensa, Ernesto, ¿verdad? ¿Te llamas Ernesto?”. Y yo contesté: “no tienes que darme nada, Marcela”. Fue la primera vez que la llamé por su nombre. Ella insistió en darme algo. Le conté que había comenzado a leer la novela de Flaubert y ella la tomó y dijo: “ten, te la regalo”. Pero yo le pedí que sólo me la prestara y que cuando la terminara tal vez podría prestarme otro libro. A Marcela le agradó mi interés por la lectura y eso selló nuestra mutua simpatía.

2

Con el libro bajo el brazo toqué a la puerta de Marcela. Había terminado de leer *Madame Bovary*. Ella me recibió con una sonrisa. Vestía una blusa de manta y una falda morada que recordaba haber visto entre la ropa que estaba en la maleta. Pensé que era una feliz coincidencia y también pensé que las piernas de Marcela eran muy sensuales.

—Espera —dijo ella. Entró un momento y salió con su bolso—. Vamos a un café que está a dos cuadras. Dudé porque si tardaba mucho mis padres se pondrían en mal plan, pero pronto borré esas ideas y acepté.

Llegamos al café. Se sentó frente a mí y yo no podía dejar de lanzar furtivas miradas al escote de Marcela. Ella pidió un americano y yo un refresco.

—Ahora sí, cuéntame: ¿qué te pareció la novela? —preguntó ella mientras exhalaba el humo de su cigarro recién encendido.

Hice un esfuerzo por dejar de estar pasmado por el escote, la sonrisa y la mirada de Marcela, para pensar en la respuesta que pedía.

—Al principio me cayó mal, Emma —dije por fin—, porque no disfruta lo que tiene y porque es egoísta. Si no fuera por el título hubiera jurado que Charles era el protagonista, él es quien sufre por la mujer que no lo quiere, pero...

—¿Pero? —inquirió Marcela, interesada y arqueando las cejas.

—Pero al final uno termina enamorado de Emma.

—¡Enamorado! —exclamó ella.

Me sentí apenado. Había usado la palabra sin dudar y ahora veía que había sido una palabra demasiado reveladora. Titubeante, tomé valor para explicarme:

—Es raro, sí, porque Emma nunca es justa, ni generosa, ni agradecida. Sueña con hombres que no la quieren y aun así es una mujer de la que uno se enamora. Siento que entiendo a Charles, pero Emma es encantadora porque no deja de soñar, aunque todo lo que quiere la hiere. Ella es valiente.

Marcela me miró un tanto impresionada por lo que yo había conseguido decir con calma y claridad.

3

Una semana después estábamos de nuevo en ese café, porque yo había terminado de leer otro libro y nos habíamos citado para platicarlo. Esta segunda vez yo había leído *Cyrano de Beryerac* de Edmund Rostand, pero me había quedado callado y para llenar ese silencio Marcela había comenzado a decir su parecer con ese aire apasionado que tenía cuando hablaba de libros:

—Lo inverosímil de esta historia es la conversación; ya nadie está dispuesto a conversar, la lucha es contra el silencio —afirmó Marcela—. El *Cyrano de Rostand* es una pieza dramática que hoy nos puede parecer grotesca sólo porque los personajes están dispuestos a conversar sin mayor objeción. *Cyrano* le dice valiente a *Cristian*, porque lo considera valiente; *Cristian* se confiesa inepto con las palabras porque sabe que lo es, pero en una veloz conversación pactan lo que será la esencia de la obra: *Cyrano*, que se sabe poco atractivo, será el *fondo*, y *Cristian* que no tiene acceso a sus propias expresiones será la *forma* para una meta unánime: enamorar a *Roxana* que es una adicta a las palabras de amor.

Yo me había instalado cómodamente en mi silencio: el espectáculo de una *Marcela* elocuente lo ameritaba. Por momentos me sentía inepto y embelesado como *Cristian* ante *Roxana*, incapaz de responder satisfactoriamente a esta mujer que no era adicta a las palabras de amor, pero sí a las argumentaciones literarias. Por eso mi silencio era como una trinchera.

—En la trinchera se escriben las más poderosas cartas de amor —dijo *Marcela*; y sentí que ella me leía la mente—, *Cyrano* las escribe a *Roxana*, las manda a nombre de *Cristian*, y aún más: las memoriza. *Roxana* no quiere reconocer a *Cyrano* en las palabras, ni en la voz o en la letra; y *Cyrano* no quiere reconocer que sería muy capaz de conquistar a *Roxana* sólo conversando. A *Cyrano* le atormenta su grotesca nariz, pero le apasiona la repercusión que tienen sus palabras, capaces de hacer brotar el amor entre dos personas que sólo sienten atracción física.

Un escalofrío recorrió mi espalda: descubrí de golpe que no sólo sentía una clara atracción física por *Marcela*, sino que su vivaz elocuencia conseguía enamorarme.

—Al final de la obra y de su vida, Cyrano se entera de que Moliere le ha plagiado una escena entera y, moribundo, celebra que sus palabras tengan el poder de seducir al genio dramaturgo —dije, un poco desesperado. Y en ese momento mi ofuscada cabeza vio la oportunidad y cité en voz alta algo que había quedado grabado en mi memoria:

—*Porque Moliere tiene genio / porque Cristián es hermoso.*

Y pude ver que en los ojos de Marcela surgía un brillo particular.

4

La habitación de los libros está cerrada. Marcela abrió y cerró tras de mí. La luz azul de la tarde entra por una pequeña ventana y da sobre su cuello, sobre su perfil, sobre su cintura pequeña de grandes caderas y gruesas piernas. He llegado hasta ahí para elegir un libro, pero Marcela se me queda viendo. El brillo en su mirada no se ha ido. Sé que he llegado hasta aquí, como Cristian, enunciando las palabras de otro: de Cyrano, de Rostand.

Acerca sus labios a los míos. Sé lo que va a pasar, aunque nunca antes me ha pasado. Me besa. Me gusta esa sensación carnosa: besos cortos en la comisura de la boca primero, largos y sostenidos en los labios; y de pronto su lengua toca a mi puerta para invitar a mi lengua a salir a jugar: mi lengua en su boca y de regreso su lengua en mi boca. Lecturas de carne suave y húmeda que se intercambian, eso son los besos.

Las manos no pierden tiempo: las mías buscan sus senos por debajo de la blusa y luego hacia su espalda buscando el broche que libere el sostén. Su mano acaricia mi pene por encima del pantalón y lo desabrocha para tocarlo

directamente. Hasta que logro quitarle la blusa descubro que su sostén se sujeta por delante. Comprendo que debo tomar distancia si quiero sentir sus pechos. Ella toma ventaja y me baja el pantalón y el bóxer. Me saca la playera y en un gesto de dominante amabilidad tiende mi playera en el piso y me ordena acostarme. Obedezco. Desde el piso sólo veo libreros hasta que descubro que debajo de su falda no hay pantaletas. De nuevo la luz que deja escapar la ventana es importante, pues mientras sujeta la falda con las manos y se coloca con las piernas abiertas sobre mí, veo su sexo entre azul y negro. No puedo dejar de verlo. Es un abismo para la mirada. Se acuclilla sobre mí y por fin libera ella misma su sostén por delante y me acaricia el rostro con sus pechos, con sus pezones casi negros, grandes: afiladas pasas que dibuja algo en mi mentón. No sé cómo, no sé cuándo, pero un preservativo ha llegado a sus manos y lo desenrolla sobre mi miembro con suavidad. Después, con una habilidad que no esperaba, toma mi pene y lo introduce en ella. Se mueve, se agita, se bambolea sobre mí y yo la miro absorto, concentrado en sentirme dentro de ella y no eyacular todavía. De repente se estremece y se detiene, siento la cálida humedad de su sexo derramada por mi vientre como rocío. Ahora ya no ordena, me suplica: “por atrás ¿sí?”. Y yo asiento con la cabeza porque si hablo, si dejo ir, aunque sea una sílaba, acabo, y no quiero terminar. Me he propuesto prolongar ese final. Ella hace rápidamente el cambio de postura y mientras baja y sube, gracias a sus piernas y apoyada en un brazo, yo alcanzo a ver el vello mojado de su sexo, sus pechos hinchados, su piel brillante de sudor y ya es demasiado: a borbotones espasmódicos voy llenando el preservativo y a su pesar ella siente la explosión líquida, pues gime mientras yo me arqueo y bufo como poseído.

Se deja caer sobre mí y quedamos así, atropellados por la lujuria un buen rato. Luego ella recobra su papel de mujer adulta. Se viste. Me urge a que me vista, porque se hace tarde y yo debo regresar a casa y no preocupar a mi familia. Pone en mis manos *Demian*. Pero, cuando salgo a la obscura calle, el mundo entero ya es otro.

En respuesta a una pregunta no formulada

Guadalupe Ángeles

¿En qué parte del tiempo se quedó la que yo era, en los versos de Darío lanzando piedras contra los que desconocieron al dulce lobo en ausencia del bueno de Francisco?

Desde temprano en la vida creí leerme en los libros, descubrí entre páginas de distinta índole pulsiones que, en un principio, no entendía; luego supe que yo fui el viaje de aquél que venía de lejos, y leyó en mis labios las historias que viviría sólo al roce de su boca; nunca temí la cursilería, creo que la buscaba, y en esa búsqueda me encontré con *Orlando*, la novela de Virginia Woolf. Supe entonces que en los libros (también en la vida) podría ser la que soy sin dejar de ser todo lo que quisiera.

No por accidente viví dobles y triples vidas, cada una mi secreto, cada secreto una historia para compartir vestida de rojos deslumbrantes u ocres oscuros, de azules delirando entre blancas nubes donde cada rostro es todos y el mismo, a cada golpe de viento transformándose, transformándome.

El centro de la existencia lo constituyó la lectura y su hermana gemela, la escritura; aunque usara los más diversos disfraces todo acabó siempre por ser escrito. Así, pude matarme cuantas veces fuera necesario para renacer en una nueva piel, como quien inicia un relato sobrio o incomprensiblemente desesperado, desesperante sobre la hoja virgen de un cuaderno. Rehacerme después de recorrer kilómetros desde la que deseaba dejar de ser, cami-

nar sobre playas sólo habitadas por el recuerdo de amores innombrables e imposibles de olvidar; todo ello fue vivido una y otra vez en la lectura de libros, en poemas sin libro ni esperanza, escritos por mí para mí.

¿Era eso vivir? ¿Inventarme dioses y describir los ritos para procurar su mirada sobre la criatura ínfima que imaginaba ser ante sus ojos? Crear divinidades para mi propio uso y disfrute, diseñar luego diálogos distantes donde cada frase era un verso perdido entre cabellos amados o grito incomprensible a lo largo de horas sólo soportables volviendo el corazón hacia su recuerdo. ¿Era eso vivir? Vivir fue y ha sido leer, al borde de la desesperación, dentro de hamacas como vientres amorosos, en bibliotecas donde fui a encontrar libros en cuyas páginas leí mi rostro, una y otra vez, porque siempre he sido todas y ninguna, a veces sin saberlo, en ocasiones con plena conciencia.

Fui capaz de experimentar la sensación y su impronta, ello me llevó a hacerme vivir en libros donde el héroe y la víctima eran ambos mi retrato.

He sido y soy todo lo que leo, todo lo que escribo, animal hecho de páginas impresas sólo en mi deseo.

Musas tempranas

Françoise Roy

Yo escribo, amo los libros, y me deleito con la lectura desde que aprendí a leer, en francés, en mi tierra natal, la de mis ancestros, Québec. Mis padres tenían la costumbre de regalarnos, a mi hermana y a mí, libros en vez (o además) de juguetes; en Navidad y en nuestros cumpleaños, de menos un libro acompañaba la muñeca de rigor o el peluche anhelado, colándose como quien no quiere la cosa entre los demás obsequios.

Recuerdo que, en la primaria, en la escuela de barrio que llevaba el pomposo nombre de Marie-de-France (sí, la poeta medieval María de Francia), me urgía aprender a leer: quería ser yo quien descifrara el texto con mis propios ojos y mi propio entendimiento, en vez de esperar a que mi padre —que era el lector oficial de cuentos de la familia— nos lo leyera antes de que nos fuéramos a dormir.

El recuerdo más antiguo que tengo de sentirme indignada por una situación cabalmente injusta tiene que ver con los cuentos de Hans Christian Andersen. Me estremeció en particular —igual que a muchos otros niños, supongo— la lastimosa historia de la niña que, muerta de frío en la calle, gasta su último cerillo. ¡Faltaba más! Después, ya plenamente alfabetizada, me topé con el cuento de *La sirenita*: suscitó en mi alma infantil la misma impotencia frente a los embates del infortunio, que no me atrevía a atribuirle a Dios.

Lo cierto es que la lectura acompañó amorosamente las muy largas noches del invierno canadiense de mi niñez, que de por sí me parecía interminable. El hechizo fue irreversible, como suelen ser los encantamientos: Eros, y otro dios que no conozco pero que tiene en la mano un libro en vez de un arco para flechar corazones, había dado en el blanco de mis *filias*.

A los cuentos de Perrault que antecedieron a las tragedias a la griega del danés Andersen, siguieron las fábulas de Lafontaine que teníamos que memorizar en la escuela como ejercicio mnemónico. Todavía, a mis 62 años, puedo recitar varias de ellas de memoria, de principio a fin. Mi preadolescencia tuvo como amigos invisibles al Bilbo de Tolkien y al inspector Hércules Poirot de la cautivante Agatha Christie, de quien leí todas las novelas como si se tratara de completar una colección de estampas. En la secundaria y la preparatoria, Proust, Mauriac, Anne Hébert y Rimbaud eran lecturas obligadas de la materia llamada Francés, que combinaba una introducción a la literatura.

Al mudarme a México en 1982, me tuve que enfrentar a un reto mayúsculo: desarrollar un dominio del castellano que me permitiera seguir leyendo grandes novelas. En aquel tiempo, aún no nos habíamos volcado en una época de ciencia ficción, en la que podemos comunicar instantáneamente con alguien que se encuentra en los confines del mundo habitado, y además ver su cara en la pantalla de un aparato que cabe en la palma de la mano. Nada de Amazon o Kindle, nada de libros digitales. Era difícil conseguir libros en francés, incluso en inglés; por consiguiente, tuve que hundirme como náufraga en la lectura de Borges, Cortázar y una larga lista de clásicos. Esto incluye traducciones al español de idiomas que yo no hablo: no faltaron Baudelaire, Faulkner y Dostoyevski. Y el

enamorado empedernido y desdichado de Kafka, que dijo lo siguiente: “Necesitamos libros que nos muerdan y nos arañen. Un libro debe ser el hacha que quiebre el mar helado dentro de nosotros”.

La poesía, desde mis años mozos, había metido el pie en la puerta entrecerrada de mis pasiones (me gusta la palabra en francés para decir que la puerta está ligeramente abierta, *entrebâillée*, que sería como “bostezando a medias”, como una boca que está un poquito abierta para dar un beso). En Guadalajara, donde vivo desde 1992, esta maga de las palabras pasó de ser la *madame* del prostíbulo a ser una de las chicas, y la poesía misma se volvió mi musa. Sometida a su varita mágica, no podría estar más de acuerdo con André Chénier, que alegó que “el arte no hace más que versos; sólo el corazón es poeta”. Me pregunto si Chénier pensaba en las lecturas que le entusiasmaron cuando fue conducido en una carreta hacia la guillotina por orden de Robespierre, junto a una princesa de Mónaco. Mencionan esa cita de uno de los mártires de la Revolución dos autores de un libro de ensayos maravilloso que estoy traduciendo en este momento, Jean-Jacques Vincensini y Frédéric Ferney, titulado *Éros, l'encre du désir*. Ellos le hablan al corazón invocado por Chénier cuando citan a Abd el-Rahman Djami: “Toda poesía es visión; el poeta es un vidente y un augur. Lo que ve en el tintero en el que se refleja y se ahoga no es el futuro, es la verdad”.

En este oficio de poeta y lectora que se ha enlazado con el de traductora y narradora, todos se han dado la mano: Baudelaire y Celan, Darwish y Ruben Darío, Pessoa y Marie Ndiaye, Steinbeck y Céline, Del Paso y Marie-Claire Blais, Abigael Bohórquez y Anne Michaels, Calvino y Arundhati Roy (mi tocaya en lengua bengalí), Coetzee y Gorostiza, Djuna Barnes y Olga Orozco. Lista en la que

no puedo dejar atrás a Daniel Boorstin, el historiador cuyos ensayos adornan su libro enciclopédico *The discoverers* como joyas de la corona.

Los escritores que me han marcado como a un buey el hierro en los últimos 30 años de mi vida son legión; son tantos que no me alcanzaría un diccionario —que colecciono y de los que estoy también enamorada— para nombrarlos a todos. ¿Qué tocan? Eso que describe el diplomático francés Jacques de Bourbon Busset con esas conmovedoras palabras: “Cada ser humano es el guardián de algo que lo rebasa, que no es realmente suyo. Dicha fuerza no puede salir a la luz con impunidad. Es una esencia de sombra que no soporta bien la plena luz del día [...] Es importante dejar crecer la parte oculta, que es sin duda la mejor [...] Esta mejor parte, es imposible, so pena de no saber de lo que estamos hablando, no llamarle alma”.

Para contestarle a este servidor de la república francesa, yo remataría con esto: “No me puedo imaginar un Paraíso —ese posible destino final del alma— sin libros”.

Primer quebranto al corazón

Godofredo Olivares

El nuestro es, en el fondo, un mundo infame.

Hans Christian Andersen

Sentí mi primer quebranto al corazón cuando leí el cuento “La pequeña vendedora de fósforos” de Hans Christian Andersen. Tendría entonces alrededor de unos 6 años y no olvido esa terrible opresión dentro de mi pecho, ni cómo se acrecentaba conforme leía sobre esa pobre niña congelándose, fósforo tras fósforo, hasta morir. Aquella terrible historia aún sigue en mí, como la imborrable cicatriz que permanece en la palma de mi mano derecha.

Mucho tiempo después aprendí que experimentar opresiones en el pecho o percibir que el corazón parece quebrarse, corresponde a ciertos males cardíacos o pulmonares, pero también a situaciones de profunda angustia; y que leer un texto bien escrito, ya sea un poema o alguna narración, posee el don de reanimarnos el espíritu o apretarnos el corazón. Incluso tiene la mágica capacidad de estar leyendo durante un caluroso verano y comenzar a sentir frío si la trama leída ocurre en ambientes de gélido invierno.

Este pavoroso cuento, como otros tantos más de este escritor danés, lo leí en un libro titulado *Cuentos de hadas de Andersen* y que aún conservo, o más bien lo poco que logró sobrevivir después de pasar por los imprudentes maltratos que le dieron un par de chiquillos, mi hermana y yo. En realidad, sólo quedan dos secciones de páginas, en papel grueso y tamaño carta: la primera parte, y

por fortuna, va de la hoja de portada hasta la página 14; y la segunda sección, desde la página 65 hasta la 176. Carece de las pastas, debieron perderse en alguna de las tantas mudanzas que mi familia realizó. Y los dibujos que van acompañando cada cuento, realizados por Freixas según se menciona en la portada, están pintarrajeados de colores por obra de mi hermana o por mí, o por ambos. El libro lo publicó la Editorial Molino, que tenía dos lugares para edición e impresión: Buenos Aires y Barcelona. Este libro que tengo fue impreso en Argentina y es una tercera edición, fechada en enero de 1941. El libro lo compró mi abuela Carmen y fue un regalo para mi madre, que debió recibirlo cuando era una niña de unos 6 años, o un poco más tal vez, porque ella nació en el año de 1935. Y hago estas conclusiones, porque en la portada aparece, con hermosa letra cursiva, esta breve dedicatoria: “A mi queridísima hija Miryam. Carmen”.

Con los años y en tantas lecturas, me fui enterando que Hans Christian Andersen fue hijo único, que su padre era zapatero remendón y que este cuento de “La pequeña cerillera” se lo dedicó a la memoria de su madre, Ana María Andersdather, una lavandera muy pobre y alcohólica. Que desde muy pequeño él sufrió hambres tremendas y debió mendigar por las calles. Que tan pronto logró aprender a escribir y a leer consiguió fugarse de sus tristezas y desgracias imaginando fantasías con todas las obras que podía conseguir y leer. Que su carácter entusiasta y bondadoso le proporcionó buenos amigos en niveles sociales altos, quienes le ayudaron mucho en la vida. Incluso, gracias a ellos pudo ingresar a la universidad que entonces era privilegio para unos pocos. Y que Andersen se procuró siempre la esperanza desde sus propias desesperanzas.

Desde 1827, con su primer poema publicado, “El niño moribundo”, Hans Christian Andersen obtuvo el éxito que lo llevó a estar entre los personajes más populares de Europa y a convertirse en un escritor demasiado prolífico, en casi todos los géneros: la poesía, el teatro, la novela, los libros de viajes y sobre todo los cuentos. Cuentos llamados entonces de hadas, que han sido suavizados y censurados en múltiples publicaciones o películas para un sector infantil. Y es que la aparente inocencia y ternura de algunos de sus cuentos es sólo una piel de oveja que encubre a un lobo cruel, que surge en cualquier momento de la lectura para devorarnos el corazón.

Y es que la imaginación de Andersen se fue haciendo con el tiempo obscura, amarga, siniestra, para escribir aquellos cuentos terribles, donde los personajes sufren y mueren por sus destinos trágicos y sin posibles finales alentadores o felices. Todo esto fue consecuencia de sus tristezas o desolación por sus propios fracasos sentimentales y las decepciones amorosas que sufrió, a veces con mujeres inalcanzables, otras con bailarines o jóvenes aristócratas.

Dentro de los cuentos de Hans Christian Andersen merodean criaturas malignas, bandidos, sombras asesinas, demonios, brujas, verdugos, seres andróginos y raptoras de niños. Y las historias provocan sensaciones siniestras, peligros latentes, angustias, pesares y el constante acecho de la muerte. Como ocurre en este pasaje del cuento “La reina de las nieves”: “La hija de los bandidos pasó un brazo en torno al cuello de Gerda, y, con el cuchillo en la otra mano, se puso a dormir y a roncar. Gerda, en cambio, no podía ni cerrar los ojos, pues no sabía si seguiría viva o si debía morir”. O en el cuento “El elfo del rosal”: “Acercóse entonces otro hombre, sombrío y colérico; era

el perverso hermano de la doncella. Sacando un afilado cuchillo de grandes dimensiones, lo clavó en el pecho del enamorado mientras éste besaba la rosa. Luego le cortó la cabeza y la enterró, junto con el cuerpo, en la tierra blanda del pie del tilo”. Y en el cuento “Las zapatillas rojas”: “Le explicó todo lo ocurrido, y el verdugo le cortó los pies con los zapatos, pero éstos siguieron bailando, con los piececitos dentro, y se alejaron hasta perderse en las profundidades del bosque”.

El escritor y prestigioso crítico literario Harold Bloom llegó a escribir: “Andersen fue un cuentacuentos visionario, pero su reino de hadas era maligno”. Yo agregaría que logra quebrantar los corazones de sus lectores.

El inolvidable *Auto de fe* de Elías Canetti

Gabriela Torres Cuerva

Al hablar de libros, siempre tengo la tentación de confirmar que muchas lecturas se podrían haber ahorrado con tan sólo leer uno. Cada año reivindico este pensamiento y fortalezco mi admiración por *Auto de fe* de Elías Canetti. Un libro supremo entre los libros vivos y los muertos, porque los libros también mueren: unos caen vencidos al paso del tiempo; otros dejan su marca de hoja seca en la memoria, es decir, sabemos que los leímos pero nos cuesta expresar aquello que sentimos o el punto en la memoria que reverdece al evocarlo; y otros, los significativos, los que no se olvidan aunque pase el tiempo, permanecen en la punta de la lengua cuando alguien pregunta: ¿cuál es el libro que marcó un antes y un después en tu carrera como lectora?

Mi mayor ofrenda es para *Auto de fe*, la única novela de este autor alemán, publicada por primera vez en Viena en 1935 con su nombre original *El Deslumbramiento (Die Blendung)*, todo esto con Hitler en el poder y pocos años antes de la Guerra Civil en España. La novela fue prohibida por los nazis y dada a conocer con fuerza después de que surgió *Masa y poder* en 1960.

Hablar de los personajes ofrece diversas variables y todas ellas interesantes para el análisis o la interpretación. Peter Kien y Teresa Krumbholz están tan poderosamente configurados que deberían ser enaltecidos en el mundo literario o al menos mencionados en tertulias o coloquios.

La fuerza narrativa es extraordinaria: no intenta dar cuenta de una tragedia histórica, sino que perfila con calidad ingenieril la odiosa pero necesaria jerarquización entre los sabios y los tontos, además de hacer juegos alternos con otros niveles de poder, como la transición entre las distintas personalidades de ambos, en las que el poder queda en manos de uno o de la otra cuando menos lo esperamos.

El personaje protagonista, Peter Kien, es un sinólogo que no tiene deseo alguno de prestar un gramo de atención a alguien y mantiene la costumbre de mirar por sobre la gente. Una manera por demás inteligente para quitarlos de su vista sin necesidad de hacer contacto visual o un intercambio inútil de palabras. Escucha con cuidado las voces de su instinto, el que lo guía a sus paseos entre las siete y las ocho de la mañana “para respirar el aire de otros libros”.

Considera tan inútil como innecesario descifrar los cánones de comportamiento, tan cambiantes y escurridizos, de todas las personas sin excepción. No está dispuesto a sufrir las condiciones precarias del pensamiento de los demás: tiene la certeza de estar en un peldaño tan superior que su vista es alcanzada por pocos, con lo que la ecuación de mirar a los otros y de que lo miren queda perfectamente controlada, hasta que se aviva en él la importancia de contratar a alguien que lo ayude a cuidar su biblioteca: es cuando llega Teresa.

Con el paso de los años, Kien se habitúa mentalmente a la presencia de su ama de llaves, con desgano y sin preocuparse demasiado en conjeturas: la reconoce como una mujer totalmente ajena a los libros y la que no constituye en sí un peligro para seguir con su vida de estudio y análisis, que al fin a un sinólogo con eso le basta y le so-

bra. Da la impresión de que la ve como a una persona inofensiva, y con el ánimo de seguir contando con ella para cumplir con su tarea prioritaria: preservar su biblioteca intentando siempre mantenerla en óptimo estado, y acicateado por el sueño donde su biblioteca se incendia, decide proponerle matrimonio, a lo que ella acepta de inmediato.

Teresa, una mujer sencilla sin pretensiones mayores que sobrevivir cada día, se convierte en alguien capaz de torturar y maltratar de las maneras más ingeniosas y crueles. Kien, desprotegido en las cuestiones mundanas, ignorante de las artimañas de ciertas personas para conseguir lo que desean, vadea sus ataques hasta que es arrojado de su departamento por su esposa.

Es un punto de quiebre en la trama: Kien pierde el control de lo que hasta entonces ha sido su espacio y comienza a ser devorado por Teresa. Sigue en su mundo de libros y personajes literarios, mitológicos e históricos, con quienes convive y elabora ideas por horas y horas, mientras Teresa toma decisiones desde su nueva posición: solicita dinero para comprar muebles, reparte las cuatro habitaciones entre los dos, y palmo a palmo nos va dejando en una sensación de desamparo al añorar a la otra Teresa que llega un día agradecida y dócil por la oportunidad de tener un mejor empleo.

La transición de los personajes parece sostenerse en un cable de alta tensión ante la mirada del lector: así, en suspenso, de pronto nada sucede y súbitamente todo pasa. Teresa y Kien van y vienen en sus respectivas ocupaciones, mientras hábilmente Teresa se va apoderando de la casa y, literalmente, de Kien. La novela, apenas en su primera parte, nos muestra a una ama de llaves-esposa capaz de maltratar y de reducir a Kien en una piedra para protegerse: “Petrificarse era una forma de castigarla”. Es

tan fuerte el influjo del detalle narrativo en las dos personalidades, que de pronto dan ganas de suspender la lectura y pensar un poco en lo que siente o percibe el agraviado o el agresor, la víctima o el verdugo. En un juego de espejos, también somos susceptibles de ser puestos en la mira y observados por el ojo avizor de la crítica personal.

En apariencia, Kien es el poderoso, el sabio, el estudioso, el filólogo aclamado internacionalmente, el hombre. Esto último, dada la apertura de conciencia y la inclusión en las renovadas maneras de comunicarnos, puede sonar misógino. La novela de Canetti abunda en oraciones o párrafos completos que denotan una postura narrativa —y se sabe que las épocas tienen mucho que ver con los cambios en la cultura comunicacional y la manera en que interactuamos con nuestro entorno— asumida por el autor y llevada con excelencia por las páginas, donde el autor expresa en tercera persona el *leitmotiv* de Kien cuando desprecia, ignorándolas, a Teresa y a las mujeres en general: “Que los alemanes hubieran feminizado lo más valioso que tenían, las ideas abstractas, era una de esas barbaridades inconcebibles con que anulaban sus propios méritos. En lo sucesivo él santificaría con sufijos masculinos todo cuanto se refiriese a Dios”.

Auto de fe, una novela plena de aristas por donde abordarla, tiene tintes quijotescos, tanto con Sancho que bien podría ser representado por el enano Fischerle como por los molinos de viento, con la aparición de algunos de los compañeros de Kien en la soledad, en sus sueños, entre sus libros, en un territorio inadmisibles para Teresa por “ignorante, inculta, atea y por carecer de pasado”, tanto que apenas se le ocurriese poner un pie en la tremenda reunión con sus libros, el propio filósofo Meng Tse habría sido capaz de marcharse dejando a Kien con la palabra en la boca.

Auto de fe no es una novela para leerse una sola vez y olvidarla en un estante. La consigna es regresar. Es un asunto de tiempo: nunca serán los mismos ojos los que leyeron hace diez años que hoy o que dentro de un año. En especial con una novela de este calibre, de una belleza desmedida y monstruosa, es imposible, aun para la mente más avezada, aprehender todas las posibilidades de una sola vez.

Los espejismos, delirios y realidades de Kien se parecen entre sí de manera significativa. Todos ellos remueven el mundo interior del personaje: busca en ellos alcanzar lo que en la vida le es imposible. La inclusión del ajedrez como eje temático de una de las aventuras, nos sitúa ante el espectáculo de dos personalidades igualmente anti-páticas: Fischerle, el enano habitante de un submundo que vive obsesionado con la idea férrea de convertirse en campeón mundial de ajedrez y al que le repugna la gente común tanto como a Kien.

Auto de Fe es una lectura que desacomoda, y no hay mayor delicia para un lector: identificar en la historia la paradoja de lo detestable y lo admirado, lo mejor y lo peor de la especie humana, haciendo gala de una estrategia grotesca con las tres puntas bien afiladas de lo extravagante, lo ridículo y lo absurdo. Lo declaro de nuevo: mi amor incondicional por el genuinamente odioso Elías Canetti seguirá vivo y latiendo, como esta obra maestra.

De veranos y otros amores

Minerva Ochoa

Debo haber tenido unos 8 o 9 años. En esa época solía pasar los veranos en casa de alguna de mis abuelas en una población pequeña en el occidente del país. Las viviendas eran grandes, con habitaciones amplias, muros altos, patio al centro y un ancho pasillo de acceso al que llamaban corredor y que hacía las veces de sala para recibir a las visitas.

Mis hábitos citadinos hacían difícil que me adaptara a los horarios de allá, donde se acostumbraba ir a dormir temprano debido a que la luz eléctrica no era muy estable. Además, no había televisión, y las otras alternativas de entretenimiento para una niña de mi edad tampoco eran muchas, así que cuando todos iban a dormir, deambulaba por la habitación apenas iluminada por un foco lagañoso.

Ahí conocí las bolitas de naftalina que se usan para evitar la polilla. Había varias en cajones llenos de prendas y objetos viejos. También descubrí el impermeable del sombrero, que era una cubierta de plástico que se ajustaba con un resorte para protegerlo en épocas de lluvia, de manera que no se mojaban ni el sombrero ni su portador.

Una noche, después de haber inspeccionado todo el contenido de un ropero, me subí al mismo y abrí un par de maletas que estaban ahí, arriba. Me sorprendió que estuvieran llenas, pero no de ropa para viajar, sino de documentos, adornos, joyería en mal estado y, para mi sorpresa, un libro. Nunca había visto un libro en casa de mi abuela, ahí sólo tenían revistas o materiales de impre-

sión periódica, como la infaltable hojita parroquial o *El Eco*, periódico local.

Me pareció evidente que el libro estaba escondido porque lo encontré envuelto en un vestido viejo, así que me regodeé saboreando lo prohibido y dejé de deambular por las noches para mejor ponerme a leer, en penumbra y a veces tan sólo con la luz de unas veladoras que dejaban prendidas a los pies de unas vírgenes ahumadas, el tesoro encontrado.

A partir de ahí, los días me parecieron largos y las vacaciones cortas, porque la lectura me atrapó pese que había no sólo palabras, sino también cosas que no entendía. Vivía en un estado de permanente espera de que todos se fueran a dormir para desvelarme leyendo y, antes de dejarme vencer por el sueño, devolver el secreto a la maleta con la esperanza de que nadie descubriera mis “fugas nocturnas”.

Desde luego que a esa edad avanzaba poco en la lectura, y pronto llegó el momento en que las clases se reanudarían, así que mis padres fueron por mí y me trajeron de regreso a la ciudad, donde teníamos muchos libros, pero ninguno como ese que se me había convertido en una especie de adicción temprana.

Esa fue mi primera experiencia de estar huérfana de libro. Anduve varios días desazonada, con síndrome de abstinencia lectora que traté de paliar con las amigas, las clases y otros libros.

Desafortunadamente, no había comprendido muy bien lo que contaba el texto prohibido de casa de mi abuela y no podía referir con claridad la trama. Aun así, había pasado un par de semanas embriagada por esa lectura cuyo contenido no fui capaz de aprehender del todo.

Al siguiente verano, las cosas en casa de mi abuela habían cambiado. Había fallecido mi abuelo y la familia se

había desecho de la mayoría de sus pertenencias, con lo que se había reorganizado la casa y, con desconsuelo, no logré encontrar ni la maleta ni el libro.

En ese momento descubrí que me era imposible recordar el nombre, el autor o a varios de los personajes. Sólo tenía algunos ecos de la trama todavía en la memoria.

Pero el destino de una lectora es siempre inexorable y me dio una segunda oportunidad sobre la tierra, pues muchos años después, frente a un pizarrón de la preparatoria, habría de recordar de golpe aquellas noches remotas cuando en penumbras, y con la clara sensación de estar haciendo algo prohibido, había leído parte de la historia de un pueblo al que un hombre corpulento, integrante de una familia de gitanos, había llegado para dar una demostración pública del funcionamiento de los imanes arrastrando por las calles dos lingotes que hicieron saltar la mayoría de los objetos metálicos en todos los hogares. Una imagen muy clara y capaz de dejar impresión en una niña de primaria.

Ese fin de semana —desde luego, prácticamente sin dormir— me leí de un sorbo el libro que me acababa de prestar una compañera de prepa, con lo que saqué con ansiedad una sed que había nacido muchos años atrás, para después, con una actitud más mansa, empezar por tercera vez la novela que si bien no fue el primer libro que leí completo en mi vida, sí marcó mi infancia lectora y me lanzó a una búsqueda literaria que sigue en curso.

Leer es reescribir

Carlos Prospero

1

Aprendí a leer cuando empecé a trabajar como corrector de pruebas. La corrección de pruebas era una lectura en busca del error, y el error no era de ortografía o de dedo, solamente era en realidad un lapsus, como lo describe Freud en “El chiste y su relación con el inconsciente”.

Corregir es también reescribir, reorganizar, redactar de nuevo sin afectar el estilo del autor, y esto último era un verdadero lío porque no hay autor que no se sienta Dios mismo en cuestiones de emisión de mensajes.

Por eso la corrección de prueba trascendía su propio espacio para confrontar, y muchas veces afrontar y enfrentar, a los autores. Conocí a todos los autores locales protegidos por el Estado, porque eran los únicos a los que publicaban con sello editorial. Otros más, muchos, hacían “ediciones de autor”, como se les llamaba a las ediciones que el autor pagaba de su bolsillo —como hacen ahora las editoriales independientes asentadas sobre todo en talleres literarios o de escritura creativa—.

Públicamente, esos autores eran reconocidos, admirados y seguidos por epígonos que los imitaban, o lo intentaban no siempre con éxito; internamente eran como cualquiera, pues con mis lecturas de corrector les cubría las espaldas.

Leer para corregir es grave, es tedioso y también frustrante. No hay dioses sin pies de barro. Pero este tipo de

lectura que se ejercitaba ocho horas diarias, semana tras semana, mes, año, lustro, creaba una deformación profesional y ya no podía, no se puede, leer a Homero, Dostoyevski, Breton, Borges o Paz sin el lápiz rojo en la mano.

2

La felicidad es el resultado de un logro, pequeño o grande, y aunque pasajera, uno la acumula en alguna parte de la memoria, no sabiendo del todo cómo, y la evoca ante otros logros posteriores; por eso me di cuenta de que los errores de los otros eran estímulo para mi felicidad (y debería apuntar mi economía).

Leer, para mí, es una cacería, una búsqueda profunda de esos lapsus que todo hombre y mujer cometen, y que nos revelan lo que está oculto en lo inconsciente de los individuos. Lo inconsciente, no el alma, porque en él está el bagaje histórico de la humanidad acumulado también en los genes y que muestran al que lee con acuciosidad la dirección hacia donde vamos todos, sin considerar el corolario existencialista tan en boga hoy.

Para mí no hay lectura de entretenimiento —los que escriben, aunque escriban con humor histriónico—, pues en el acto de escribir de una persona se encarna el deseo de toda la humanidad.

La grandeza de un autor, pues, está en esa ignorancia, en ese no conocer las ligas que lo unen con los demás, como las raíces de los mangles que crean un fuerte tejido debajo del agua de las rías.

Quizá porque ahora todo el mundo anda en la jugarrera (así dicen en Colima), y escriben y leen para entretenerse, para pasar el tiempo mientras la muerte les llega, recomiendo no leer, pues Dostoyevski les causaría dolor

de huesos y el primer Efraín Huerta los llevaría al confesionario. Incluso la llamada lectura crítica no pasa de ser un análisis de texto que concluye en una glosa de lo leído.

3

Cuando me sentaba ante una galerada, la primera pregunta tras leer el título era “¿qué es esto?”, porque ya desde aquellos tiempos, autores y editores le daban una asignación al texto, “esto es una novela, un relato”, “esto son unos poemas modernistas”, acompañada de una bendición “los escribió el señor don...”, y allí impreso en una tinta firme en un papel barato y poroso —de imprenta— el texto desnudo, indefenso, realmente indefenso ante el cazador de errores léxicos y lapsus argumentales o de verosimilitud.

En fin, leer para mí ha sido una incursión en el lado oscuro del alma humana que me ha enseñado que somos seres en proceso y que todos esos libros que se escriben, vistos desde una perspectiva dialéctica, sólo son un intento de dejar constancia de lo que el hombre ha hecho, aunque públicamente siga creyendo que fue creado a imagen y semejanza de un sólo dios verdadero.

Nadie debería leer sin un lápiz rojo en la mano.

El milagro y la chiripa

Dante Medina

I. ¿No hay de otra?

Nací en un país donde ser lector es un *milagro*, una *chiripa*, y a menudo un ser antisocial y engreído. Los niños que leen, dice la gente, no se desarrollan sanos, gastan la vista, se llenan la cabeza de mentiras y el cerebro se les seca. Además, muy ademásmente, son niños tristes, ensimismados, ausentes, ¡ven cosas que nomás ellos! Andan pensando en vaya usted a saber qué. Tienen ese mal que le dio la enfermedad de *disvariar* al Señor Quijote en la película de Cantinflas... Mi país se llama México y uno de esos niños fui yo.

He caminado mundo, desde entonces, dentro y fuera de los libros, en bibliotecas y palacios, en páginas y montañas, en capítulos y versos, en mares y ríos, en playas donde las olas de la metáfora estallan al sol de la imaginación de la gramática. Perdón, que me distraje delirando en palabras. Vuelvo a mi testimonio:

Crecí en Uruapan del Progreso, Michoacán, una ciudad próspera por voluntad propia, donde había una papelería en mi calle, con una docena de libros en sus vitrinas, y un estanquillo, en el Tercer Portal, que vendía revistas que sí se vendían y algunos libros que mal-se-vendían. Inexplicablemente para los demás y muy menos explicablemente para mí, yo quería leer por admiración del mundo: era tal la maravilla de vivir en ese paraíso de la Tierra, que me daban ganas enormes de que hubiera más,

más. Más parques como el Eduardo Ruiz, más ríos como el Cupatitzio, más cascadas como la Tzaráracua, tendría *también* que haber en otros rincones del planeta —decía el niño que vivía en mí— y la gente ya lo habrá contado, por escrito, para que aprendamos a soñar despiertos. Mi intuición fue certera: encontré en *Cándido* de Voltaire, en *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier y en la muerte de Sherlock Holmes de Sir Arthur Conan Doyle, en la ficción, lo que la realidad me confirmaba: el majestuoso río Orinoco, un parque de maravillas: Eldorado, y las cataratas de Reichenbach, leyendo esos libros. O sea que mi mundo, Uruapan, estaba *también* en otros mundos.

No hubo ni librerías ni bibliotecas en mi infancia, los libros me los tuve que procurar yo mismo, uno a uno, como joyas, como objetos raros. ¿Fue excepcional y sólo para mí ese destino? Hoy, 2022, me pregunto: ¿cuántas —que son ninguna, o casi— librerías y bibliotecas hay en, pongamos, Autlán, Ocotlán, El Grullo, Ciudad Guzmán, Lagos de Moreno, Tepatitlán, Jilotlán de los Dolores, Jalisco? Para no apabullar con ejemplos aplastantes de parises o niuyorques, vamos a ponernos a nivel, caseritos, con ejemplos que están al parejo: donde yo vivo ahora, en Huelva, Andalucía, España, hay, a menos de 500 metros de mi casa, dos bibliotecas públicas de préstamo por tres semanas, gratuitas, que hasta obra mía tienen, cinco librerías (¡Correos tiene librería!) y una feria del libro anual. Y el Corte Inglés (el Palacio de Hierro de acá) ostenta en el obligado del primer piso de la tienda, una gran librería. ¿Con qué de esto cuentan, para leer, mis pueblos de Jalisco? En Autlán está instalada una caseta de libros de las ediciones de la Secretaría de Cultura de México, cerrada, empolvándose, con libros para vender, pero nadie pudo decirme dónde estaba la llave. En San Andrés

de Tenerife, Islas Canarias, hay casitas, como de pájaros, en las plazas públicas, con libros, abiertas, para que uno se lleve los que quiera, gratis. San Andrés tiene 42.75 km² y unos 4 300 habitantes; todas las Islas Canarias miden 7 492 km²; Jalisco abarca 78 588 km de superficie, y Autlán tiene 952 km² y unos 65 000 habitantes. La provincia de Huelva tiene como 525 000 habitantes, el estado de Jalisco *anda* por los 8 millones y medio, ¿y en librerías y bibliotecas, *cómo andamos*? No exagero cuando digo que en mi país un lector es una chiripa o un milagro.

II. ¿Sí hay de otra?

¿Será —como así fue en mi vida— que la lectura siempre lleva a otra parte, mientras uno lee, mientras uno habla: mientras uno lee lo que los otros escribieron por hablárnoslo? Sí, es lo que me acaba de pasar, por andar leyendo. Vuelvo a mi testimonio.

Durante mi niñez, la única posibilidad de acercarme a un libro estaba en mi calle, Manuel Ocaranza, en la Papelería Cárdenas. En lecturas posteriores sabría que este pintor, Manuel, fue novio de Ana Martí, la hermana de José Martí, el prócer cubano (*prócer* es una palabra que aprendí por lecturiento). Gracias al periodo de verano entre segundo y tercer año de secundaria, pude trabajar en la pizca de algodón en Nueva Italia (por Dante Cusi, mi tocayo), y con esos ahorros me cumplí un antojo de “hombre de mundo” (más tarde me gustaría más que ser “hombre de mundo” ser “hombre de letras”, que es lo que soy ahora: no *cosmopolita* sino *bibliopolita*).

Que fueron dos los antojos y profundos: un anillo para mi madre y dos libros para mí (los que había, de lectura, en la papelería): *El Quijote*, de Cervantes, y *Las aven-*

turas de Tom Sawyer, de Mark Twain. Así creció Uruapan para mí, mi geografía; un nuevo río, el Mississippi; otro paraje: La Mancha; y otro espacio orográfico: la ínsula de Barataria. Conviví con un par de divertidos personajes de mi edad, Tom Sawyer y Huck Finn, y con la dupla genial de dos hombres que van volviéndose uno mismo: Alonso Quijano y Sancho Panza. Poco me importaba (dicho en español correcto) y me valía madres (dicho en mexicano correcto) ser el niño raro que leía.

¿Por qué mis compañeros de vida no leían, por qué en mi país no se lee? Años de preguntármelo me llevaron a acumular datos, observaciones, experiencias. Los niños que leen no son simpáticos; los que echan maromas, sí. Con leer, sólo se consigue humanidad, tolerancia, plenitud de espíritu, comprensión, empatía, ¡puros abalorios devaluados nomás! Tirar patadas y meter goles, eso sí, hasta un arte es, y deja dinero, fama y chavas buenototas. Las musas de los lectores son lánguidas, melancólicas, lectoras y hasta frágiles (*La dama de las camelias*, *Ana Karenina*, *Susana San Juan*), mientras que aquellas de los futbolistas, pechugonas y operadas de todo hasta del cerebro, de las que no podemos decir nada porque nada se ha escrito para que lo podamos leer los lectores de un país que abarrotó estadios aztecas (sin puta idea de lo que fue la cultura náhuatl) de casi noventa mil asistentes; minusválido país en el que *per cápita*, según las estadísticas oficiales, le toca leer tres libros al año (ante los 47 de Finlandia, nomás por no joder con Alemania o España, países que sí saben medio hacia qué continente quedan los *amantes* —qué chinga le pusieron a esa palabra aplicándola a las patas— del fútbol), de cuyos tres libros yo, y muchos de mis amigos, nos tenemos que echar la placentera tarea a costas para sostener la estadística de los que jamás han abierto

las páginas, ya no digamos de un libro —cosa fácil—, sino del corazón de papel de una mujer —algo tan sofisticado que es muy indispensable saber leer en la penumbra de sus ojos qué Tzaráracuas, qué Cupatitzios, qué parques encantados espera su imaginación que le relates. Es evidente que leer no sirve para nada. Sólo ayuda a vivir. Muy poca cosa. Una minucia, frente a la ignorancia, la vida.

Dije, al principio, dos palabras: *milagro* y *chiripa*. Y luego conté cómo a mí me tocaron, inexplicablemente, ese milagro y esa chiripa. México tiene 130 millones de habitantes, y si, como dicen las cifras oficiales, cada uno lee tres libros, eso nos da 390 millones de libros, ¡qué bonanza para los editores, hay que invertir en la industria editorial mexicana, señores magnates de Wall Street! Lamentablemente, esto no es ficción —una maravilla del imaginario—, sino que es falso —una tragedia de la realidad—. En México, sólo leen los raros.

Los raros son los *como yo*; los *como usted*, si me está leyendo. No habría adictos a las drogas si no hubiera drogas. Habría lectores si hubiera libros. Las drogas están a la mano, los libros no.

La memoria y el polvo

Jorge Souza Jauffred

La memoria es un horizonte cubierto por la niebla. Los recuerdos, como las aves, más difusos se vuelven si más lejos. Y, sin embargo, nosotros regresamos, una vez y otra vez, a las aguas turbias de las remembranzas; a las voces perdidas en la niñez, donde aún arde la raíz de la vida, la fibra del recuerdo, las piezas ciegas de nuestro rompecabezas personal. Por algo, Gabriel García Márquez dejó escrito “la vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla”.

La mirada, pues, se hunde en paisajes de niebla, y rescata estampas desgastadas donde es posible aún recuperar los rastros, las huellas dibujadas de aquel que fuimos, en distintos momentos, en pasajes distintos del camino. Ahí, entre la bruma de silencios antiguos, están grabadas las voces de los libros que nos dieron los ojos para entender el mundo; las palabras de los autores que dejaron encendidas nuestras miradas; las páginas que nunca se olvidaron; las poderosas imágenes que se han convertido referencias para toda una vida.

Entre aquella neblina, si miro atento, surgen a veces las visiones, borrosas e inevitables, de la relación que sostuvo el chiquillo que fui, con las tecnologías de lo imposible: las letras, la escritura, la lectura, la literacidad constructora de nuestra cultura, de nuestra civilización. Rescato de aquella penumbra imágenes de mis primeros

encuentros con el inagotable mundo de la imaginación, de las letras.

Primera imagen

Un niño de cuatro años hojea un cuento (ahora los nombran cómics) de *El Cisco Kid*. Apenas deletrea los diálogos; en alguna página lee: “Cis-co sa-có su re-vol-ver...”.

—¿Qué es revolver? —pregunta a su tía La Gorda.

—No —le responde ella—. No es revolver, es revó-óóólver, y es esa pistola que lleva en la mano.

—Ah.

—Jorge —dice la tía al papá—, tu hijo ya sabe leer.

Segunda imagen

Un niño de 4 o 5 años y su hermanito escuchan las narraciones de la *Historia Sagrada*, leídas y dramatizadas por su mamá: “Y Absalón se quedó colgando de los cabellos de la rama de un árbol cuando cabalgaba para escapar de sus enemigos; ahí fue alcanzado y muerto a flechazos”.

—¿Qué? ¿Se quedó colgado de los cabellos? Qué terrible.

Tercera imagen

Dos niños (¿de 5 y 7 años?) escuchan cada noche a la madre entonar canciones y recitar poemas. Ella es un compendio de textos. Sabe de memoria quizá doscientas o más poesías de Neruo, Bécquer, Díaz Mirón, Alfonsina, José Ángel Buesa y José Asunción Silva, pasando por “El brindis del bohemio”, “Por qué me quité del vicio” y “La chacha Micaila”. Uno tras otro son declamados por esa voz

femenina que hace vibrar. Pero ningún poema como aquel de “La oración del niño”, toca sus corazones. Comienza:

Jesús, mi buen Jesús, aunque te imploro,
sabe que a mis amigos no hago daño,
es que en casa no hay pan, por eso lloro,
mírame bien los ojos, no te engaño.
[...]

Y luego clama (los niños sueltan, a veces, una lágrima):

Pero mis hermanitos... y mi hermana,
la más pequeña, la graciosa Friso,
no comen desde ayer por la mañana
y como tienen hambre, te lo aviso.

La voz despierta compasión, dolor y una incipiente solidaridad. Parecidos, sin duda, esos sentimientos a los que despierta “Mamá, soy Paquito...”, de Díaz Mirón, o “La abuelita”, de Gutiérrez Nájera. Todos dramatizados por una madre emotiva, tocada, quizá, por el aroma de una hermosa locura.

Otra imagen, la cuarta

El niño tiene 7 años. Sabe que su papá guarda en el ropero *Cuentos de brujas* y *Misterios del gato negro*, otros cómics distintos a los de Walt Disney o *La pequeña Lulú*. Esos necesitan ser escondidos y, bajo el cabezal, dicen: “Propia para adultos”. Así que el niño tiene que ser muy cuidadoso, entrar a la recámara y abrir el armario cuando nadie lo vea, sacar uno de los cuentos y meterse abajo de una cama a leer aquellas espeluznantes historias que más de medio

siglo después aún recuerda. Ahí se estremece y se asusta. Ya conoce el miedo que engendran los relatos.

Licha, la muchacha que ayuda en casa, les cuenta a él y a su hermano historias de vampiros y brujas, de la mujer que en realidad era el diablo, o del parrandero infiel que, al regresar de madrugada a su casa, escuchó el llanto de un recién nacido abandonado a un lado de la banqueta que, conmovido, recogió; pero el infante le mostró sus feroces colmillos y le dijo con voz estentórea: “Mira papi, ya tengo dientitos”. El crápula aquel tiró al bebé y se alejó corriendo.

Peor que aquellas historias fue, un año después, la realidad, cuando su tía Georgette les dijo que su papá “ya estaba en el cielo”. El tiempo, entonces, se cubrió de niebla, y una especie de extraño sopor persistió durante días largos y oscuros.

Va la quinta

Sigue siendo niño. Pero escucha, quizá en el colegio, mencionar el apocalipsis y se aterroriza. Busca luego una Biblia y lo lee por su cuenta. Ahí descubre lo temible de un texto que, por otra parte, es ininteligible. Pero algo está claro: vendrá el anticristo y otros monstruos sobre la tierra, el mundo se acabará y todo lo escondido (por supuesto, los pecados) saldrán un día a la luz. El niño queda absorto; algunas noches mira al cielo, con una sensación inexplicable. Siente que vive una trama de amenazas perturbadoras y de tragedias que se deslizarán inevitablemente a lo largo de su vida. Peor aún, esta intensa sensación se une a otra, muy similar en su vibración trastornadora: “Voy a morir un día. Dios mío, voy a morir un día”.

Una más

El universo, a los 8 años, comienza a expandirse en la mente y en el corazón. La biblioteca del Instituto de Ciencias mostrada por su compañerito Jorge Ascencio (QEPD) es un manantial inagotable: Julio Verne y sus obras, entre ellas *Veinte mil leguas de viaje submarino*; los cuentos de Andersen; *Las aventuras del barón Munchausen*; y, sobre todo, claro, el enorme Salgari, con sus piratas (ah, *El corsario negro* y *Yolanda, la hija del Corsario Negro*: los Ventimiglia), y con *Sandokan, el tigre de la Malasia*. Estas lecturas cautivan su pensamiento y le muestra que las vidas humanas son inagotables. En la selva, en el océano, en las cumbres nevadas, en las ensoñaciones, las personas subsisten, se engrandecen, se levantan: el triunfo de la inteligencia y de la vida, el entronizamiento de lo humano. Ah, pero hay que devolver los libros a tiempo a la bibliotecaria, porque cada día de retraso cuesta diez centavos.

Aquel niño, además, sigue devorando los siete u ocho cuentos (ya dije que ahora se llaman cómics) que entregaba el periodiquero cada semana, en la puerta de su casa. Entre ellos, los de *Julio Jordán, el detective marciano*, un alienígena que vivía la mayor parte del tiempo bajo la apariencia humana y luchaba contra los malvados. El espejo, sorpresa, no lo reflejaba; y el niño creía que quizá, cuando cumpliera más años, el espejo tampoco lo reflejaría, porque algunas veces estaba seguro de que era también marciano y de que sus movimientos, inconscientemente, constituían un lenguaje que alguien, invisible y lejano, descifraba. Aún ahora, a veces, lo duda.

Sigamos, va la séptima imagen

El niño tiene 10 años. Siempre, desde siempre, ha sido un niño enamorado. Qué le vamos a hacer. Así lo fue desde que se acuerda y ahora no es la excepción. Siempre en secreto, escribe versitos que nunca entregará a la niña que ama. Ni siquiera lo piensa; prefiere destruirlos para que nadie los lea. Qué vergüenza. En cambio, bueno, a la abuelita o a la madre, en sus cumpleaños, puede obsequiarles una rima fácil en la tarjeta de felicitación. Lo sabe porque, ya cuarentón, su abuelita le regaló algunos de esos versitos y, muchos años después, encontró otros entre los papeles de la madre.

Entonces la vida estaba construida de escuela y juegos. La escuela era ingrata y los juegos estupendos. El niño, entonces en sexto de primaria en el Colegio Anáhuac, sin saber bien *por qué*, sigue el llamado de los salesianos y se va a San Luis a un internado, “aspirantado”, en busca de, un día lejano, convertirse sacerdote. Ahí, obligado por la disciplina, tiene tiempo para leer la colección Ardilla, formada por pequeños libros, y otros que proporcionaban los tutores. En ellos, San Juan Bosco, su personalidad y sus milagros, constituían un tema principal. Luego de algunos meses, el niño regresa a Guadalajara.

Ocho, pues

El tiempo pasa. El chamaco tiene quince años y cursa prepa en el Colegio Cervantes. Ahí publica su primer texto en la revista *Verdad*: una entrevista a Angélica María, que hizo con su amigo Pedro de Aguinaga (quien después sería periodista). Tiempos difíciles, otra vez, para el estu-

dio; pero no para el deporte ni para la lectura, dos actividades que constituyen, piensa, otras realidades.

Para entrar a la Universidad de Guadalajara, se cambia a la Preparatoria de Jalisco (prepa 1) y fue ahí, con nuevos amigos, que encuentra otro tesoro: nuevos libros, palabras desatadas en impactantes registros, páginas que hablan, gritan, susurran y despliegan posibles universos. Para entonces ya tiene su cuaderno de poemas que, lógico, buscan imitar las *Rimas* de Bécquer o los versos de Neruo. Un cuaderno que a los 16 años muestra a su compañero Andrés, quien lo entusiasma al decirle sorprendido: “Eres poeta”.

Aquellas voces y el hábito de escribir se fortalecen cuando ingresa a la Facultad de Filosofía y Letras; habitan en sus sueños y, algunas veces, incluso, lo elevan o lo hunden en un tobogán de sensaciones.

Entre la prepa y la facultad, llega a sus manos *Así hablaba Zaratustra*, de Nietzsche, con su “vete a tu soledad, amigo mío, te veo agobiado por las moscas de la plaza”. Le parece que está escrito para él. Vienen los libros de Herman Hesse, en especial *El juego de los abalorios*, *El lobo estepario* y *Demian*; *El loco* y *El profeta* de Gibran Jalil Gibran; los de Kafka, perturbadores; los de Erich Fromm, estimulantes; algunos libros de la Biblia; el descubrimiento de la poesía de verso libre en la revista maravillosa *El corno emplumado* y en *La centena*, de Paz. Dostoyevski, que lo enfermó cuando leyó *Crimen y castigo*, Tolstói, Pushkin, Chejov y los otros rusos que encadenaron sus lecturas los años siguientes.

Luego el muchacho es seducido por lo que en aquel tiempo se denominaba “lo esotérico”: *Yug, yoga, yoguismo* y *El libro negro de la francmasonería*, del doctor De La Ferriere, los textos sabios de Yogui Ramacharaka, el librito precioso de Krisnamurti *A los pies del Maestro*, el sabio Yo-

gananda y los libros “secretos” de Ouspensky y Gurdjieff, entre otros. Cae en sus manos el primer libro de Carlos Castaneda y, a partir de ese momento, espera ansioso la publicación los siguientes; va a la librería Gonvill con frecuencia y pregunta al dueño si ya llegó el nuevo título del antropólogo cuyo primer título, publicado por el Fondo de Cultura Económica, mereció un prólogo de sesenta (?) páginas de Octavio Paz. *Las enseñanzas de don Juan, Una realidad aparte, Viaje a Ixtlán* y los otros diez libros de Castaneda muestran a aquel joven que el mundo es una representación conceptual y los chamanes habitan entramados distintos.

Aquella mezcla de lecturas se adereza con los filósofos griegos, (el increíble Sócrates y su discípulo Platón, los poetas y filósofos, Parménides, Pitágoras, Heráclito y tantos más), la patrística y luego al genial chaparrito, Emmanuel Kant, y los idealistas ingleses. Y luego, otra maravilla: Heidegger y sus escritos sobre el habla (“la casa del hombre”), el arte y la poesía (“la pureza del habla”, “habitar el mundo poéticamente”)... Oro, oro puro.

Y, claro, las ideas marxistas, fincadas en Hegel, también hacen lo suyo: provocan un sacudimiento muy fuerte en su familia, católica y conservadora, que se escandaliza al escuchar la palabra “comunismo”. “Vida milagrosa —en cambio, piensa aquel joven estudiante— es posible habitar, como iguales, un mundo solidario y profundamente humano: podemos transformarlo”. Y, de cierto, lo estaba cambiando su generación, la generación de *San Francisco, flores en tu pelo*, antes de que la protesta fuera cooptada por el *establishment*.

Venga la imagen número nueve

Un joven cursa Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guadalajara. Ahí conoce a otros muchachos que escriben: Carlos Prospero, Ricardo Yáñez, Gloria Velázquez, Gilberto Meza... y forman un taller. Le llaman Protoestesis, porque a Lilian Nepote le pide abrir un diccionario y que, con un alfiler, pique una palabra. Esa fue la palabra y significa algo así como “forma de percepción primaria”, lo que les pareció, a todos, estupendo.

Ese grupo, más tarde, se convertiría en la base del taller de poesía que coordinó el poeta Elías Nandino, generoso hombre que los presentó con Pacheco y Monsiváis, les publicó textos en suplementos de periódicos de la Ciudad de México y en la revista *Siempre!* y le prologó un primer poemario que se quedó en prensa, sin salir a la luz.

Entre tanto, el joven que vemos entre la niebla de los recuerdos y sus amigos leían poemas en los pueblos, en las fiestas y en donde tenían oportunidad. Él comienza a escribir en el suplemento de *El Informador*, bajo la guía de José Luis Meza Inda, y cobra quince pesos por artículo publicado.

Última imagen, la diez

A partir de entonces, las letras son su casa. El joven, ya hombre, trabaja treinta años en periódicos y veinte más en cargos oficiales relacionados con la literatura. Entra como profesor investigador a la Universidad de Guadalajara en 1993 y entiende que, gracias a la poesía y las letras, en general, no terminó en el manicomio... Por lo pronto.

Desde hace unos quince años ha cambiado sus lecturas. Redujo la de narrativa y privilegió la de libros an-

tiguos de la humanidad (los *Vedas*, *El Ramayana*, el *Popol Vuh*) los poetas sufis —Rumi, Sadi, Khayyam y Hafiz— y las tradiciones y teogonía prehispánicas —pura poesía todo ello—, así como libros de lingüística cognitiva, esa disciplina que entiende que vivimos en un mundo conceptual construido por nuestro cerebro a partir de las indicaciones que nos brinda el lenguaje. Así, el habla no es sólo la utilización del inventario léxico de la lengua, sino mucho más, un instructivo para la generación de las imágenes conceptuales que integran el mundo en que vivimos. Habitamos un mundo construido, primeramente, con lenguaje.

Ahora, volvamos los ojos, no al pasado sino al futuro: vemos ahí a un hombre tocado por los años, quizá vestido de blanco (contra su costumbre actual), que busca la luz en letras y textos, y va encontrando palabras que son puertas, libros que se convierten horizontes, conversaciones que son textos y que nos entregan, de boca a oído, alguna letra de la palabra sagrada, la grafía que se busca a lo largo de una vida sin que sepamos siquiera si somos merecedores de escucharla.

Mi experiencia literaria

Nadia Arce

Los libros son grandes puertas a mundos internos y externos. No hay mejor camino que las páginas de un libro para viajar. Uno de mis primeros viajes literarios fue con uno pequeño, que me regalaron en la FIL siendo yo una niña. Al leerlo me volví árbol y supe que la vida de un abeto podría ser interesante de principio a fin; transcurrí con él desde la alegría y el amor de la naturaleza hasta una fatal angustia provocada por el consumismo y ciertas actitudes humanas; entendí todo lo que pudo haber sentido este ser vegetal personificado. Se trataba del cuento *El abeto*, de Hans Christian Andersen. Era un ejemplar que llevaba en la portada una ilustración de una niña que jugaba en el piso, al pie de un arbolito de Navidad. Según recuerdo, la imagen estaba enmarcada por un diseño marmoleado rojo. Lloré al final de la historia, fue impresionante para mí. Todavía no sabía de la potencia de la escritura y fue un acercamiento muy conmovedor.

Otro gran libro de mi infancia fue el *Diario de Ana Frank*. Estaba jovencita cuando lo encontré o, como algunos dicen, cuando él me encontró. Mi memoria no me sabe decir cómo llegó a mis manos, sólo recuerdo que era viejo, de portada verde. Creo que lo tomé de alguna biblioteca familiar, “prestado”, como acostumbrada hacerlo al explorar entrepaños llenos de polvo con libros que llevaban años sin abrirse. Sentía que adoptaba aquellos objetos y me volvía su propietaria temporal sin pedir permiso.

so, y, si lo pedía, no lo recuerdo tampoco. Ana Frank me acompañó una corta pero significativa etapa en mi edad adolescente. Cada página me hizo vivir una realidad desconocida. Sus palabras y experiencias las viví yo misma; y, de una manera simple y resuelta, conocí la vida de esta niña. Su voz narrativa me parecía honesta, detallada con una precisión sensible que me transportaba a su interior en muchas formas; la frustración y la impotencia me arrebataron el final de una historia de vida, similar a tantas otras, llenas de injusticia, como las que conocería después en mi propia novela personal.

No sé cuántos libros he leído, lo único que sé es que no son suficientes y que toda una vida no me bastará para leer todo lo deseado. Sin embargo, al recordar estos dos títulos de mis primeras lecturas, observo con curiosidad que mis inclinaciones a los géneros de cuento corto y de autobiografía están profundamente integradas en mi presente.

El otro eje fundamental de mis preferencias literarias fueron los ejemplares de poesía, sobre todo las antologías. Con *Altazor* de Vicente Huidobro alcancé una especie de cúspide en el poema titulado “Canto II” que no ha sido superada. Con Oliverio Girondo y su *Espantapájaros* sigo impresionada. La creatividad fonética, los juegos de palabras y la brava honestidad de estas propuestas han sido resguardo habitual en mi andar bibliófilo. Olga Orozco, con *Anotaciones para una autobiografía*, es otra autora especial entre mis preferencias; y, por supuesto, Julio Cortázar, autor complejo, está en esa lista; recomiendo leer, sobre todo a principiantes y fans, su compilación de cuentos *Todos los fuegos, el fuego*.

Comencé a leer a Sabines, y a Benedetti con su libro *El amor, las mujeres y la vida*; ambos son, para mí, autores

fundamentales, de los que sigo disfrutando; escritores distantes en tiempo, quizá, pero cercanos a tantos años de este primer disfrute de su voz.

Sor Juana Inés de la Cruz es, sin duda, otra pluma que ha estado presente en mi camino, en forma similar a muchas, muchas novelas; *Ensayo sobre la ceguera* de José Saramago, *El amor en los tiempos del cólera* de García Márquez y *La ladrona de libros* de Markus Zusak encabezan la lista de mis lecturas favoritas.

En otra etapa posterior de mi vida he leído literatura juvenil. Fue inevitable por la profesión de la docencia. Recuerdo con cariño esta temporada de aventuras librescas ya en mi edad adulta. María Fernanda Heredia, por ejemplo, me contagio de adolescencia con su libro *La lluvia sabe por qué*.

Después de muchos años como lectora y más tarde como escritora, ahora me ha tocado a mí elaborar libros. Estoy fascinada con las antologías. Encontrar en ellas temas de variada luz me parece afortunado... Y en ese camino he de continuar. Puedo recomendar ampliamente, además, la lectura de *Antología de Poesía Latinoamericana*, de la editorial Norma, como referente.

Por último, cierro mis recuerdos con la experiencia de *Momo*, libro de fantasía, de Michael Ende, el mismo autor de *La historia sin fin*. *Momo* es una historia cautivadora, me gusta tanto como *El principito*; encuentro en Casiopea, personaje de esa historia, una gran fascinación. El tema del tiempo, los hombres grises, las imágenes de los relojes y la importancia de una infancia saludable son páginas que rememoro desde mi primer encuentro con esa historia, y que he reinterpretado y amado en las siguientes lecturas. Estoy segura de que cada libro referido seguirá brindándome esta magia; al volver a sus páginas encontraré de

nuevo sus secretos. Cuando regrese, o vaya a otros títulos, encontraré aún más. Los libros son fuente, oráculo y salvación. ¡Dios bendiga a los buenos libros!

Héroes de la Biblia

Yolanda Ramírez Michel

Era el 19 de noviembre del año 1976, vivía en una casa del fraccionamiento de las Américas, en la ciudad de Morelia, cuando llegó a mi vida el libro *Héroes de la Biblia* como regalo por mi primer triunfo académico. El obsequio traía una dedicatoria en la primera página: “Para mi hija, la señorita Yolanda Ramírez Michel, con el gran cariño y admiración de su papá”. Tenía entonces 11 años...

Algunos recuerdos tienen esa cualidad, casi tangible, visual y hasta exacta en su calendario... Otros son menos claros y susceptibles a la interpretación, como que éramos entonces una familia feliz. ¿Acaso sea verdad lo que escribió Tolstói acerca de las familias felices? En mi familia, libros y lectura fueron algo cotidiano y natural desde que tengo memoria.

Héroes de la Biblia no fue el primer libro de mi vida, cuando me fue dado ya era lectora, había devorado casi todas las obras de Emilio Salgari, Agatha Christie, los veinticuatro tomos de *Los Pardaillan*, la *Leyenda Dorada* (con sus espeluznantes historias de santos, enmascarando paganas mitologías), cuentos de los hermanos Grimm y Perrault al por mayor, alteros de historietas y cómics, que además compartía con amigos y vecinos (anuncio, aquella iniciativa de préstamo, de esa otra vocación mía, la de promover la lectura).

Desde que tengo memoria leí con íntimo frenesí aquello en lo que detectaba la electricidad y magnetismo que

posee la ficción, la fantasía y el mundo simbólico. La biblioteca escolar me resultaba igual o más interesante que el recreo, el prometedor silencio del recinto y sus estantes estaba poblado de voces.

Reitero: *Héroes de la Biblia* no fue mi primer libro, pero sí el primero que emerge de la memoria como una isla particular; antes de este todas las lecturas son recuerdo de un vasto y compacto corpus cuyos contornos se funden, igual que los países, en un solo continente; *Héroes de la Biblia* posee para mí esa calidad prístina de conciencia-de-algo que mueve el alma hacia su inevitable destino.

Además de contener relatos —con nativos ecos de eucaristía y catecismo— aquel volumen (ilustrado sobre hojas de significativo grosor, amuralladas por la guarda de su pasta dura), representó una ineludible invitación a pasar de una sala del gran castillo literario —por el que ya andaba a mis anchas— a otra estancia algo más apartada y discreta, a la que parecían ingresar sólo ciertos elegidos. No es que el libro me llevara a la Iglesia, ni a sus doctrinas o su dogmatismo, latía en las entrañas del sustantivo biblia (conjunto de libros), una invitación a leer el mundo como un reino poblado de héroes. Su eco, cargado de sacralidad, me incitó a vincular para siempre los libros con el misterio de la comunión posible con espíritus afines, que nos contactan a través del tiempo y la distancia gracias al misterio del verbo. Aquel libro fue la puerta abierta y grande para ingresar al mundo de los clásicos, donde luego encontraría mi gran amor literario: el Quijote. Quienes me conocen bien podrían pensar que *El Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* sería el elegido para hablar de un libro favorito, pero no hubiera llegado jamás a entrever los tesoros ocultos en el Quijote sin toda la catterva de “cabalerías” que me dieron los mitos hebreos y

las muchas mitologías a las que me acerqué sedienta de encantamiento.

Héroes de la Biblia me nutrió de historias, que otros sólo esperan encontrar en las páginas delgadas y amarillentas de su Biblia o en los admonitorios sermones de adustos sacerdotes. Para mí, en cambio, el engendramiento del mundo y del ser humano se me apareció ungido por la gracia de una narrativa natural y simple; la secuencia de patriarcas, exilios y guerras espeluznantes, investidas de vitalidad por las ilustraciones a todo color, me hicieron conocer hombres y mujeres que se habían permitido aventuras extraordinarias...

Los reinos de aquellos personajes mostraban una inquietante semejanza con los cuentos de hadas, donde un joven insignificante puede vencer a un gigante, llámese David y Goliat, o sastrecillo valiente. Doncellas, a quienes visita desde lo alto alguna simiente divina, para alumbrar héroes que penetran el inframundo y regresan refulgentes de gloria, entraron a mi torrente lector como fórmulas atemporales, relatando más que un mundo externo, histórico y material, el mundo interior y simbólico.

leyendo aquel ejemplar del corpus bíblico, como si de un continuo se tratara, atravesaba con mirada ansiosa (y sigo haciéndolo) tumultuosos mares de cuentos... Unas veces inquieta por la azarosa aventura de un pinocho ancestral, sometido por tempestades que empujan su destino hasta las fauces de una ballena; otras veces con ojos atónitos y espantados por la historia del patriarca que lleva a su hijo ante el altar del sacrificio. Tal vez entonces, cuando leía la lucha de un simple mortal contra el ángel, y atestigüé su triunfo imposible, dejé a la utopía reclinar su cabeza en mi hombro, anticipatoria del amor ya maduro que di por entero al Quijote.

No recuerdo haber juzgado nunca aquellas páginas como religión, ni como dogma, ni como impostura moral que somete y encarcela al alma, sino como cuentos maravillosos. Ese regalo de papá contenía historias de amor y muerte, entrelazadas en una continuidad de míticos siglos, alegoría total de la vida anímica. Tierra santa la literatura y santo aquel regalo (santo porque convirtió la lectura en un templo y las narraciones en rito siempre dador de gracia).

¿Fue aquel libro particular, fue el don paterno, fue algo en mí que empató en tiempo y forma, fue un destino que se activa, fue vocación o encantamiento? ¿O todo junto, algún tipo de iniciación a una religión misteriosa?

Intento reproducir en este relato el impacto de aquel encuentro, pero la palabra no alcanza... Se escapa la verdad del momento vivido. Todo lo que ahora escribo no es que lo entendiera entonces. Lo reflexiono ahora, apostada ante una diacrónica semiótica vitalista, observante de una línea cronológica que me muestra posibles causas y consecuencias.

¿Fue *Héroes de la Biblia* responsable del místico fervor que al paso de los años conduce mis amores literarios hacia los clásicos y los mitos? Uno nunca sabe dónde se gestan las vocaciones, a veces en un rincón del tiempo, anterior a los tiempos de la contabilidad calendárica. Aquel regalo contenía en potencia, agazapados, todos los dones que un padre lector otorga a su hija cuando le regala un buen libro en un momento clave de su vida.

No es que mi vocación lectora comenzara entonces, el 19 de noviembre de 1976, joven primogénita de una familia cuya particular forma de ser feliz siempre ha estado relacionada con el arte, la lectura y los libros..., pero sí podríamos decir que algo hubo ahí de inicio.

Inventariar y rebobinar

Ernesto Lumbreras

“El Niño es el padre del Hombre”, dijo el poeta inglés William Wordsworth. Esa criatura frágil, inocente y poética por naturaleza llegó primero que nosotros, los adultos, a esta inverosímil y fatigosa realidad, a la extraña y prodigiosa experiencia de la vida. La infancia y el niño, en las artes en general y en la literatura en particular, son tópicos de caminos que se bifurcan por derroteros insospechados. Otro asunto es la literatura infantil, acotado y usufructuado por el mercado editorial. Haciendo un ejercicio de memoria, rebobinando mi película de lector en el carrito de estos renglones, muy posiblemente mi primer encuentro con un niño en los libros ocurrió en las páginas de *Canek* (1940) de Emilio Abreu Gómez; en medio de la crueldad y la violencia de la rebelión maya —en el Yucatán de mediados del siglo XVIII—, las presencias infantiles de Guy y Exa ponían en cuestionamiento la lógica del mundo en todos los órdenes. Me acercaba al territorio de las arenas movedizas de la adolescencia cuando leí esos breves episodios sintiendo, de pronto, cierta identificación con los personajes, espejos rotos de mí mismo, revelación de antagonismos y simpatías futuros:

Pobre del niño Guy. Es el sobrino del dueño de la hacienda y nadie lo quiere. Parece tonto. Su familia lo ha enviado al campo para que se asolee, coma cosas fuertes y se divierta. Esto es lo que dice su familia. En realidad lo han mandado

al campo para que no estorbe. Es tan flaco, dice tales cosas, se le ocurren tales simplezas, que su presencia molesta. Sus hermanos han llegado a decir que no es de la familia. Cuando Guy oye esto se le humedecen los ojos, pero entonces no dice nada.

Años después, cuando me topé con *El principito* (1943) de Antoine de Saint-Exupéry y *Pelo de zanahoria* (1894) de Jules Renard no me fue difícil localizar el filón subversivo que compartían con la obra de Abreu Gómez, los puntos de quiebre comunes al penetrar en el mundo de los adultos, sus desengaños y desesperaciones frente a las figuras autoritarias. La hipocresía y malevolencia de la tía Charo de Guy empataban a la perfección con la tacañería emocional y el pragmatismo doméstico de la señora Lepic, la madre del cándido y locuaz pelirrojo creado por Renard. Otro escenario que los narradores han inventado para la curiosidad y la aventura del niño ha sido el viaje, la necesaria expedición para fundar su utopía, la fuga apremiante para escapar de los roles convencionales impuestos por la familia y la sociedad. En tal encrucijada, *Alicia en el país de las maravillas* (1865) de Lewis Carroll, *Las aventuras de Tom Sawyer* (1876-1878) de Mark Twain, *La isla del tesoro* (1883) de Robert Louis Stevenson, *Las aventuras de Pinocho* (1881) de Carlo Collodi, por mencionar cuatro clásicos decimonónicos de renovada actualidad, abren puertas al campo, a la osadía infantil de refundar el paraíso del que han sido violenta y paulatinamente expulsados. La idealización de dicha empresa, varias décadas después y transcurridas dos guerras mundiales, fue puesta en entredicho por *El señor de las moscas* (1954) de William Golding, verdadera y cruel antiutopía de la inocencia, una distopía donde juego, realidad, instinto de sobrevivencia y ficción

se mezclan vertiginosamente para desembocar en un autoritarismo carnicero.

Pero antes de que me encontrara con los libros citados, releídos en tiempos recientes con la finalidad de corroborar mi asombro y placer iniciáticos, me recuerdo leyendo en voz alta *Platero y yo* (1914) de Juan Ramón Jiménez, más o menos en la misma época de mi lectura de *Caneek*. ¡Qué portento de prosa! El español del poeta de Moguer se torna una algarabía inacabada, cadencia, gracia y levedad de un vocabulario que se reformula en cada pasaje. Tal vez esos méritos artísticos apenas los intuí mientras avanzaba tras la sombra del borrico andaluz entre campos floridos, barrios de niños pobres, carromatos de gitanos, eras de vendimia o agostaderos de toros de lidia. La enfermedad y la muerte, como en el relato de Abreu Gómez, están presentes de una forma directa y turbadora. La muerte de Guy y la de Platero —en la misma dimensión que la de *El principito*— fueron traumáticas en mi experiencia de niño y adolescente lector, auténticos duelos que anticiparon el dolor familiar cuando la Parca cortaría el hilo de algún cercano de mi tribu.

En mi muy particular inventario “de infantes novelados” también marcaron mi complicidad estos libros recordados en flagrante caos y sin jerarquía celestial: *Cartucho* (1931) de Nellie Campobello, *Hijos de la medianoche* (1980) de Salman Rushdie, *Las batallas en el desierto* (1981) de José Emilio Pacheco, *El barón rampante* (1957) de Italo Calvino, *Metrolandia* (1980) de Julian Barnes, *Canción de tumba* (2011) de Julián Herbert, *El rey de los alisos* (1970) y *Los meteoros* (1975) de Michel Tournier, *Árbol de noche y otras historias* (1948) y *Una navidad* (1983) de Truman Capote, *La feria* (1963) de Juan José Arreola, *Desierto sonoro* (2019) de Valeria Luiselli, *Biografía del hambre* (2004) de

Améline Nothom, *Flor de juegos antiguos* (1942) de Agustín Yáñez, *Infancia* de J. M. Coetzee, *Fiera infancia* (1982) de Ricardo Garibay, *Habla, memoria* (1966) de Vladimir Nabokov, *El poeta niño* (1971) de Homero Aridjis, *Conjeturas sobre la memoria de mi tribu* (1996) de José Donoso, *Cuaderno de Chihuahua* (2013) de Jeannette L. Clariond...

En paralelo con mis evocaciones literarias aparece un ciclo cinematográfico —por supuesto, de absoluta permanencia voluntaria— en donde no pueden faltar películas como *El chico* (1921) de Charles Chaplin, *El ladrón de bicicletas* (1948) de Vittorio de Sica, *Los cuatrocientos golpes* (1959) de François Truffaut, *Fanny y Alexander* (1982) de Ingmar Bergman, *Cuenta conmigo* (1986) de Rob Reiner... Paro aquí, abruptamente, mi debilidad de inventariar el mundo. Detengo mi rebobinado sabedor de que mi lista será un desvarío de impenitente glotonería al que podrían sumarse —impulsados por la arquetípica magdalena en la taza de té— otros inventarios posibles en materia artística: el niño en la poesía, infancia y pintura, el rostro infantil en la fotografía, la niñez y la música... Por otra parte, comparto las dudas de Saint-Exupéry y Juan Ramón Jiménez sobre si sus libros fueron escritos pensando en la inteligencia, el interés y la curiosidad de los infantes. En la advertencia a su obra más popular, el poeta español escribió estas líneas: “Este breve libro, en donde la alegría y la pena son gemelas, cual las orejas de Platero, estaba escrito para... ¡qué sé yo para quién!... para quien escribimos los poetas líricos... Ahora que va a los niños, no le quito ni le pongo una coma. ¡Qué bien!”. Las explicaciones no pedidas en la dedicatoria de *El principito* avanzan, también, por el mismo territorio de lo incierto respecto del destino de un lector ideal: “Pido perdón a los niños por haber dedicado este libro a un niño mayor. (...) Todas

las personas mayores primero fueron niños (pero pocas lo recuerdan)”. Sin conclusión rotunda y unívoca, en resumidas cuentas, regreso a la poesía de Wordsworth para extraviarme en la permanencia de lo fugaz, la razón de ser y estar del habitante de un milagro:

Salta mi corazón cuando contemplo
un arco iris en el cielo:
fue así cuando empezó mi vida;
es así ahora que soy hombre:
así ha de ser cuando envejezca,
¡si no, morir quisiera!
El Niño es el padre del Hombre;
y quisiera mis días se concierten
unidos por auténtica piedad.¹

¹ Traducción de Ricardo Silva-Santisteban.

A la altura de mi edad, un árbol libro

Zelene Bueno

Cuando era niña me gustaba el olor de los libros nuevos, sobre todo los de texto del colegio, los cuadernos y los lápices. También me gustaba mirarlo todo, con esa primera mirada que todo fotografía. Los árboles de la banqueta desprendiendo hojas amarillas que al ser pisadas con un salto sobre de ellas, su crujido parecía el de un quejo o una risa. Me atrapaban la vista las flores con su música de colores pasteles o chillantes. El olor a pasto recién cortado y el canto de los pajaritos que rondaban por el jardín de la casa de la infancia.

No recuerdo qué edad tenía, o si fue un sueño o un anhelo, pero recuerdo que mientras leía un cuento de hadas, sus ilustraciones llamaron mi atención, tanto que de pronto me vi inmersa dentro. Yo era una de las niñas que estaban ahí en la ilustración, con pijama y semirrecostada en la cama mullida entre almohadones y edredones leyendo el cuento con las hermanitas hadas. Ninfas y hadas madrinas, enanos y gigantes, brujas y monstruos aparecían y desaparecían, cobraban vida en el escenario cada vuelta de página.

Más tarde me gustaba observar el librero de mis papás, se me hacían muy deseables los de hasta arriba, por lejanos y distantes, por no tenerlos a la mano, por no poderlos bajar con un banquito. Los de hasta arriba un día estuve dispuesta a bajarlos, pero me sorprendió mi padre diciéndome que esos estaban prohibidos, que no te-

nía edad para leerlos aún. Más grande pude subirme y alcancé a leer alguno de los títulos, como los de Aristóteles, Santo Tomás y San Agustín, la *Divina comedia* de Dante, la *Ilíada* de Homero, *Los nueve libros de la historia* de Heródoto, poetas rusos... No entendía por qué me los prohibían. Sólo tenía como respuesta que por mi corta edad no los iba a entender. Entonces empecé a imaginar que yo leería como crecen los árboles, muy lentamente; que aprendería a leer los cielos como ellos, conforme iba creciendo. Entonces con los años sabría por el acomodo de las nubes cuándo iría a llover libros o cuándo moriría de sed por falta de ellos. Y si los libros estaban hechos de árboles, ¿cuántos años más sobrevivirían? ¿Acaso yo alcanzaría a vivir tanto como ellos? Y me respondía que tal vez alcanzaría a leer más allá de los cien años.

A la altura de mi edad y sin escalera, me dieron permiso de leer en el librero grandes colecciones de cuentos y novelas diversos: *Los viajes de Gulliver* de Jonathan Swift, *Las aventuras de Tom Sawyer* de Mark Twain, *Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas* de Lewis Carroll, *Robinson Crusoe* de Luis Stevenson, *Las aventuras de Huckleberry Finn* de Mark Twain, *La isla del tesoro* de Daniel Defoe, *La vuelta al mundo en ochenta días* de Julio Verne y *El principito* de Antoine de Saint-Exupéry. Si antes era imaginativa y soñadora, después de leer a estos autores ya no me quería bajar de la nube del árbol de la imaginación.

En los libreros de las casas de mis primos no recuerdo haber visto libros prohibidos a la vista. Los que más me llamaban la atención se encontraban en la casa del tío Víctor. Tenía una colección en miniatura. Trataba de leer los títulos, tocar su textura, suave o rugosa, abrirlas y leerlos para saber sus historias.

En la casa de la abuela solía esconderme en los roperos o en el cuarto de costura debajo de la máquina de coser, con algún librito. También me gustaba hurgar en los cajones de la mesa de luz y en el escritorio del abuelo. Algo quería encontrar, pero no sabía qué cosa era; tal vez algún objeto mágico o fantástico y sólo encontraba las peinetas y horquillas de mi abuela; su Biblia, su misal, vidas de santos, libros pequeñitos de oraciones, jaculatorias y rosarios.

Con el tiempo, la edad de la curiosidad me llevó a tratar de descifrar el misterio de los cuentos y las novelas de Agatha Christie. Igualmente, quería anticiparme a descubrir quién era el asesino o el ladrón en los relatos de Sherlock Holmes, de Arthur Conan Doyle. Leía hasta tarde y solía identificarme con el personaje Irene Adler.

Como a los 13 años fui invitada a pasar las vacaciones de verano con los primos de México. En la casa de mis tíos se leía y se comentaba hasta el periódico. Con ellos fui a la Feria del Libro y aquella vastedad de libros fascinó mi mirada. Me obsequiaron dos libros: la obra de teatro *Romeo y Julieta* de Shakespeare, que me introdujo al mundo del amor romántico y trágico, y *El diario de Ana Frank*, el cual me impactó muchísimo. Ese mundo de guerra no lo había tenido entre mis lecturas. Con *Mujercitas* y *Más cosas de mujercitas* solté mis primeras lágrimas.

Más tarde en el colegio leíamos literatura hispanoamericana contemporánea como *Al filo del agua*, que me gustó mucho porque me hacía recordar los viajes con mi abuela a los pueblos polvosos como los de Agustín Yáñez, a visitar a las comadres y al cura de la iglesia. A mi abuela le gustaba ser madrina de cuanto niño desbautizado se encontrara por ahí. Pagaba por ser madrina, ella era muy piadosa y generosa. A mis primas y a mí nos hacía bajar con la bolsa llena de muñecas para regalar a las niñas re-

cién bautizadas, y a los primos con una bolsa llena de pelotas para los niños. Así que el mundo de las novelas que describía los pueblos de México se me hacía muy familiar.

En la prepa leíamos a los clásicos, como Molière y Quevedo, así como las inmortales obras de Homero, *La Ilíada* y *La Odisea*. Para ese entonces ya podía leer algunos de los libros prohibidos, pero *El capital* de Marx no me fue permitido mientras viví en la casa de mis padres.

Me gustaba escribir a diario y crear mi propio mundo. Recuerdo que gané un concurso de cuento largo en la secundaria. Por la trama de mi relato, que incluía un suicidio del personaje principal, las monjas se escandalizaron tanto que llamaron a mis padres y por la censura me dejaron en segundo lugar.

Desde entonces, para mí, leer significa viajar por el tiempo, un tiempo que se alarga o se achica según la imaginación; significa estar a disposición o a merced del autor para empatizar con nuestra condición humana. Leer es saber un poco más de ti, de los otros, hacer crecer la mirada de lo posible a lo imposible. El amor por los libros me nació desde la infancia. Recuerdo que cuando todavía no sabía leer y me sentaba en mi sillita de niña con los lentes de mi mamá a fingir que leía un libro al revés, mis papás se sonreían. “Mírala, cree que ya sabe leer”.

Los relámpagos de mis lecturas

David Izazaga

Tengo en mi memoria guardados dos primeros momentos en los que tuve mi primer acercamiento con la lectura. Primero, el que en mi casa todos los días había periódicos y revistas, porque mi padre era lector de aquellos que no podían dejar pasar un día sin leer el diario. A mí no me llamaban la atención los periódicos, principalmente porque me parecían incomodísimos de leer, no entendía a quién se le había ocurrido la idea de imprimir esas sábanas que para mí eran imposible de sostener en las manos, como sí lo hacía mi papá. Lo intenté varias veces, pero todo se me desbarataba y se me desarmaba a la hora de querer dar vuelta a la hoja. En cambio, las revistas sí me llamaban la atención. Recuerdo, entre otras, *Siempre!*, *Impacto*, *Contenido*, *Revista de Revistas* y *Selecciones*. Todas llegué a hojearlas en alguna ocasión, unas menos y otras más, aunque mi preferida era *Selecciones*, porque venía una sección de chistes e incluso recuerdo uno que otro relato corto que me llegó a entusiasmar.

Supongo que por eso mi papá me comenzó a llevar con él al puesto de periódicos y ahí me mostró que también había revistas para niños. No estoy seguro si estaba en segundo o tercer año de primaria cuando comenzó entonces mi voraz carrera como lector de historietas: todas las de Disney, de Porky, *Tom y Jerry*, *La Pequeña Lulú*, *Periquita*, *Archie y sus amigos*. Pero la que más me gusta-

ba y de la que me convertí incluso en coleccionista fue la de *Capulinita*.

El segundo momento llegó el día que mi papá compró varias enciclopedias. Recuerdo aquellas cajas y cajas que acarrearón desde el auto de un señor hasta la sala de la casa. *Mis primeros conocimientos* era la que más me llamaba la atención, pero también llegaron el *Nuevo Tesoro de la Juventud*, la *Nueva Enciclopedia Temática* y una que me parecía monumental por el tamaño: *México a través de los siglos*, todas de Grolier. Ese fue el “internet” de mi infancia, esa mi biblioteca. Todo lo que necesité el resto de la primaria y la secundaria salió de esos libros. Estoy hablando de finales de los setenta.

Ya saliendo de primaria mi madrina comenzó a regalarme, bajo cualquier pretexto, algunos libros que tenían menos dibujos y más letras. Ediciones juveniles de algunos clásicos, como *Las mil y una noches*. Luego me fue comprando unos libros de colores muy llamativos: la colección de Bruguera llamada Club Joven, ejemplares que aún conservo.

Debo decir que, hasta aquí, todas esas lecturas que hacía navegaban entre la obligación a causa de las tareas y el gusto, pero no recuerdo alguna que me haya “volado la cabeza” o me hubiera hecho desvelarme por seguir leyendo sin poder parar.

Ese libro llegó de las manos de un primo, justo cuando salía de la secundaria. Eran vacaciones y me encontraba de visita en el entonces Distrito Federal, hoy Ciudad de México. Recuerdo perfectamente el momento (porque íbamos en el metro, en la línea 1, a punto de hacer el transbordo en la estación Balderas, a la línea 3) en que mi primo Juan Manuel me regaló ese libro rojo con negro, de título *Los relámpagos de agosto*, de un tal Jorge Ibargüengoitia.

Yo no tenía ni idea de qué se trataba ese libro ni había escuchado nunca nada sobre ese autor. Pero sí recuerdo que cuando lo empecé a leer me atrapó hasta el desvelo. También que me reí y disfruté como nunca me había pasado antes con algún otro libro. Y, pues, lógicamente comencé a buscar más libros del mismo autor, para igualmente devorarlos. En ese camino por supuesto que llegado el momento investigué sobre Ibarguengoitia y supe que ya había muerto. Fue entonces cuando me entró la angustia, porque sabía que iba a llegar el día en que acabaría de leer todo lo que él había escrito en su vida y ya no habría más.

He leído absolutamente todo lo que escribió Ibarguengoitia, no solamente sus libros, que hoy son fáciles de conseguir, sino sus obras de teatro, sus crónicas y artículos que escribió para el diario *Excélsior* y la revista *Vuelta*, también sus críticas de teatro. Pero tomé la decisión de dejar un libro sin leer: *Los pasos de López*. Ese está ahí, como suelen ponerse algunos extinguidores, en una cajita de metal y cristal, a la vista, para cuando ocurra una emergencia. Sé que en algún momento de mi vida necesitare leer algo que me apasione, me mueva y me reconforte, y estoy seguro de que ese libro me salvará, como el extinguidor en un repentino incendio.

Ya en la preparatoria y con esos antecedentes, llegaron las primeras recomendaciones serias de maestros entrañables y de amigos a los que también les gustaba leer. Llegó Rulfo, Monsiváis, Arreola y, gracias a grandes amistades a las que para mi fortuna conservo hasta hoy, llegaron Paz, Fuentes, Borges, Lizalde, Saramago, Cabrera Infante, Marías y Vila-Matas, entre otros.

He pasado —y sigo pasando— muchas horas de mi vida leyendo y estoy convencido de que esto es un gusto que adquiriré de manera natural, aunque seguramente un

poco influenciado por mi padre, mi madrina, mi primo, amigos y maestros. De lo que estoy absolutamente convencido e incluso estoy en contra, es de todas esas campañas que insisten en “obligar” a leer a las personas. No creo que se le tenga que hacer leer a la gente, como tampoco creo que se le deba hacer comer a la fuerza.

Y lo digo con absoluto convencimiento tanto hablando de mi experiencia de vida, como también de mi experiencia como maestro. Hay que dejar que las personas lean por gusto, porque lo único que uno logra al forzar a leer a alguien, es vacunarlos en contra de ello.

Hay lecturas para todos los gustos y estoy seguro de que cada quien encontrará, a su tiempo, el tipo de lectura que lo deje satisfecho, justo como ocurre en el caso de la comida.

El placer de leer, para mí, es igual o parecido a otros placeres de la vida como dormir, comer, caminar o platicar, que forman parte de mis actividades cotidianas.

Los libros de la buena memoria

Ricardo Sigala

*Tal vez le confiaré
que eras el vestigio del futuro.*

Luis Alberto Spinetta

I

Estoy en un encuentro de escritores. La dinámica es la siguiente: cada participante lee un breve texto de creación y, además, cuenta cómo se inició en el mundo de la escritura y de la lectura. Todos tuvieron infancias que los proveyeron de libros, fueron niños lectores porque sus padres lo eran, sus hermanos, algún pariente o amigo. Mi caso es distinto. Crecí en una casa en la que no había libros. A diferencia de la mayoría de mis amigos y conocidos que escriben o enseñan literatura o que simplemente son lectores, en mi infancia no los hubo, ni los libros ni los lectores. No hubo nada parecido al culto del libro ni de la lectura. Esos hallazgos vendrían en la adolescencia, de manera azarosa, circunstancial.

Sin embargo, el acto más puro de leer me llegó muy pronto. Debo decir de leer y escribir, porque vinieron juntos. No sé si lo recuerdo porque mi madre lo contaba divertida en aquellos remotos años o si mi memoria del acontecimiento ha estado ahí desde siempre. Lo escribo hoy por primera vez.

II

Corre 1973, yo tengo 4 años. Vivimos en el barrio de El Retiro en Guadalajara, justo en la frontera con la colonia Alcalde Barranquitas, la calle es Sevilla, el número 1065, entre Ruperto Maldonado y Gonzalo Curiel. Los tiempos no son buenos, somos cuatro hermanos y el mayor tiene 6 años. Mis padres son jóvenes y no tienen solvencia económica, así que mi madre contribuye al ingreso familiar, ella trabaja desde casa en todo lo que se puede. La recuerdo vendiendo diversos productos por catálogo; también hace flores de papel, las encera, después diseña creativos arreglos florales y los vende entre los vecinos y los parientes. La recuerdo en el ramo del calzado: como pespuntadora, forradora de plantas y tacones, adornando zapatos. Mientras mi madre trabaja yo hago mi vida de infante a nivel del suelo. Juego en el piso a lo que juegan los niños de entonces, a cualquier cosa, con lo primero que se encuentra a la mano, no es la época de tener juguetes, ni las condiciones familiares lo favorecen.

Mi terreno de acción es inferior, no alcanzo aún el metro de estatura y ese es mi reino. La anécdota se centra en una de esas tardes en que yo juego en el suelo a los pies de mi madre, mientras ella trabajaba en casa haciendo encomiendas de alguna pequeña fábrica de zapatos del barrio. Ella cose cortes de calzado, lo que se llama pespuntar. Suelo estar junto a sus pies, mientras ella pedalea la máquina de coser. Ella ensimismada en su labor, yo en la mía. En alguno de esos momentos exclamo:

—¡Mamá, ya sé escribir!

Mi madre seguro sigue en sus menesteres y no le da importancia al despropósito, es probable que ni siquiera hubiera escuchado, ensimismada en su labor. Piensa en

la precisión de la costura y en el ensamble exacto de los cortes, unidos en el canto previamente rebajado, quizás se centra en el dobléz que estiliza las junturas o el borde del zapato. Es probable que pensara solamente en las urgencias económicas. No tiene oídos para el pequeño que vuelve a alzar la voz en demanda de atención.

—¡Mira, mamá, ya sé escribir!

Por fin el rostro se dirige al niño, quiero imaginar que sonrío, que sabe dividirse entre las tareas por la subsistencia y las de la atención materna.

—Cómo que sabes escribir, si todavía no vas a la escuela.

—De veras, ya sé escribir, mira —y levanto ante mis ojos un trozo de papel, mientras leo marcando las sílabas.

—Aquí dice “la-va-do-ra”, y acá “má-qui-na de co-ser” —y enseguida le extiendo el trabajado papel.

Cuando lo toma y lo lee, la sonrisa de mi madre se convierte en carcajada. Yo no entiendo la razón de esa risa. Yo había estado ensayando esas letras durante mucho tiempo, una y otra vez había escrito con trazo tembloroso, indeciso, inexperto, había pasado una buena cantidad de tiempo sentado en el suelo frente a la lavadora, primero, y frente a la máquina de coser, después, pero estaba seguro de que había logrado escribir las palabras correctamente. El papel tenía escrito las palabras: “Hoover” y “Singer”.

III

Muchos años después entendí que esta anécdota estaba relacionada muy claramente con mi iniciación y mi práctica de la lectura y de la escritura, que sucedió por cierto ya entrada la adolescencia.

Yo tenía 11 años, estudiaba en una secundaria en el extremo sur de la ciudad y mi vida seguía sucediendo muy cerca del suelo. Hasta entonces mi literatura había sido la música popular, las historias de los viejos en la cotidiana costumbre del alcohol, el albur y las rutas heroicas de realización a las que aspiraban los jóvenes en los barrios pobres de aquellas épocas: ser boxeador o futbolista profesional. Pero algo ocurrió en esos años de la adolescencia temprana: la aparición del rock, pero una modalidad distinta del rock que aún escuchaban con nostalgia nuestros padres y seguía apareciendo en las películas de la televisión; era un *rock and roll* que se conectaba mejor con la sonoridad de su nombre, nada que ver con la época del rock de Televisa y compañía.

Alguien había puesto un casete en una grabadora —sí, los jóvenes de principios de los ochenta llevaban grabadoras de pilas a la escuela—, y sonó un ritmo contundente, una voz provocativamente rasposa que decía frases como:

Si ya estás cansado de ir a la escuela
y tienes problemas por no tener cartilla,
olvídate de todo por un momento
y que viva el *rock and roll*.

También:

Si tienes ganas de hacerte guerrillero
porque el sindicato se queda con tu dinero...

O bien:

Tengo que vagar por la gran ciudad,
la gente se espanta al verme pasar.

Tengo que rodar y rodar y rodar y rodar,
no tengo conciencia ni tengo edad.

Escuchar esa música y esas palabras me hizo ver el mundo de otra forma, como cuando uno se enamora y anda ligero por el mundo, como cuando el telón de la realidad se abre ante los ojos. De ahí pasé, muy pronto, al rock en inglés: The Doors, Led Zeppelin, Janis Joplin, The Rolling Stones. Por supuesto que yo no entendía las letras, sin embargo, estaba seguro de comprender el sentido de esas canciones: su vocación de rebeldía, su condición contestataria, su reivindicación de la cultura juvenil frente a las rancias generaciones anteriores y, sobre todo, la conformación de una identidad, que, efervescente, se manifestaba en mí. Esas canciones en una lengua extraña eran palabras como Hoover o Singer que mi ignorancia del idioma no me impedía decodificar. Esas canciones se estaban convirtiendo en mi literatura.

IV

Por esos días, la mañana del 9 de diciembre de 1980, una noticia corrió como pólvora, la noche anterior había muerto asesinado John Lennon. En la secundaria fue el principal tema de conversación, aunque la mayoría escuchaba este nombre por primera vez. Por la noche, en *24 horas*, el noticiero de la televisión, se habló del tema, mientras mis parientes decían cosas del estilo: “se lo merecía, era un drogadicto”, “era ateo, lo castigó Dios”, “un comunista nunca acaba bien”, “eso le pasa a los hippies, por huevones”, entre otras joyas prejuiciosas. Yo seguía la transmisión en la que Jacobo Zabudovsky continuaba hablando

del exbeatle, y en algún momento sonó *Imagine*, la emblemática canción de Lennon, entonces el periodista leyó una traducción de la letra, que al mismo tiempo aparecía en la pantalla:

Imagina que no hay paraíso,
 es fácil si lo intentas.
 No hay infierno debajo nuestro,
 arriba nuestro, sólo cielo.
 (...)
 Imagina que no hay países,
 no es difícil hacerlo.
 Nada por lo cual matar o morir,
 y tampoco ninguna religión.
 Imagina a toda la gente
 viviendo la vida en paz.

Esa noche lloré, yo que no sabía lo que era llorar la muerte de nadie, pariente o amigo, yo vivía en esa felicidad en la que nadie ha muerto aún, lloré esa noche y las que le siguieron. Durante mucho tiempo pensé que ese había sido mi primer duelo, y nunca dejó de sorprenderme ese hecho. Tuvieron que pasar muchos años para poder comprender que lo que en realidad me había pasado esa vez era que había recibido el golpe de la belleza, un golpe que redirigió mi vida de manera definitiva.

V

Han pasado tres o cuatro años, no estoy muy seguro. Ya soy estudiante de preparatoria y es fin de año. He caído enfermo, paso varios días en cama y un amigo del barrio me

presta un libro para que pueda hacer más llevadera la convalencia; se trata de *Nadie sale vivo de aquí* de Danny Sutherland y Jerry Hopkins, una biografía de Jim Morrison.

Fue el segundo libro que leí en mi vida y fue el que me la cambió, porque a partir de ese momento los libros formaron parte de mi ritual cotidiano de existencia. Desde entonces no ha habido un día en que los libros no estén presentes.

Yo sabía que Jim Morrison había sido el cantante de The Doors, y por ese libro supe que además era el letrista de la banda, que era lector de literatura y de filosofía, y que, por si fuera poco, había publicado libros de poesía. Él era también el artífice del nombre del grupo: The Doors era una referencia a un verso de *Las bodas del cielo y el infierno* de William Blake, que también había sido usado por Aldous Huxley para nombrar su libro *Las puertas de la percepción*, en el que registraba su experiencia en el consumo de alucinógenos. El verso de Blake dice: “Si las puertas de la percepción se purificaran todo se le aparecería al hombre como es, infinito”. El libro abrió la primera de una serie infinita de puertas, es decir, de libros, de ideas, de cosmovisiones, de constantes etcéteras.

Jim Morrison se declaraba heredero de autores como Arthur Rimbaud y Friedrich Nietzsche, y había sido un lector incesante: los nombres de Charles Baudelaire, Paul Verlaine, Aldous Huxley, Wallace Stevens y Louis-Ferdinand Céline, constituyen la base de su formación y representan importantes influencias en su obra. Morrison también fue un conocedor de dramaturgos clásicos, además de que realizó estudios de cine.

Lo que sucedió entonces es que comencé a buscar los libros de esos autores, que me fueron llevando a otros y a otros. Gracias a Jim Morrison yo arribé a los poetas maldi-

tos, a la generación beat, a la filosofía existencialista, pero también a los músicos poetas como Leonard Cohen y Bob Dylan, quien en 2016 obtuvo el Premio Nobel de Literatura, como un guiño del destino para la historia que cuento.

De alguna manera mis lecturas llegaron a Fernando Pessoa y Fernando del Paso, más tarde a Jorge Luis Borges e Italo Calvino, esos fueron mis verdaderos autores, sus obras materializaron para mí muchas de las metáforas que se aplican al libro: fueron tabla de salvación, extensión de la memoria y la imaginación, la nave del conocimiento, remanso, evasión, conocimiento, viaje, consuelo. Sus obras fueron mis grandes acontecimientos de lectura, pero esa no es la historia que en esta ocasión quería contar.

Mi puerta de entrada a la literatura fue la música, el rock, no entré por una puerta honorable ni reputada, no subí al Olimpo; por el contrario, mi ingreso fue más bien subterráneo, como el niño que juega a los pies de la madre que trabaja, y descubre la fascinación de las palabras no domesticadas, como quien se apropia de un pequeño universo insumiso.

Mi gramática personal

Patricia Medina

En 1950 mi padre falleció cuando yo tenía 2 años, así que fue en el kínder, cuando supe armar medianamente una sintaxis, que comencé a crear a un padre de papel (en nada se parecía al que oía describir en las sobremesas en mi casa). Yo construí con palabras a un padre a la medida de mis párvulas necesidades, y esa construcción a la vez comenzó a construirme como Ser con una vocación desmedida por las palabras, las cuales plasmaba en cualquier superficie, fueran estas paredes u hojas de papel. Me enamoré también de la música de los versos que leía en los libros de texto de María Enriqueta, una poeta de pobres dimensiones que me inició en el canto; comencé a componer canciones y a cantarlas mientras fregaba los trastes o lavaba mi ropa. Muchos años después descubrí que la poesía que yo creaba, además de construirme, me salvaba la vida, pues también es cierto que desde muy pequeña tuve una proclividad muy definida hacia el suicidio.

A los trece años me enamoré del amor y creció mi preferencia por los sonetos y las décimas, escribía yo cursilerías como “ya no restalla más en este sitio/ de fragancias románticas, la lira/ el pétalo de amor ya no suspira/ ya no tiene otro pecho por refugio”. Durante mi adolescencia elaboré docenas de sonetos, que, si bien no tenían valor poético, sí me acercaron a la verdadera poesía, pues tengo la teoría de que cada texto que escribimos, si no tiene valor literario, sí nos acerca a la excelencia, a la depuración

que se va desarrollando mediante el ejercicio constante, y yo he sido obsesivamente constante lectora y creadora, sobre todo de poesía, aunque también he incursionado en la narrativa mediante novelas y cuentos, pero siempre regreso a lo que llamo “mi columna vertebral”: la poesía.

A los 23 años me casé y a los 30 me divorcié. Tuve la dicha de procrear a tres hermosas hijas: Patricia, Ileana y Gabriela, que han sido mis creaciones más perfectas y que son ahora tres mujeres independientes y productivas, cada una en lo suyo. Mi primogénita Patricia ha seguido mis pasos literarios y es ahora también creadora y promotora de la poesía, lo cual me llena de una satisfacción grande.

Un día me topé con varias cajas que contenían mis escritos de tres décadas y pensé en dos opciones, o volverme una Savonarola quemándolos en un rito o buscar a alguien que me orientara en decirme si tenían algún valor. Yo creía entonces que los escritores —aunque ya había leído un centenar de libros— eran personas muertas o que vivían en lugares insospechados y que eran inalcanzables.

Me fui al Exconvento del Carmen un miércoles, al taller literario del maestro Elías Nandino. Mientras, dejé a mis gemelas gozando de un espectáculo de títeres en el patio. Don Elías leyó un poema mío en voz alta a sus discípulos que estaban atareados en máquinas de escribir mecánicas, y les dijo: “Miren muchachos, esta sí es una gran poeta”. Yo me fui del taller como pisando sobre algodones. Al siguiente miércoles volví con otro poema. Luego de leerlo, me dijo: “Mire señora, esto no es poesía, váyase a su casa a cocer bien los frijoles” (años después nos encontramos en un recital y negó haberme dicho “tales barbaridades”).

Mi ya finado hermano Hugo me llevó con un socio suyo, primo del doctor Pedro Rodríguez Lomelí, quien

durante cincuenta años mantuvo la página literaria dominical del periódico *El Informador*, y fundó con José Guadalupe Zuno, Clemente Orozco, el Dr. Atl y otros artistas de la época, la revista *Anecdotario del Centro Bohemio*, de la cual el doctor me obsequió un ejemplar, así como el *Libro del amoroso y bello pensamiento*, que, según me contó, “le fue dictado” entre consulta y consulta —él era ginecólogo—, y contiene versículos como la Biblia sobre el amor, el ser buena esposa y otros temas espirituales (el asunto de la espiritualidad él lo negaba, pues se proclamaba ateo).

Mi segunda opción fue el maestro Arturo Rivas Sáinz. A su taller de los lunes llegué con una carpeta llena de miedos poemas. Él era serio, de pocas palabras y nulas expresiones. No se sabía si algo le gustaba o no, porque ni la cabeza movía. Le dejé mi carpeta y comencé a asistir a su taller cada lunes; ahí conocí a Artemio González García, Paz Rebeca González Navarro, Carmen Gloria Lugo, Socorro Arce, Martha Cerda, Matilde Pons, Linda Chapuy, Javier Garabito, Teresa Riggen, Leticia Maldonado, Leticia Villagarcía, Carolina Aranda, Félix Vargas (quien me organizó mi primer recital de poesía en Fonapas, allá por la Normal de Jalisco), Amalia Guerra y sus hijas Catalina y Toni, y otros más que ahora no recuerdo.

Desde el principio me sentí bien recibida por mi maestro, y dos años después me obsequió una plaqueta que él mismo prologó, conteniendo una veintena de mis poemas. Esa separata de la revista *Summa* que él dirigió durante dos largas épocas fue mi primera publicación y la tituló *Avatares*. Contenía versos como: “Yo vengo de la noche anohecida/ de sombra, de silencio/ del cotidiano engaño/ del tropiezo/...”. Me la entregó en la Capilla Tolsá durante un evento que yo misma organicé. Mi alegría fue grande y mi decepción también, pues vi que, aunque

era innegable el prólogo por la pluma del maestro con su estilo innovador, también fue cierto que no firmó el tal prólogo, lo cual me causó un gran dolor, pues ya lo había adoptado como a un padre y sentí que me quedaba huérfana de nuevo, pero esta vez por el rechazo.

Siempre he dicho que los Arturos han sido definitivos en mi vida: mi padre biológico, Arturo Medina Altamirano (quien hizo los cálculos de mecánica de suelos para mover la telefónica en 1948), mi maestro Arturo Rivas Sáinz (el sabio de la literatura, quien publicó por primera vez, artesanalmente, el *Pedro Páramo* de su amigo Juan Rulfo), mi hermano Sergio Arturo, mi entrañable amigo y promotor el doctor Arturo Hernández Aguilera (quien me consiguió una columna semanal en el periódico *Ocho Columnas*), y ahora mi querido amigo y alumno Arturo Villaseñor, gran cineasta, escritor y dramaturgo.

El 5 de enero de 1985 murió mi maestro de un ataque fulminante. Los años que estuve bajo su amparo me formaron, no solamente como poeta, sino también como crítica de taller. Martha Cerda, Leticia Maldonado, Leticia Villagarcía y otras compañeras me pidieron que les diera taller y comenzamos a reunirnos en La Gran Fonda, un restaurante cercano a la casa del maestro.

Había conocido a René Avilés Fabila por esas fechas; entablamos una larga y amorosa amistad que duró hasta su reciente fallecimiento. Él me ofreció una colaboración dominical en el periódico *Excelsior*, en la sección cultural “El Búho”. Cada semana enviaba críticas literarias o poesía. Años después consolidé una sección semanal que se llamó “Ventana Literalia”, la cual mantuvimos mis entonces alumnos y yo hasta la desaparición de “El Búho”.

A principios de 1988 Martha Cerda y yo viajamos a la Ciudad de México. Fuimos a la Sogem a solicitar ser sus

filiales en Guadalajara, lo cual fue aceptado. Martha tenía una casa y yo conseguí todo el soporte académico, los maestros y los cursos. Comenzamos la gran aventura de la Escuela de Escritores Sogem Guadalajara en septiembre de 1988, ella como directora y yo como subdirectora y maestra. Los alumnos estaban felices. Después de clases nos íbamos a un café a seguir hablando de literatura durante largas jornadas, hasta que nos corrían.

En diciembre decidimos organizar una posada para los alumnos e hicimos un “intercambio de textos”. Nadie sabía, ni maestros ni alumnos, a quién le había tocado en el intercambio. Y sucedió que a la hora de leer los textos yo le había tocado a mi alumno, José Javier Coz, quien leyó un poema erótico dedicado a mi persona. Martha me llamó a la oficina y me dijo que el alumno debía pedirme disculpas públicas por “haberme faltado al respeto” (ese poema se encuentra incluido en el libro *Germinaciones*, que contiene la mayoría de los textos que alumnos y amigos me han dedicado). Yo le dije que una escuela como la nuestra debía tener como principio ético la libertad de expresión, y que al regresar de vacaciones íbamos a analizar el poema en clase. Ella me lo prohibió, yo hice caso omiso de su prohibición, y en la primera clase de enero les repartí a los alumnos un texto que titulé “Literatura y moralidad”, donde hablaba de: “Cuando un texto agrade la moral victoriana de un lector, éste reacciona descalificando, no al texto, sino al autor, y que a eso se le llama coartar la libertad de expresión”. Martha me despidió y yo fui a la Junta de Conciliación y Arbitraje a denunciar el despido injustificado y solicitar una remuneración, la cual fue negociada con el abogado de Martha.

Me fui a mi casa como un cachorro a lamerme las heridas, y grande fue mi sorpresa cuando tocaron a mi

puerta mis alumnos y algunos maestros, entre ellos Gloria Becerra, pidiéndome que abriera otra escuela dirigida por mí y que ellos serían mis socios y alumnos. Así que nos pusimos a buscar el espacio físico donde poner la escuela y pensé en que la escuela fuera la parte académica de una asociación, la cual fundamos ante un notario público con más de treinta integrantes, y quedó constituida el 29 de marzo de 1989 como la Asociación de Autores de Occidente, S. de A. de I. P., con su área de estudios llamada Literalia. Hace 33 años de ello y muchos han sido los frutos de Literalia: diplomados, talleres ininterrumpidos de creación literaria, cursos, la editorial Literalia Editores, con un fondo editorial de más de trescientos títulos, muchos de ellos bilingües —francés, inglés, italiano, portugués, etcétera—, la revista *Tamaño oficio*, el programa radiofónico “Al pie de la letra”, y dos o tres plumas pesadas en el escenario literario mexicano, entre otros. Pero eso no ha sido lo más importante, sino la formación de cientos de alumnos que, si bien no serán escritores que se coticen en la bolsa, sí se forman como lectores críticos del tiempo y circunstancias que les ha tocado vivir, así como en observadores de la realidad política y social de nuestro país. Los enseñamos a leer los transtextos, los textos ocultos, los dobles mensajes, las verdades maquilladas; todo ello en un marco de absoluta libertad de expresión y la búsqueda de la excelencia literaria que nos convierta en seres humanos deseosos de mejorar nuestro mundo.

Fue también en 1988 que organicé el Primer Encuentro Nacional de Escritores en la Capilla Tolsá. Vinieron autores de varios estados, muchos famosos y otros principiantes, entre ellos Germán Lizt Arzubide, último representante vivo del “creacionismo”, Emmanuel Carballo, Juan José

Arreola, Bernardo Ruiz y, por supuesto, mi gran amigo René Avilés Fabila.

Entonces comenzaba la incipiente Feria Internacional del Libro y llevé a mis alumnos a conocer a los grandes escritores de otros países y del nuestro. Fue el principio de una época de auge literario que me tocó vivir con todo mi entusiasmo.

Paralela a mis actividades como maestra y promotora, seguía escribiendo, cuidando la formación de mis hijas y creando mi propia obra literaria que a la fecha cuenta con 31 títulos de poesía publicados (quince colecciones de poesía y dos novelas inéditas) y dos novelas (*Contra-corriente*, Planeta, 1989; y *Fuego amigo*, Acento editorial, 2021). He tenido la fortuna de hacerme acreedora a más de una veintena de premios nacionales e internacionales de poesía, de aparecer como poeta y dramaturga, en dos tomos de la *Enciclopedia Temática de Jalisco* y también la de ser reconocida con el Premio Jalisco 2005 en Letras que otorga el Gobierno de Jalisco, el Premio Juan de Mairena 2012, por la Universidad de Guadalajara, el Premio 2019 como creadora emérita por el Pecda, y otros reconocimientos y homenajes organizados por mis alumnos.

En 2006 organicé en El Colegio de Jalisco un simposio sobre literatura y adicciones dedicado al poeta ya fallecido Enrique Macías, a quien el alcohol destruyó y murió como paria en nuestras calles. En ese evento montamos una exposición plástica con artistas locales con la temática de las adicciones. El resultado fue un libro que publiqué con todas las ponencias de escritores, médicos y siquiátras que participaron. El libro se titula *Literatura y adicción*, y fue publicado en 2007.

En 2008 conocí en Kentucky a dos poetas, una argentina y una española de cuya poesía quedé prendada.

Nos fuimos a tomar café para charlar sobre las “mujeres rotas” que creó nuestra cultura occidental. Yo me ofrecí a organizar la edición de un libro con poesía de autores de habla hispana, misma que hablara sobre los estadios en que se sumergen tantas mujeres rotas en Latinoamérica. Lancé una convocatoria internacional a la cual respondieron poetas —hombres y mujeres— de 27 países. Luego de la depuración del material edité el libro *La mujer rota* en homenaje a Simone de Beauvoir, pues ese año se celebraba el centenario de su natalicio. Lo presentamos en la Feria Internacional del Libro Elena Poniatowska, Guadalupe Morfín y yo, durante la clausura de un encuentro al que acudieron alrededor de cincuenta poetas de todo el mundo de habla hispana; el 20 % lo formaban poetas varones rindiendo homenaje a la mujer rota. Clausuramos con una cena mexicana en el patio del Exconvento del Carmen. Fue un honor recibir a tantos poetas del mundo entero. Ese libro viajó por el país y por España. Lo presentamos también en el Palacio de Bellas Artes, en la Ciudad de México, en Toluca, en Puebla, en Taxco y otros estados. Entrar en las cárceles y los manicomios con la poesía de *La mujer rota* fue una experiencia que nos marcó a los poetas que participamos.

Abro un paréntesis para hablar de un capítulo que muchos de mis amigos y alumnos ya conocen. Como decía al principio, nací con una proclividad latente hacia el suicidio. Tuve que vivir la experiencia de una enfermedad llamada alcoholismo debido, entre otras cosas, a una baja autoestima que casi me mata y por la cual tuve que ser internada en “la casa de la risa”, siendo mis hijas muy pequeñas. Esto fue antes de ingresar al taller del maestro Arturo Rivas Sáinz. De esa experiencia salí fortificada y llena de vigor a reconquistar lo que había perdido y a co-

menzar lo que en el mundo literario llaman “una carrera literaria”, que ha sido muy fructífera y me ha permitido encontrar razones —muchas razones— para la vida, y tener a buen recaudo los motivos que varias veces me orillaron a la muerte. En 1990 tuve una recaída que duró siete años y de la cual fueron testigos mis alumnos, quienes cuidaron de mí como si fueran mis hijos, actos de amor que agradezco infinitamente. Hoy soy una mujer de 74 años con todavía bastantes razones para vivir y continuar con esta profesión que yo no busqué y para la cual estuve predestinada desde que nací.

Algunos me han llamado antipoeta porque hago uso frecuente del lenguaje coloquial. Pero yo digo que la Poesía —con mayúsculas— es una, y que los apellidos los van poniendo las épocas y los cambios de posturas estéticas.

Y cierro esta gramática de mi vida que me pidió hoy mi querido amigo Jorge Souza, con el fragmento del poema inédito *Invención de la infancia*:

Era la infancia un olor a pirules en racimo
gladiolos de cristal que se rompieron
yerba pisada en los verdes estanques
por los pies diminutos y sin rumbo
por los ojos de hallar, de florecer
al ímpetu del fuego vespertino

era mamá turnándose las manos
en las mudas tareas de proveer y limpiar
las bocas y los pisos macerados
los trompos confundidos
de cacalotes en el aserrín
y el aire en las cazuelas

las cebollitas y doña Blanca
el salto hasta las nubes
en cuerdas que arañaban los tobillos
con chatos alfileres, cacalotes, agüitas
debajo de las costras en piernas y rodillas

cómo saber entonces que se alzaban
las torres millonarias y los picos ardientes
si ya mirar arriba estaba permitido
tan sólo a los roedores, los dueños del subsuelo
las grietas y los gritos

cómo entender que el hilo se enredaba
detrás del agujón
que nunca vi, por cierto

era la infancia Dios en el sagrario
chorreados tejabanos que zumbaban al viento
carritos de hojalata desechables
tapaderas perdidas, moscas muertas
al fondo de los cascos de refresco

amapolas muriendo en los misales
para adornar la noche de fantasmas
y niños que lloraban mientras yo me dormía
cuidada por Oteló

¿era siempre aquel sueño de gaviotas gigantes
atrapando los peces indefensos?

¿De qué papel llegaban los barcos de aguacero
a los hoyos impunes de olvidadas banquetas?
¿Por qué mi mano infante los hundía?

Eran brazos de azúcar lamidos por cachorros
en las refinerías
eran dientes de leche en el armario
mariposas inquietas perseguidas
por nubarrones de aire
en las juntas rotas de los rezos
y el verso en la garganta
del siempre te amaré niña del agua
que te deslloviste
cuando a risas estalló un cosquilleo
de no, nunca termines
de remolcarme pura en los cruceros
que jamás abordé

no te vayas de azul, no te reclines
al fin de la oración
oculta el ojo de la tobillera
y crece en la campana *ora pro nobis* bis
la siguiente estación

¡quizá fui lo que soy al trasponer la barda
capturar chapulines y enterrarlos en hojas
que caían del rosal cuando en las noches
las oí perfumar el tibio suelo

entonces no era sorda
y creía que misterio
era una cuenta en manos de la abuela

era el cuchillo de partir cebollas
los dientes enroscados al mordisco
el coro de la aurora diluyendo
las caudas de horizontes en el tiempo.

Mis primeros pasos

Martha Cerda

Aprendí a leer muy pequeña, gracias a un tío que me compraba cuentos de *El pato Donald*, *La pequeña Lulú*, etcétera, y me aficioné a la lectura, pero mi primera lectura formal fue a los once años en que, en unas vacaciones de verano, leí los veinte tomos de *El Tesoro de la juventud*, una enciclopedia para niños que traía de todo: ciencia, artes, filosofía, literatura, historia, geografía... Eso me acercó a la literatura, pues me maravilló ver que los grandes escritores seguían viviendo a través de sus libros y deseé ser como ellos. Cabe decir que en el colegio las materias que más me gustaban eran Historia y Literatura, y fue en la secundaria que empecé a escribir mis primeros textos. Paralelamente, leía sin descanso, entre mis autores favoritos están Rulfo, Calvino, Vargas Llosa, Fernando del Paso, Cortázar, Borges, Gunter Grass, entre otros. Sin embargo, aunque nunca abandoné la idea de ser escritora, al entrar a la carrera de Derecho dejé de escribir. Fue hasta varios años después que empecé ya en serio a escribir de la mano del doctor Elías Nandino. Fui a su taller de poesía durante más de un año y comencé a escribir poemas y a leer poesía. Poco a poco me fui adentrando más en la literatura, asistía a las tertulias en casa del maestro Arturo Rivas Sáinz y a clases de literatura en la Casa de Italia, donde, con el maestro Adalberto Navarro Sánchez, escribí mi primer cuento.

Posteriormente asistí a talleres en la casa de la cultura de Zapopan con los escritores Juan Bañuelos, Elena Poniatowska, Juan Antonio Ascencio y Agustín Monsreal, y así surgió mi primer libro *Juegos de damas*. De ahí en adelante no dejé de escribir y vinieron *La señora Rodríguez y otros mundos*, que tuvo mucho éxito y fue traducida al francés, al inglés, al italiano, al griego y al noruego; *Y apenas era miércoles*, sobre las explosiones de gasolina en Guadalajara; *Toda una Vida*, también traducida a varios idiomas y premiada en Italia. He escrito más de treinta libros entre cuentos, novelas, teatro, poesía y ensayo, y he obtenido numerosos premios nacionales e internacionales. Pero la lectura es mi pasión. Como dijo Borges, soy más lector(a) que escritor(a).

Abrir un libro

Raúl Aceves

Abrir un libro es abrir un mundo, una caja mágica llena de regalos, una ventana a lo inesperado.

Tener un libro es recibir una herencia de los antepasados, un objeto bellamente diseñado digno de formar parte de una colección, o una enseñanza dada por un maestro incorpóreo.

Escribir un libro equivale a estampar sobre unas páginas de papel la aventura espiritual de un alma, darle forma de palabras a lo que de otra manera sólo serían ideas, impresiones o experiencias mentales, darle una existencia real en el tiempo a lo que de por sí sólo existe fugazmente.

Leer un libro es como conversar en el espejo del otro lado de sí mismos, llenar otro nicho de la biblioteca interior.

El libro es uno de los mejores inventos de la civilización, donde los profetas, los filósofos, los historiadores, los científicos, los literatos, los cronistas, los ilustradores, los dibujantes, los enciclopedistas, los ensayistas, etc., nos hacen llegar el fruto de su labor creativa.

Por todo esto, agradezco profundamente a todos aquellos que me hicieron amar los libros; en primer lugar a mi papá y a su fantástica biblioteca particular, a mis maestros de todos los grados hasta llegar a la universidad, y también a todos los editores, libreros, bibliotecarios, impresores, reseñistas y coleccionistas de libros, que han alimentado sin cesar esta pasión tan central en mi vida y, por supuesto, también agradezco infinitamente a todos

mis autores favoritos, escritores como Julio Verne, Daniel Defoe, Franz Kafka, Lewis Carroll, Antoine de Saint-Exupéry, Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Gabriel García Márquez, Juan Rulfo, Agustín Yáñez, Juan José Arreola, Ramón López Velarde, Carlos Pellicer, Jaime Sabines, Octavio Paz, Nicanor Parra, Felisberto Hernández, César Vallejo, Macedonio Fernández y un larguísimo etcétera.

Coordinación editorial

Iliana Ávalos González

Jefatura de diseño

Paola Vázquez Murillo

Cuidado editorial

Mariana Hernández

Diagramación

Cecilia L. Ramírez

Marca de fuego.***Experiencias de escritores en torno a la lectura***

se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2022
en los talleres de Haikus, S.A. de C.V.

Caña 3657, La Nogalera 44470, Guadalajara, Jalisco.

La impresión se realizó en papel cultural de 90 gramos.

Para su formación se utilizaron las tipografías

Chapparral Pro, de Carol Twombly y Avenir, de Adrian Frutiger.

La señal carbonizada que deja un instrumento metálico ardiente en la pasta o en el canto de un libro para fijar una huella permanente es conocida como *marca de fuego*. Con esta metáfora de marca indeleble, al mismo tiempo que hermosa, podemos entender la “quemadura” provocada por la palabra literaria en el corazón de quienes dedican su vida a la escritura, incluso desde sus primeras experiencias como lectores.

Esta obra presenta los testimonios de 27 autores que nos hablan de aquellos encuentros iniciales con el mundo de las letras. Devela los instantes en los que hojear un libro —fuera un obsequio o tomado por curiosidad del librero familiar— abrió las puertas a un apasionante universo lleno de historias, aventuras y emociones que los marcó para siempre, dándoles la vocación de escribir.

